



Armand Guerra

A través de la metralla



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

A TRAVÉS DE LA METRALLA

ARMAND GUERRA

**PUBLICADO:1936
FUENTE: BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA**



A través de la metralla

POR

ARMAND GUERRA

ÍNDICE

[Cubierta](#)

[Preliminares](#)

[A través de la metralla](#)

[Texto transcrito](#)

[Acerca de esta edición](#)

[Enlaces relacionados](#)

INTRODUCCIÓN

18 DE JULIO DE 1936

No se me olvida. No se me olvidará nunca. Acababa yo de regresar a mi casa, en Madrid, en la avenida de Menéndez Pelayo, 19, duplicado, después de un día de rudo trabajo. Desde las siete de la mañana hasta la caída de la tarde, había estado rodando exteriores de una película titulada "Carne de fieras", en los jardines del Retiro. La película la habíamos empezado el jueves, 16 de julio. Yo era autor y realizador. E intérprete de un papel especial. Como veis, no me quedaba tiempo para aburrirme.

Durante la tarde del sábado, se había rumoreado mucho sobre una sublevación fascista inminente. Pero, a decir verdad, nadie daba crédito a la cosa...

Poco después de cenar, y cuando ya me disponía a acostarme, la radio de un vecino confirmaba el hecho. El Gobierno hacía un llamamiento al pueblo, ¡al Pueblo!, con mayúscula, al Pueblo de Madrid, para que acudiera a los centros que se indicaba para aprovisionarse de armamento y municiones, para hacer frente al levantamiento militar faccioso. Luego, era verdad. Y el Pueblo madrileño no vaciló un segundo, respondiendo en masa a la llamada del Gobierno.

19 DE JULIO DE 1936

En la mañana de este domingo estival, Madrid estaba ya en pie de guerra. Un nutrido e incesante tiroteo en las calles daba la sensación de que los enemigos estaban bien decididos a triunfar. Se nos tiroteaba desde las azoteas de las casas, desde los balcones y ventanas, hasta en las esquinas de las bocacalles. Era un peligro circular aquel día por Madrid.

Nutridos grupos de trabajadores de las organizaciones sindicales y políticas, fusil o escopeta al hombro, recorrían las calles y plazas, localizando a los fascistas emboscados, que nos ametrallaban cobardemente, y dándoles su merecido. Empezó a zumbear el cañón, y sus disparos retumbaban en la ciudad. ¡Eran los militares sublevados del Cuartel de la Montaña, sito en la calle de Ferraz, cuya parte posterior daba al paseo de Rosales!

El día fué muy accidentado para mí, desbordado como estaba por mi trabajo. A eso de las seis de la tarde tomé un taxímetro y me hice conducir a la calle de la Luna, al local de Sindicatos de la C. N. T.

Debo advertir aquí que nuestro local había sido clausurado por la policía unos días antes, cosa que había ya ocurrido distintas veces por obra y gracia –¡maldita la gracia!– del Gobierno republicano de izquierda. Y aun el mismo viernes por la noche, víspera de la llamada del Gobierno a los trabajadores anarquistas, el local de nuestra Confederación continuaba clausurado y acordonado por los policías.

Nuestro local estaba ya abierto –¿cómo no?–, y en lugar de los policías que dos días antes vigilaban la puerta, vi a los compañeros que, como imponente aluvión de hormigas, entraban y salían precipitadamente, llevando y trayendo armas y municiones.

El aspecto del local de la Confederación en aquellos días lo llevo grabado en mi imaginación. ¡Con qué nobleza habían respondido a la llamada los eternos perseguidos y apaleados, los "bandidos con carnet", como se nos llamaba a los anarquistas, a los trabajadores confederados!

Pero en el momento trágico, en la hora crítica en que el Pueblo se veía seriamente amenazado por los traidores militares, la eterna

"cenicienta" de los Gobiernos españoles acudía, llena de entusiasmo, a la angustiada llamada del Gobierno, su perseguidor, y devolvía bien por mal. ¡Así somos los hombres de la Confederación! ¡Que no lo olvide nadie!

Entré en el local y me entrevisté con mis compañeros del Sindicato Unico de Espectáculos Públicos al que yo pertenecía. El momento era grave. Tan grave, que desde allí mismo di contraorden a mis ayudantes para el trabajo del lunes, rogándoles avisaran a todos mis artistas que se suspendía el rodaje de la película hasta nueva orden, a causa de las circunstancias.

Un grupo de compañeros nos dirigimos a la calle de Ferraz, que estaba tomada por el Cuerpo de Asalto, para evitar más víctimas, pues los rebeldes habían matado ya a algunos de los nuestros con sus ametralladoras, emplazadas en el interior del cuartel y con las que hacían un fuego ininterrumpido.

EL HOMBRE DE LA CARRETILLA

¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿A qué Sindicato o a qué Partido pertenecía? No lo sé. No pude averiguarlo. Era un hombre del pueblo. Para mí, tenía un nombre simbólico, que mentalmente le dije llamaba Pueblo. Era alto, fornido, con pelo canoso y el rostro sin afeitar. Cojeaba un poco. Su voz era ronca, tal vez por el trágico ajetreo de la jornada dominguera. Un guardia de Asalto me dijo que le había visto ya por allí varias veces, desde por la mañana, arrastrando su carretilla cargada con pedruscos y adoquines, con los que "disparaba", con sus férreos brazos, contra los traidores asesinos del Cuartel de la Montaña. Repetidas veces le habían obligado a retroceder, para preservarle de un balazo. Un murmullo corrió entre la muchedumbre:

¡Ya está ahí otra vez "el hombre de la carretilla"!

Nosotros le abrimos paso.

En aquel momento, bajaba por la calle de Ferraz una camioneta repleta de muchachos y muchachas vocingleros. Venían de un baile celebrado el sábado en un pueblecillo cercano... A pesar de las observaciones de los de Asalto, la camioneta había redoblado su velocidad y descendía la calle de Ferraz. Los jóvenes ocupantes cantaban, alegres y a toda voz, el sentido coro de "Bohemios":

"En pos de la alegría
corramos, corramos sin cesar..."

De pronto, cuando pasaban bajo las ventanas del cuartel, una descarga cerrada y el traqueteo de las ametralladoras hizo enmudecer al coro juvenil. La camioneta redobló su velocidad, hasta que, doblando una esquina, quedó al abrigo de la metralla. Cuatro muertos y varios heridos ponían una enorme mancha roja en aquella camioneta descubierta. El coro, que "corría en pos de la alegría", acababa de correr, sin darse cuenta, en pos de la Muerte... ¡Pobres muchachas! ¡Pobres jóvenes trabajadores, pues eran sus ocupantes modestos trabajadores! Guardias de Asalto y muchedumbre se precipitaron a socorrer a las víctimas, momento que aprovechó el hombre de la carretilla, desafiando a las balas que silbaban junto a su cabeza, para penetrar con su carga en un portal.

Y cuando nos dimos cuenta, ya el hombre del Pueblo lanzaba su primera piedra contra las tapias del cuartel.

Arreciaba el tableteo de la ametralladora...

Nuestros compañeros (los que disponían de un arma) y los guardias de Asalto, se esforzaban, al disparar, buscando hacer blanco en la mortífera máquina. Pero sin resultado.

De pronto vimos al hombre de la carretilla asomarse al borde de la terraza, llevando en sus manos un adoquín enorme. El momento era terrible. Nosotros, todos, contuvimos la respiración.

El hombre, en la misma orilla de la azotea, se tambaleó un segundo, levantó los brazos con su pesada carga... Tableteó de nuevo la ametralladora criminal...



El pesado adoquín voló con fuerza hacia el lugar en que estaba emplazada la máquina homicida, y ésta enmudeció, oyéndose un "¡Ay!" desgarrador...

¡La heroicidad estaba consumada! ¡Magnífica puntería! El hombre de la carretilla dio unos pasos atrás... Ya no asomaba por la azotea... Esperamos abajo un buen rato. Nuestro héroe no aparecía.

Al fin, unos compañeros subieron hacia la azotea y se encontraron con el valiente ciudadano tendido entre dos peldaños, sangrando... Decía:

-¡Ese cabrón no volverá a disparar contra el pueblo! Yo debo tener algún rasguño en la carne creo que sangro...

Se le condujo al hospital. Cuando le hubo reconocido el médico, se nos dijo que el infeliz tenía cinco balazos: uno en el pecho, dos en los muslos y otros dos en el vientre. ¡No había salvación!

El hombre de la carretilla, el compañero Pueblo, murió aquella misma noche...

Pero la ametralladora no volvió a disparar, pues al día siguiente fué encontrada, averiada, en un patio del cuartel.

20 DE JULIO 1936

Hoy es lunes día de trabajo. Pero este día de trabajo se ha convertido en día de lucha. Hay algo más apremiante que el trabajo: hay que aplastar a los sublevados. Tan sólo algunos comercios y oficinas trabajan. Las calles madrileñas están repletas de gentío. Hombres, obreros en su mayoría, con armas o sin ellas, pero con la fiebre retratada en sus semblantes. Camionetas con gentes armadas desfilan por las calles, en medio de atronadores aplausos de la muchedumbre. Son los primeros grupos de milicianos combatientes que van a sofocar los levantamientos de los otros cuarteles, menos importantes, pero no por ello menos peligrosos. La calle de la Luna, repleta de coches y camiones, vibra de emoción...

El Gobierno ha lanzado un ultimátum a los rebeldes del Cuartel de la Montaña, exhortándoles a rendirse y dándoles un plazo hasta las diez de la mañana de lo contrario serán bombardeados por nuestra aviación.

Y, en efecto a las diez y cuarto aparecen los aviones volando sobre el cuartel y dejan caer algunas bombas, que hacen muy buenos blancos.

A las once de la mañana se han rendido. Y penetramos en masa en el edificio. Centenares de muchachos, en mangas de camisa, aparecen con los brazos en alto, gritando: "¡Viva la República! ¡Mueran los traidores!" Son los soldados que, despojados de sus uniformes por los oficiales traidores, habían sido encerrados en los subterráneos del cuartel.

En el patio yacen en el suelo más de un centenar de muertos, casi todos oficiales. Muy pocos soldados. Y éstos—lo afirman los soldados—, son falangistas disfrazados de soldados, con los uniformes que habían quitado a los verdaderos soldados que, por "sospechosos", habían sido encerrados en el sótano...

... ..

La pesadilla del Cuartel de la Montaña ha terminado. También el Pueblo ha dominado los otros focos de rebelión.

Ahora hay que correr a los pueblos de la provincia. Las noticias que en los locales de la Confederación se reciben son alarmantes. Alcalá de Henares, Guadalajara, se han sublevado. ¡Y allá van los hombres de la F. A. I., los trabajadores de la Confederación, a aniquilar a los rebeldes! Les veo salir en mangas de camisa, pantalón azul, de trabajo, alpargatas y el fusil al hombro. No cantan, ni profieren gritos subversivos. Pero en sus ojos se lee la fiebre de la lucha y la voluntad inquebrantable de aplastar al enemigo. ¿Cuántos volverán?...

En las carreteras es un continuo hormigueo de autobuses, camionetas, coches, repletos de gente de todas las edades, abundando el elemento femenino. También ellas van a ofrecer su vida, como los hombres, a cambio de la tan anhelada Libertad. ¿Quién manda los grupos de combatientes? Uno. Un compañero; el que sea, con algún conocimiento guerrero, elegido por los compañeros del mismo grupo. Y en torno al responsable se agrupan sus camaradas y oyen sus consejos y obedecen sus órdenes. ¡Cuán lejos estamos de la disciplina cuartelera! Pero también, ¡cuán admirable es la autodisciplina de estos hombres rebeldes y antimilitaristas! ¿Es un ejército? No. Son un núcleo de guerrilleos que desconocen la instrucción militar, que serán tal vez diezmados por la metralla enemiga pero que comprenden que no hay tiempo para aprender tácticas guerreras ni para hacer ensayos en maniobras. Y van al encuentro del enemigo, bien pertrechado y dirigido, con sus mosquetones defectuosos, sus fusiles, sus escopetas de caza. Los hay que van con pistolas, con garrotes, con sables arcaicos, con lanzas anacrónicas. ¡Hasta con piedras!...

¡Ah, las piedras! ¡Las gruesas piedras lanzadas con honda y con una furia incomparable! ¡Cuántas víctimas causaron al enemigo! Y es que, tras las piedras, había un hombre, había un corazón grande, había un irresistible deseo de vencer un entusiasmo y una fuerza arrolladores, pues que los hombres de las piedras defendían la Razón, la Justicia y la Libertad del Pueblo trabajador. ¡Y esa era su fuerza! Y con esa fuerza se lograba reducir al enemigo hora por hora.

"¡Alcalá ya es nuestro! ¡Guadalajara ha caído en nuestro poder! ¡Luchamos en Sigüenza!" Estas noticias afluían a la capital,

centuplicando el coraje de los milicianos, engrosando los núcleos de combatientes espontáneos...

Leonardo dos Santos Moraes era un intelectual portugués, comunista perseguido en su país y refugiado en Madrid, a quien yo había dado albergue en mi casa, por la amistad que a él me unía. Muchacho fino, elegante, educado, pacífico, pero enemigo irreconciliable del fascismo. Este camarada vino a casa por la tarde, el sexto día del movimiento, vestido con un traje de mecánico denominado "mono", indumento que adoptaron la gran mayoría de los combatientes. Ordenó sus papeles y objetos personales en su cuarto, y nos dijo:

-¡Me voy a la sierra! Los fascistas atacan por allí ¡Salud y buena suerte, si no nos volvemos a ver!

Y, en efecto no nos volvimos a ver. Tres días más tarde, la Prensa madrileña daba la noticia de su muerte en el Guadarrama, destrozados sus pulmones por un cascote de metralla. ¡Pobre Moraes! ¡Huyendo de los fascistas de tu país, viniste a España a morir asesinado por los fascistas españoles!

Los tiroteos en las calles de Madrid continuaban. Sin duda esperaban los miserables fascistas que las hordas de sus jefes iban a penetrar en la capital, y mientras tanto, ellos asesinaban al Pueblo desde sus casas. Las brigadas de investigación y las guardias de los edificios y de las calles se organizaron con increíble rapidez. Y fué tan acertada su labor de depuración, tan eficaz su actuación, que pronto la capital recobró su aspecto normal, su tranquilidad interna, apenas turbada por el continuo rodar de automóviles y de camiones transportando a los combatientes a los frentes de combate...

RENACE LA CALMA

Una calma aparente, cierto, pero que permitía ya ir ocupándonos de otros problemas de interés. Mi Sindicato decidió que yo debía

continuar el rodaje de mi película, pues que de este trabajo dependía la nutrición de muchas familias, cuyos miembros jóvenes estaban ya en los frentes. Y reanudé el trabajo.

No voy a relatar aquí los inconvenientes y los serios obstáculos con que tropezaba en mi labor, especialmente en lo que a los medios de transporte concierne. ¡Pero había que trabajar! A menudo me encontraba con que me faltaban varios actores de un conjunto. ¡Se habían marchado a los frentes!

Para el que conozca el progreso de realización de una película, será cosa fácil darse cuenta de lo que significaban estas defecciones, que, por otro lado, yo no podía ni debía condenar, puesto que la guerra era, es y será siempre, antes que nada. Otro problema vino a complicarme la situación: la falta de carne para los leones que en mi película tomaban parte. El domador, Georges Marck y la artista Marlène Grey, franceses ambos y adictos a nuestra causa, corrían grave peligro, pues las fieras, hambrientas, podían causar una catástrofe irreparable. Pero, gracias a la buena comprensión y a la desinteresada ayuda de los compañeros del Sindicato Único de la Gastronomía, las pobres fieras pudieron nutrirse de vez en cuando...

Sin embargo, una tarde, la artista francesa Marlene Grey, que actuaba totalmente desnuda (se la llamaba en Madrid la "Venus Rubia") dentro de la jaula, en medio de los cuatro leones, estuvo a punto de ser devorada por uno de ellos, durante el rodaje de una escena en el estudio cinematográfico de la plaza del Conde de Barajas, en Madrid.

En tales condiciones trabajaba yo aquellos días, cuando una tarde recibí la visita de un compañero, proponiéndome, apenas terminase mi película, organizar un equipo y marchar a los frentes de lucha para impresionar nuestras gestas. Cotiello, que así se llamaba este compañero, empezó él mismo los trabajos de organización para la expedición, ayudado por el compañero Jerez, de nuestro Sindicato. Mientras tanto, yo aceleraba mi trabajo para la rápida terminación de mi película

CALLE DE LA LUNA, NUMERO 11

Aquí estaba situada la casa de la Confederación Nacional del Trabajo, de cuyo aspecto interior quiero decir dos palabras.

En los pasillos de algunas de las dependencias, los baldosines, pequeños, habían saltado y se amontonaban en los ángulos. Nadie se decidió nunca a arreglar aquello. Debo advertir que, al estallar el movimiento, el ramo de La construcción de la C. N. T. estaba en huelga. A una observación mía, se me contestó:

La huelga de la construcción es general. ¡Y entre nosotros no puede haber esquirolas! Que se fastidien los baldosines y se aguanten, o que vuelvan ellos mismos a su lugar. El día en que termine la huelga, lo arreglaremos nosotros.

Me hizo mucha gracia la explicación. Y desde aquel día, el abandono del piso de nuestro local, con sus baldosines amontonados, era para mí una nota simpática. Al fin y al cabo, lo esencial no era el estado más o menos ruinoso del local, sino la labor formidable que en el mismo se hacía.

Si alguno de mis lectores acudió a la calle de la Luna, a nuestro local, en los primeros tiempos del movimiento, recordará, como yo lo recuerdo, el aspecto fantástico que su entrada ofrecía. Cuatro compañeros armados estaban de guardia en la puerta, pidiendo el "carnet" a los visitantes. En el interior del patio, montones de hombres echados en el suelo, durmiendo, con el fusil al lado. Había durmientes hasta en los peldaños de la escalera principal. Casi todos ellos llevaban anudado al cuello el pañuelo rojinegro, insignia de nuestra Confederación; estaban semidesnudos, y los rostros ennegrecidos por la pólvora y el sudor, rendidos por el cansancio. De vez en cuando llegaban otros compañeros y daban una voz a los durmientes:

¡Compañeros! ¡A ver! ¡Voluntarios para la sierra! Salida inmediata. ¿Hay voluntarios? Allí atacan de firme.

Y como un resorte, los durmientes se levantaban, se echaban agua de un botijo en la cabeza, cogían el fusil y montaban presurosos en la camioneta. El suelo no permanecía libre mucho

tiempo. Otros compañeros, de regreso de los pueblos en lucha, ocupaban los lugares dejados libres. Los compañeros de los Comités, arriba se ocupaban de la comida y de las municiones de los confederados, multiplicándose, telefoneando sin cesar, recibiendo y dando noticias, evacuando consultas con los compañeros que llenaban el local de la Secretaría. La mayoría de estos hombres, directivos y combatientes que yacían abajo, hacinados en el suelo, tenían un hogar, una familia pero no les quedaba tiempo material para ir a sus casas, comiendo de pie, pan y fiambres, y pasándose noches completas sin dormir. Allí estaba el compañero Manuel Rascón, con los ojos hinchados y rojos de sueño, enronquecido, multiplicándose sin sosiego en la solución de mil problemas que a cada instante surgían. Se le veía allí de día, por da noche, en la madrugada, siempre alerta, siempre en actividad... Quien no ha vivido aquellos días, en aquel lugar, no ha vivido las páginas más pintorescas de nuestra Revolución.

Entre numerosos detalles, que no transcribo aquí por no hacer interminable este capítulo, voy a evocar uno que tengo muy vivo aun en mi memoria:

Una noche, hallándome yo ante la mesa de Rascón, se presentó a éste un compañero, al que conducían otros dos. Venían del Guadarrama. El compañero conducido llevaba en el cuello un montón informe de algodón, maculado de sangre. Estaba pálido y no tenía casi alientos para hablar. Aparentaba tener unos veinticinco años, más bien alto que bajo, con las manos cubiertas de callos. Era albañil.

Uno de los que le acompañaban explicó:

-Aquí te traemos a este compañero, combatiente de la Sierra, que después de tres horas de combate, y herido por un trozo de metralla, los médicos de nuestra columna han hecho evacuar pero que se empeña en volver a la Sierra y quiere un fusil.

-Yo no soy carne de hospital. Yo soy hombre de lucha. Mi fusil se lo han entregado a otro compañero murmura el herido con voz apagada, que quiere hacer firme, sin lograrlo.

Intervengo yo, y le digo con amabilidad:

-¿Quieres enseñarme tu herida, compañero?

El herido se quita el algodón del cuello, dejando al descubierto una tremenda herida, tan profunda que no me explico cómo no le ha segado la yugular. La sangre mana todavía por el boquete. Cierro los ojos, horrorizado, y le ajusto el vendaje al cuello.

-¿Te duele mucho, compañero?-le pregunto.

-No-responde, mirándome con fijeza-.Lo que sí me duele es estar perdiendo aquí el tiempo, mientras el enemigo ataca en el Guadarrama. Dadme un fusil y dejaos ya de historias. Los hospitales no se han hecho para mí.

Mientras tanto, Rascón ha hecho una nota para que sea llevado a un hospital. Sus dos acompañantes le cogen por los brazos e intentan llevárselo. Pero el herido se debate furiosamente. Ya en el patio, se apodera del fusil de uno de los compañeros de la guardia, y ayudado por los dos amigos sube a un automóvil. Se lo llevan al hospital...

Murió en la misma noche...

La actividad en la calle de la Luna crece por momentos...

Algo parecido ocurría en la inmediata calle de Silva, donde los compañeros del Comité Nacional tenían que resolver los problemas más graves y de mayor envergadura inherentes a la lucha.

No es mi ánimo desprestigiar a las otras organizaciones, que también dieron todo cuanto podían al movimiento: hombres y medios para llevar a cabo la lucha titánica empezada por la sublevación militar fascista.

No soy sectario, ni mucho menos. Pero el lector convendrá en que, habiendo convivido la mayor parte del tiempo en el "ambiente" de mi organización, es de ella, de sus hombres y de sus hechos, de que puedo hablar sin apartarme un ápice de la verdad. Todo el Pueblo, en aquellos días, sin distinción de ideología, era antifascista, combatiente. Comunistas, anarquistas, socialistas, republicanos, todos perseguían un fin común: el aniquilamiento del fascismo, el aplastamiento del criminal movimiento subversivo.

La actividad y el entusiasmo común se manifestaban igualmente en los frentes de lucha que en la retaguardia.

A TRAVÉS DE LA METRALLA

PREPARANDO LA SALIDA

Al final he terminado mi película, encargando el montaje al que ha sido mi primer ayudante, el camarada Parrilla.

Mis amigos, los artistas franceses y los leones, han marchado a Francia, y la despedida ha sido emocionante.

–¡Nunca olvidaremos los hermosos días pasados en vuestra compañía, trabajando bajo el tiroteo callejero y el movimiento defensivo del proletariado me dice Marlene Grey, con lágrimas en los ojos. Como tampoco olvidaremos las atenciones de que hemos sido objeto por parte de los compañeros confederados, en todos los sentidos. ¡Salud y pronto triunfo os deseamos de todo corazón!

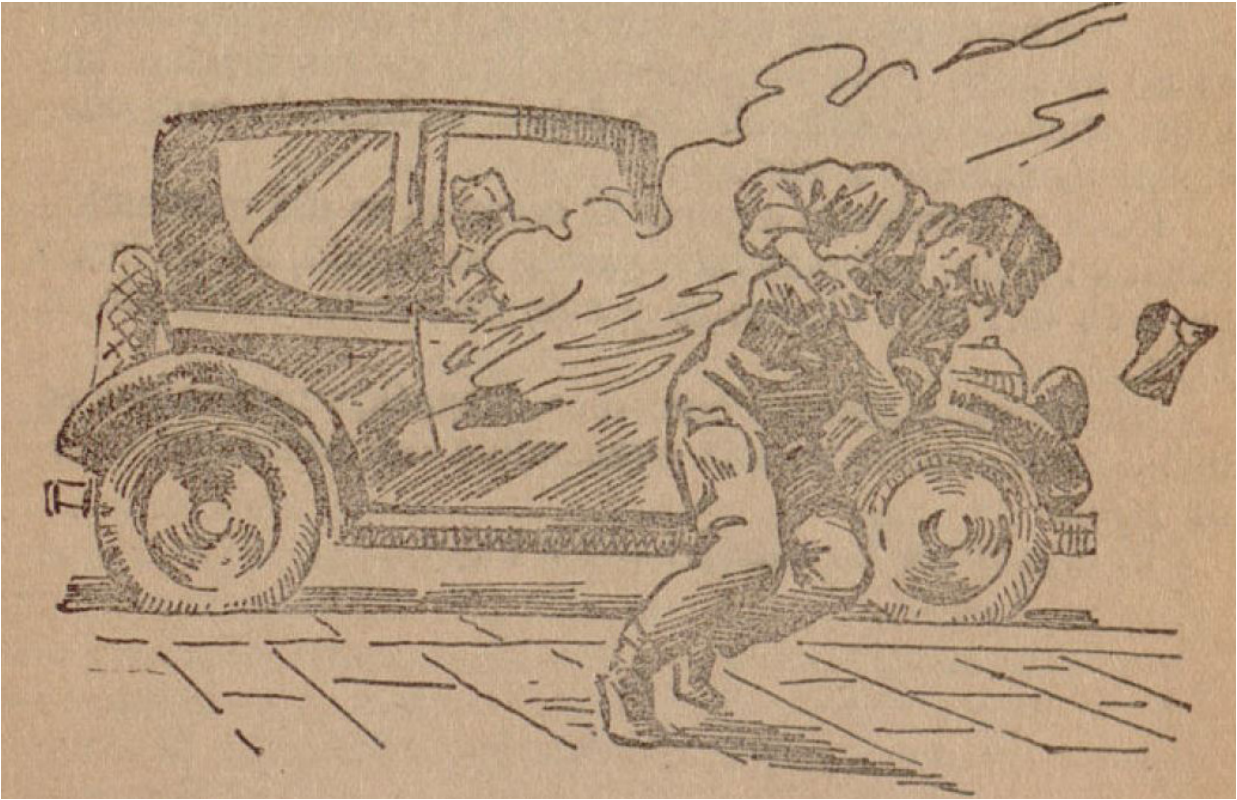
Ulteriormente he visto a estos buenos amigos en París, y he podido darme cuenta de lo mucho que han realzado el prestigio de los españoles antifascistas de Madrid, relatando en todas partes la fraternal solidaridad que para con ellos, extranjeros, habíamos tenido. Estos pequeños detalles hacen mucho favor, en el extranjero, a nuestro movimiento revolucionario.

Los preparativos para nuestra salida a los frentes avanzan. Pero hay un punto importantísimo que tiene que ser solucionado. ¿Qué vamos a rodar? Yo propongo la realización de una gran película, que marque la epopeya revolucionaria de nuestro movimiento, con el amplio título de "Gestas proletarias", idea que es muy bien acogida por nuestro Comité Nacional y por la Federación Regional del Centro. Sin perder minutó, empiezo la elaboración del guión técnico de rodaje. Mis compañeros de equipo están entusiasmados...

Pero dos incidentes vienen a turbar la marcha de los preparativos:

Un compañero, Lamberto, que tenía que venir como jefe de escolta, excelente muchacho de las juventudes Libertarias de

Madrid, muere en el mismo umbral de nuestro Sindicato.



El hecho ha ocurrido de la manera siguiente:

Un día, llega Lamberto, con un amigo, a nuestro local, sito en el número 25 de la calle Miguel Angel, anunciándonos que marcha con otro compañero, que le espera en el coche, a un pueblo cercano, para traerse a un compañero tuberculoso. Mientras Lamberto habla con nosotros, el compañero, armado con un mosquetón, cuyo cañón asoma por la ventanilla del coche, le llama. ¡Se hace tarde! Cuando Lamberto estrecha las manos de los compañeros, al despedirse, suena de repente una detonación, y el pobre Lamberto se echa las dos manos al pecho y se tambalea. Un chorro de sangre brota de su pecho, salpicando a los compañeros, que le cogen en brazos: la carga del mosquetón le ha entrado por la espalda, destrozándole los pulmones y saliéndole por delante. La muerte sucede casi instantánea...

El compañero del mosquetón ha saltado del coche y se ha precipitado, como un loco, sobre el desgraciado amigo.

-¡Lamberto! ¡Lamberto! ¿Qué tienes? ¿Estás herido?
¡Contéstame!

Está desesperado. No sabe cómo ha ocurrido el hecho. ¿Cómo se ha disparado el mosquetón? ¿Un falso movimiento? El no lo sabe. ¡Una imprudencia! Una de las muchas imprudencias de aquellos días de fiebre, ha bastado para ocasionar la espantosa tragedia.

Pero ya Lamberto expira. El compañero del mosquetón lanza un grito, que más bien parece un rugido, da un largo beso en la frente al muerto y sale escapado, corriendo al azar...

¡Pobre compañero! Pocos días después, supimos que se había hecho matar en una avanzadilla del frente del Guadarrama.

El drama nos ha trastornado a todos...

He aquí el otro incidente: Cotiello, el compañero que forma parte de la expedición cinematográfica, como delegado sindical, tiene un hijo, Luis, de 19 años, que está luchando en el mismo Toledo contra los sublevados encerrados en el Alcázar. Es un muchacho fino, guapo, valiente, muy callado. Ha venido un par de veces a Madrid a descansar unos días pero se ha vuelto a marchar a Toledo.

-La vida en la retaguardia me aburre, padre-dice-. Cuando vaya a salir vuestra expedición me llamas y vendré a formar parte de la escolta. Mientras tanto, déjame allá, con los míos de las juventudes Libertarias. Lo pasamos muy bien. Y yo quiero, el primero, entrar en el Alcázar cuando lo tomemos por asalto.

Y Luisito Cotiello se ha vuelto a marchar. Marchó, ¡jay!, para no volver...

Una noche viene un muchacho de Toledo preguntando por Cotiello, padre. Yo, adivinando algo grave, le pregunto el objeto de su visita.

-Una triste noticia, compañero. Luisito, el chico de Cotiello, está en el depósito de cadáveres del cementerio de Vallecas. Lo hemos traído de Toledo esta tarde.

Una ráfaga de desaliento apaga mi voz. ¡Son ya dos cadáveres, dos compañeros que iban a formar parte de mi equipo, y todavía no hemos salido! ¡Cuán cruel es el Destino!

-¡Tenía que suceder! añade el muchacho. ¡Era demasiado valiente! Esta mañana nos hemos lanzado un grupo, en tromba,

sobre la entrada del Alcázar; hemos llegado a los salones de la parte alta... De pronto, recibimos la orden de retirarnos. Cotiello se quedaba rezagado, refunfuñando, y cuando al fin salíamos hacia nuestros parapetos, los rebeldes han hecho una descarga, y el pobre Luisito ha caído al suelo, destrozado el pecho por una bala dum—dum. ¡Ni una queja ha exhalado el pobre! Ese maldito Alcázar está ya ocasionando demasiadas víctimas... ¿Por qué no se ha volado de una vez? ¿Qué significa ese sentimentalismo del Gobierno?

¡Tienes razón, compañero! La vida de uno de nuestros compañeros vale cien veces más que treinta Alcázares juntos. Un Alcázar de Toledo lo reconstruimos luego nosotros, si preciso fuera una vida que se quiebra, no admite reconstrucción.

Acto seguido me encamino en busca de Cotiello para "prepararle". ¡Pero es inútil! Cotiello no admite preparación. Sus primeras palabras, al ver al muchacho libertario, son firmes:

—Luis ha muerto. ¿Ha sufrido mucho? ¡Dime la verdad! Nada me asusta. Soy su padre, y soy..., ¡anarquista!

El muchacho trata de consolarle. Inútil. Cotiello, bajo de estatura, se me aparece ahora como un gigante. ¡Ha vencido al dolor!

Ahora se trata de ir a Vallecas y traer su cuerpo a uno de los salones del Sindicato. El entierro tendrá lugar mañana. Un compañero médico de Sanidad parte delante, en un coche, para "maquillar" el cadáver, pues parece que tiene averías estéticas. Nosotros salimos poco después. No hemos podido convencer a Cotiello para que se quede. Con una entereza irreductible ha tomado asiento en el coche. El viaje hasta el cementerio de Vallecas es un suplicio. Son las nueve de la noche. Todo yace en la obscuridad. Llegados allí, el guardián hace chirriar una puerta de hierro, que se abre con un quejido, cual si los muertos dejaran escapar su protesta por la intempestiva visita.

Ya estamos ante el cadáver. ¡Pobre muchacho! De su pequeña boca sale todavía un hilillo de sangre, que su padre, con piadosa mano, seca con su pañuelo, que luego besa con unción. El momento es emocionante. Afortunadamente, el infeliz Cotiello rompe en ahogado llanto, y su rostro se cubre de lágrimas. Es el momento de marchar. El padre se acerca al cadáver de su hijo y dice:

—¡Descansa, Luisito, hijo querido! ¡Tu padre sabrá vengarte!...

Y deposita un último beso en la frente de aquel valiente de diecinueve años. Se descubre y exclama, con voz firme:

—¡Has muerto por la Causa, hijo mío! ¡¡Viva la Anarquía!!

Y abandonamos aquella modesta mansión del dolor y del eterno silencio...

Su entierro, efectuado en la mañana del siguiente día, constituyó una imponente manifestación de duelo. Centenares de coronas y ramos de flores, con dedicatorias sentidas, y más de quinientas personas que acompañaron al pequeño luchador hasta su última morada...

El objetivo principal de los facciosos en aquellos días era Toledo defendido por nuestra milicias.

Ultimados nuestros preparativos de marcha, salimos de Madrid el sábado 26 de septiembre de 1937, a medianoche o, mejor dicho, en la madrugada del domingo 27.

Como ignoramos el tiempo que permaneceremos fuera de nuestras casas, llevamos en la expedición a dos compañeras para que se ocupen de los menesteres culinarios y otros detalles caseros. Además de las dos mujeres y de los dos chóferes: Pepe y Manolo, vamos ocho hombres más. Son éstos: José Jerez y su hermano, Montoya y Domingo Martín, ayudantes de dirección y de cámara Arturo Beringola (operador tomavistas) y Ricardo G. Marchan (fotógrafo) Antonio Cotiello, como delegado sindical, y yo como director— realizador. En dos coches grandes, un "Graam—Paige" y un "Pakard", en donde llevamos la película virgen, las placas fotográficas, pizarra, cámara tomavistas y cámaras fotográficas, utensilios diversos, víveres, mantas y demás, nos instalamos seis en cada coche, así distribuidos: en el "Graam—Paige", conducido por Manolo, toman asiento Jerez, su hermano y su compañera Montoya y Martín. En el "Pakard" vamos una compañera, joven actriz, Deli Jiménez Beringola, Morchón, Cotiello y yo, conducidos por Pepe.

A las tres y media de la madrugada llegamos a Cabañas de la Sagra, en la carretera general de Madrid a Toledo.

"¡EN BARGAS ESTAN ZUMBANDO!"

La guardia nos detiene y nos pide la documentación. La exhibo, la examinan, y uno de ellos nos hace esta observación:

-Si vais a Toledo, compañeros, os conviene desviar y tomar la carretera de Mocejón, pues por ésta no podréis llegar.

El paso de unos campesinos con sus mujeres, niños y el ajuar colocado en el lomo de un par de mulas cansinas, me hacen comprender que algo grave ocurre. Le aclaro:

-No tenemos tiempo que perder, y nuestros chóferes desconocen la carretera que nos indicas. Querernos seguir por Olías y Bargas.

-A Olías tal vez podáis llegar sanos si apagáis los faros pero más allá no podréis. Los fascistas han corrido mucho. ¡En Bargas están "zumbando"! Se baten ya en la estación del pueblo, y si lo toman, dentro de tres o cuatro horas llegarán aquí.

Los compañeros del "Paigé" se han apeado y han escuchado el diálogo. Manolo es partidario de esperar aquí hasta que amanezca, para arrear por la carretera de Mocejón. Cotiello y yo proponemos seguir hasta el inmediato pueblo, Olías, y ver si hay medio humano de pasar "arreando" por Bargas. Pero la mayoría de los expedicionarios opina que no debemos meternos en la boca del lobo. Pepe, nuestro simpático chófer sevillano, pequeño y vivaracho, gesticula y dice que, con un "Pakkard" tan flamante como el que llevamos, no debemos aventurarnos ni aun a Olías.

Marín, mi ayudante, el "recordam" de los chistes malos, inicia su primero:

-Al llegar aquí, tú no te olías que ahí cerca había trifulca, ¿verdad?

No le tiramos nada porque estamos a obscuras, en mitad de la carretera. Al fin nos decidimos a dormir un rato en los coches, hasta que amanezca.

Finaliza septiembre pero el frío empieza a hacerse sentir bastante.

Al cabo de un rato, y cuando ya algunos están dormitando, oímos el silbido de una locomotora (la línea férrea está a unos doscientos metros), y acto seguido el tableteo, lejano, de la ametralladora. Bajo del coche y me informo. Es un tren blindado con material de guerra que va a Toledo, llevando a doscientos confederados bien armados.

Son las cinco de la mañana. Empieza a amanecer. Despierto a los durmientes y los coches se ponen en marcha hacia Mocejón. A unas diez kilómetros o doce de la carretera vemos unas llamaradas

grandes y unas columnas de humo que ennegrecen el horizonte. ¡Es Bargas que está ardiendo! ¿Harán lo propio con Olías, con Cabañas de la Sagra?... ¡Incendiar una población es de lo más criminal! Pero los fascistas son capaces de lo peor. Fascismo es sinónimo de barbarie.

Llegados al cruce de la entrada de Mocejón con la carretera de Toledo, vemos un puñado de soldados discutiendo con un responsable de milicias. Inquirimos.

–Estos son soldados del regimiento de Otumba, y dicen haber venido a Mocejón para descansar unas horas... ¡Y para descansar unas horas se atizan doce kilómetros o más, andando, desde Toledo! ¡A otro perro con ese hueso!

A pesar de lo cargados que van nuestros coches, hacemos subir a algunos soldados en los estribos oíros, suben detrás, en una camioneta que nos sigue, y así los reintegramos a su puesto de lucha, a Toledo.

TOLEDO

Entramos en Toledo por la puerta de Bisagra. Unos minutos antes, desde la carretera, hemos oído una explosión sorda y hemos visto alzarse una columna de tierra y humo. Ha sido una mina, colocada en el Alcázar para hacerlo saltar. Pero nunca las cosas hechas con precipitación fueron bien hechas, y esta miname entero después, ha sido mal construida y peor colocada. Por lo que ha resultado ineficaz.

El movimiento de coches en Toledo es fantástico. Unos llegan otros se alejan, llevando y trayendo órdenes y gente. Un poco más arriba de la puerta nos apeamos y subirnos andando. El tiroteo en la plaza de Zocodover es formidable, No son descargas, no. Son disparos sueltos, pero ininterrumpidos, de fusil, de ametralladora son explosiones de bombas de mano. Y el traqueteo y las explosiones ruidosas crecen y se extienden, como si todo un ejército estuviera

disparando sus fusiles por capricho, sin blanco determinado. ¡Son los sitiados del Alcázar que, parapetados en los sótanos, por entre los respiraderos y los escombros de la parte derruida, disparan sin cesar sus armas!

–¡Es "su misa mayor" de domingo!–se me ocurre decir.

–¡Pero no de Domingo Martín, compañero director!–replica mi ayudante, el "amo" de los chistes malos.

Le amenazamos con arrojarle como pasto a los fascistas, y se calla, no sin objetar:

–Silenciaré. En boca *clausurada* no se introducen *volátiles*

Como llevamos muchas cosas de valor en los coches, los hacemos subir hasta detrás de la casa de los Sindicatos de la Confederación Nacional del Trabajo.

Mientras los compañeros se alejan a dar un vistazo a Toledo, Cotiello y yo nos encaminamos al Sindicato, cuyos locales se hallan repletos de compañeros, militantes y combatientes, cambiando impresiones sobre los acontecimientos en curso. Allí saludarnos a algunos conocidos y les enteramos del objeto de nuestro viaje. Uno de ellos nos aconseja:

–No toméis nada de aquí, compañeros ni película ni fotografía Buscad de preferencia lugares en donde ataquemos firme. ¡Aquí, esto está perdido! No por falta de hombres ni por carencia de valentía, no sino por falta de armamento, de cañones, de aviación. ¿Oyes el "alegre" tiroteo de los del Alcázar? ¡Es la alegría del triunfo seguro que les hace malgastar las municiones! Saben que las tropas rebeldes, bien pertrechadas están al llegar. Y, en señal de júbilo, disparan sus armas sin reposo, como una señal para los suyos de que aún viven...

Arroja al suelo con rabia su medio cigarro apagado y continúa:

–No hace mucho, el Gobierno les mandó al Alcázar al cura Camarasa para confesarles... ¡Vaya salero! ¡Un cura para confesarles! ¡Un cura! ¡Una tonelada de dinamita es lo que había que enviarles! ¡El miramiento y la consideración a los inocentes que hay dentro! ¡Bah! ¡Sentimentalismo barato! ¿Es que las vidas que esto nos está costando, y las que nos va a costar, y la pérdida de Toledo, no valen nada? ¿Cuándo vamos a empezar la guerra en serio?

Salimos del local de Sindicatos C. N. T. un tanto desmoralizados...

A la salida nos tropezamos con un coche en el que va un conocido nuestro. Es el viejo compañero Tortosa, siempre joven, a pesar de sus años, siempre activo. Pero su semblante rezuma preocupación y tristeza. Ha venido a Toledo a intentar algo... ¡Pero él mismo se da ¡cuenta de la inutilidad de su esfuerzo!

–No nos resta más que una sola cosa: evacuar. Evacuar y salvar todo cuanto se pueda. ¡Qué tristeza! Y se aleja. El aspecto, las palabras y el gesto de nuestro compañero Tortosa nos han mostrado la cruda verdad, la terrible verdad. ¡Vamos a perder Toledo! ¡Es horrible!

EL INFIERNO DE ZOCODOVER

Como atraído por una fuerza irresistible, Cotiello se empeña en que vayamos a la plaza de Zocodover. Quiere ver el sitio en donde su hijo cayó asesinado por las balas traidoras. El compañero que vino a Madrid a informarnos de la desgracia está aquí; le hemos hablado, y nos ha indicado el sitio. Yo me decido a acompañarle. Al mismo tiempo quiero ver si hay un buen emplazamiento, de poco peligro, para colocar la cámara tomavistas y rodar algunos metros del Alcázar en ruinas. Será lo único interesante a tomar.

Llegamos a la plaza de Zocodover. El aspecto de la plaza, antes tan pintoresca, orgullo de Toledo, es hoy desolador. Ruinas y escombros por todas partes. Frente al Alcázar en ruinas, un parapeto o barricada, y detrás los milicianos y guardias de Asalto, protegidos por sacos terreros. El centro de la plaza está vacío. Es la tierra de nadie, sobre cuyo asfaltado suelo rebotan o se aplastan las balas que, en constante lluvia de fuego, tiran los rebeldes, levantando un polvillo fino, como humo. Nuestros combatientes no disparan. ¡Hacen bien! ¿Para qué? No hay enemigo visible. Los disparos salen de entre los escombros, de entre los agujeros casi imperceptibles que, a flor de tierra, hay en lo que queda en pie del trágico Alcázar...

A la derecha del parapeto, incrustados en una especie de callejón en forma de embudo, hay un grupo de dinamiteros de la F. A. I., prontos a lanzarse a un ataque a fondo si las circunstancias lo permiten. Pero, ¿cómo diablos se han podido meter ahí los compañeros?...



Se lo pregunto a un miliciano del parapeto, que está comiendo una naranja, el codo apoyado sobre su fusil, cuyo cañón apunta al exterior por entre los sacos terreros del parapeto.

-Con riesgo de sus vidas, compañero. Nadie puede aventurarse a cruzar esta plaza, que, como veis, está constantemente barrida por la metralla enemiga. Hace unos días, todavía nos aventurábamos a cruzar. Era como un deporte. Pero un día, esos canallas emplazaron una ametralladora en sesgo y perdimos a cuatro compañeros, acribillados a balazos. ¡Y se acabó el "deporte" mortífero! Para pasar ahí donde están esos compañeros, hay que arriesgar el pellejo Pero todo es cuestión de suerte. Y ellos, hasta ahora, la han tenido.

Cotiello está examinando el lugar... Precisamente en ese callejoncito cayó muerto su chico. Me mira un momento.

-¿Vamos?-me pregunta, decidido.

Y nos encaminamos hacia el ángulo del callejón. Los dinamiteros nos gritan:

-¡Cuidado, compañeros! Esperad un poco. ¡Pegaos bien a la pared!

Las balas facciosas silban en nuestros oídos y se incrustan en la misma pared. De nada sirve agacharse. Sin embargo, el compañero de antes nos grita:

-¡Cuerpo a tierra!

Obedecemos. Acto seguido oímos una tremenda explosión que nos salpica de escombros. Uno de los dinamiteros ha arrojado contra el reducto faccioso una bomba de mano. El tiroteo ha cesado en esta parte.

-¡¡Pasad!!-nos gritan los compañeros-. ¡De prisa!

Nos incorporamos y cruzamos el callejón rápidamente. ¡Ya era tiempo! El tableteo de la ametralladora facciosa se oye de nuevo, y en la pared que nosotros acabamos de abandonar se ve ahora el polvillo que levantan las balas al chocar.

Ya estamos al abrigo. La posición que ocupan nuestros compañeros es muy estratégica. Desde allí, en caso de ataque combinado de los nuestros, pueden hacer buenos blancos, sin peligro y penetrar en dos saltos en el Alcázar. Pero el ataque en común no se producirá... ¡Es demasiado tarde y las circunstancias no son ya favorables! Lo único que ellos pueden hacer desde aquí, y lo hacen, es hostilizar al enemigo sitiado.

Observo el lugar. Verdaderamente, el lugar es magnífico para el emplazamiento de nuestra cámara tomavistas. El total nos daría un detalle completo del "infierno de Zocodover" Pero, ¿tengo derecho a poner en grave riesgo la vida de mis dos compañeros, el operador y el fotógrafo?...

Consulto con Cotiello. No. Decididamente, no. El riesgo es extremado. Fumamos un cigarrillo con los compañeros y nos aprestamos al regreso. Este se verifica en las mismas condiciones que hace una momento. El tiroteo sigue *in crescendo*.

Abandonamos Zocodover y descendemos la calle que conduce al Sindicato, cuando una explosión espantosa nos hace retroceder. Vemos correr a la gente en todas direcciones...

¿Qué ha ocurrido? Nos informamos.

—El enemigo ha disparado un cañonazo desde Torrijos nos aclara un compañero, y el proyectil ha explotado en el mismo Sindicato.

—¿Hay víctimas?—preguntamos.

—El compañero cocinero, muerto, destrozado por la metralla y varios heridos.

Nos precipitamos hacia el Sindicato. La confusión es terrible. Mientras unos compañeros transportan a los heridos, los otros empiezan la evacuación del Sindicato. Los archivos son transportados a los sótanos del edificio. Estamos sudando y llenos de polvo de cal. Salimos, en busca de nuestros compañeros y nos volvemos a encontrar con Tortosa, que, sin perder la serenidad, se dispone a hacer transportar los cañones nuestros fuera del alcance del enemigo, a la estación de Algodor. ¡Nuestros pobres cañones! Cinco en total y casi todos inservibles. Con semejantes "elementos" no hay combate posible.

Aconsejados por los compañeros directivos de allí, nos decidimos a abandonar Toledo. Hemos reunido a todos nuestros compañeros y nos instalamos en los coches, en el mismo orden que hemos venido. Llegados a la puerta de Bisagra, nuestros compañeros chóferes intentan tomar gasolina pero el depósito está cerrado. Ante nosotros, en la carretera, estallan los proyectiles del cañón faccioso de Torrijos. También desde Bargas tiran. Estamos entre dos fuegos.

Grito a Pepe y a Manolo:

—¡Adelante sin vacilar, muchachos! ¡Esos obuses son de cartón!
¡Tú, Manolo, síguenos! ¡Arrea, Pepe!

Y nuestro "Pakkard" arranca, cuesta abajo, hacia la carretera. Un obús pasa silbando, por encima del coche.

—¡Arrea más, Pepe! ¡El siguiente no nos alcanza ya!

Nuestro coche devora los kilómetros en alocada carrera. Otro obús estalla a nuestra derecha, envolviéndonos en una nube de polvo y barro. Vuelvo la vista atrás, buscando nuestro "Graam—Paige" y no le veo. ¡Somos el único y el último coche que circula por la carretera cañoneada! Pero, ¿por qué diablos no nos han seguido los

compañeros? El miedo a los obuses les ha precipitado en una situación peor pues Toledo no es ahora ya ningún "paraíso".

Otros dos obuses se cruzan y estallan, pero detrás de nosotros ya. Hemos salido de la zona de peligro. Vamos camino de Mocejón...

Ya cerca del pueblo, oímos un ruido extraño. Miro al horizonte y veo una escuadrilla de aviones enemigos que vienen hacia Mocejón. "¡Atiza! ¡Estos nos van a «hacer papilla!»", pienso en voz alta.

Entramos en el pueblo y nos apeamos del coche. Los aviones enemigos vuelan bajo, pero no bombardean. Sin duda piensan ocupar el pueblo muy en breve y no quieren destruirlo...

El movimiento de milicias en Mocejón es extraordinario. Algunos combatientes se instalan en una camioneta y parten hacia Toledo pero regresan poco después. Los compañeros de allá no les han dejado entrar, pues están evacuando por completo la población. El cañoneo se hace cada vez más intenso. Desde Mocejón se distinguen claramente las explosiones. Nubes de humo nos dicen que los facciosos han acabado de incendiar Bargas por los cuatro costados.

En vano nos esforzamos en inquirir noticias de nuestros compañeros...

A ARANJUEZ

Hemos comido en Mocejón y vamos a tomar café en Aranjuez y a consultar con los compañeros de allí, para el caso de que los nuestros hubiesen bajado sin ser vistos por nosotros y estuviesen allí.

Todavía no ha llegado a Aranjuez la noticia de la evacuación de Toledo.

Pero, a las cuatro y media de la tarde, llega una noticia más trascendental: Los moros están ya en la Plaza de Toros de Toledo, y el grueso de las fuerzas están muy cerca. Mi único pensamiento es:

¿Habrán tenido tiempo los nuestros de evacuar Toledo?... La duda es angustiosa.

Las noticias sobre este punto son contradictorias. Toledo sigue siendo un enigma...

A las seis de la tarde salen en el coche para Madrid Cotiello y Pepe. Van a ver si los nuestros han regresado allí. Quedamos en Aranjuez la compañera Deli, Beringola, Morchón y yo. Las horas de espera son interminables. Por fin, a media noche, regresan. ¿Con los compañeros? No. Vienen solos y preocupados. Ni en el Sindicato ni en los domicilios de los desaparecidos se tienen noticias de ellos. Decididamente en cuanto amanezca hay que salir a buscarlos...

Aranjuez se halla convertido en un campo de concentración de fuerzas. Desde la ventana de mi cuarto, en el hotel, oigo el continuo rodar de autos y camiones, los murmullos de los combatientes, las bocinas de los vehículos... Vienen todos de Madrid, pero no se sabe adonde van...

A LA BUSCA DE MI "MEDIO EQUIPO"

Al amanecer del lunes 28 de septiembre, nos levantamos, desayunamos con premura y nos reunimos para cambiar impresiones ¿Qué hacer?... La idea de que nuestros compañeros –nuestro "medio equipo"– hayan podido quedar dentro de Toledo, nos ha sumido en el mayor desasosiego.

–¡Compañeros!–les digo, decidido. ¡Hay que encontrar a los nuestros ¡Vámonos a Toledo! Algo más podremos saber, que no quedándonos aquí, inactivos...

Todos reconocemos que nuestra empresa es una locura, pues sin duda Toledo está por completo en manos de los facciosos. Pero confiamos en la "casualidad" para obtener noticias. ¡Y quién sabe! ¡Tal vez podamos penetrar en Toledo por uno de los barrios extremos!

Diez minutos después nuestro coche, a buena marcha, rueda por la carretera de Algodor a Toledo. Pero llegamos a un punto en que nos vemos obligados a vadear un riachuelo. La carretera es mala. ¡Cosa rarísima! Ni una sola guardia hemos encontrado en todo el camino. ¿Qué significa este abandono?... Hemos dejado atrás la estación de Algodor. Ante nosotros se alza la mole de Toledo, distante apenas unos tres kilómetros. Nos detenemos un momento. ¡Al fin, gente! En efecto por un sendero, a nuestra derecha, vemos un nutrido grupo de familias campesinas que vienen hacia nosotros. Les interrogamos. Son fugitivos de Bargas, que han pasado la noche en campo raso y ahora se dirigen a Aranjuez en busca de refugio. Han perdido todo su patrimonio. Sus hogares han sido incendiados por los fascistas, la noche última. Dos muchachos jóvenes, hijos del matrimonio viejo que se halla junto a nosotros, los ojos preñados de lágrimas, han sido fusilados en presencia de los ancianos padres. ¡El crimen, el eterno crimen fascista! No tienen noticias de Toledo pero se resisten a creer que los rebeldes hayan entrado.

Esta opinión nos presta nuevos ánimos. Y proseguimos nuestro camino. A menos de mil quinientos metros de la falda de Toledo, a nuestra izquierda, hay un caserón grande, cuya puerta se abre y aparecen media docena de hombres. Sacamos nuestras pistolas, y Cotiello les apunta con el mosquetón, gritándoles:

–¡Alto! ¡¡Arriba las manos!!

Los hombres levantan los brazos y se detienen. Nos hemos apeado todos del coche y nos acercamos a ellos, encañonándoles. Pero ellos sonríen. Han visto nuestros gorros con las iniciales "C. N. T." y la banderita rojinegra del coche.

–¡Somos compañeros!–dice uno de ellos–. Sacad mi "carnet" del bolsillito superior de mi americana.

Lleva un "mono" en dos piezas: pantalón y chaquetilla. Cotiello le saca el documento del bolsillo. ¡Es un "carnet" de la Confederación!

–¡Perdonad!–les digo–. Pero os habíamos tomado por fascistas.

–¡Lo mismo habíamos pensado al veros de lejos, desde la puerta!–contestan, riendo.

El equívoco se deshace. Aconsejamos a Pepe que oculte el coche detrás de la casa para no ofrecer "blanco" a los de Toledo. Suben al coche la compañera y los dos fotógrafos, conducidos por Pepe, y se

ocultan tras la pared de la casa. Cotiello y yo inquirimos noticias de Toledo. Los seis compañeros pertenecientes a transmisiones estaban en Toledo y han salido de allí a las ocho de la mañana de hoy, vadeando el Tajo. El enemigo está en Toledo.

–Nosotros hemos permanecido escondidos en una bodega desde anoche a las siete y media–nos explica uno–. Y esta mañana hemos podido oír una conversación entre dos soldados requetés que nos ha puesto en antecedentes de lo ocurrido al amanecer de hoy.

"¡¡LA F. A. I. SABE MORIR, PERO NO APRENDIO A RENDIRSE!!"

El compañero que nos habla me lo que ellos vieron ayer con lo escuchado esta mañana por ellos. Y he aquí la tragedia con toda su grandiosidad de gesto:

Toledo se evacuó ayer domingo durante el día. Los moros penetraron en la ciudad al anocheecer, cuando todavía estos compañeros de transmisiones estaban en su trabajo, recogiendo los materiales. Poco después penetraban las primeras fuerzas facciosas del ejército traidor. Y a las ocho de la noche los sitiados del Alcázar habían salido ya a la calle. La confusión era espantosa. Cuando ya se creía que el último miliciano había abandonado la ciudad, se oyeron un centenar de explosiones, que causaron muchas víctimas entre los fascistas. Eran bombas de mano lanzadas con gran acierto. Cercaron inmediatamente la casa de donde se habían lanzado las bombas. Allí estaban, atrincherados, un centenar de combatientes de la F. A. I., que se habían negado a ser evacuados, prefiriendo morir defendiendo Toledo.

El jefe de las fuerzas facciosas mandó disparar contra la casa, y los nuestros respondieron con otra descarga. Se inició un tiroteo formidable. Caían los soldados fascistas por docenas... Entonces, el jefe que mandaba, las fuerzas gritó a los atrincherados:

-¡Rendíos y se os respetará la vida!

Una voz potente salió de la casa fortaleza una voz que pudo oírse en lo más apartado de la ciudad, gritando estentóreamente:

-¡¡La F. A. I. sabe morir, pero no aprendió a rendirse!!

Y un puñado de bombas de mano hicieron explosión otra vez, en medio de la soldadesca facciosa. Entonces, el jefe mandó el repliegue, e hizo cercar la casa.

Poco antes del amanecer, la casa era destruida con proyectiles de mortero. Al entrar los facciosos en ella, se encontraron con unos sesenta cadáveres entre los escombros. Quedaban vivos treinta y siete compañeros, que fueron, acto seguido, pasados a cuchillo por los moros.

El lugar donde estábamos ocultos estaba poco de la casa fortaleza, y dos horas más tarde, cuando hemos salido a la calle, algunos cadáveres de los héreos estaban todavía en el suelo, junto a los escombros de la casa. No hemos querido acercarnos porque también nosotros corríamos peligro Y aprovechando el descuido en que habían incurrido no poniendo guardias en la orilla del Tajo. Hemos podido vadearlo y venir hasta aquí.

En efecto veo sus ropas todavía húmedas, la camisa pegada al cuerpo.

Nuestro narrador nos ha explicado la tragedia con tal sobriedad, con tantos detalles, que no dudo en darla a mis lectores como exacta.

Cayó Toledo, pero el honor de los anarquistas resplandeció con esta gesta de un centenar de bravos...

¡NOS HAN VISTO!

Los compañeros vieron ayer tarde el "Graam—Paige" abandonado, pero no vieron a nuestros compañeros.

Cotiello y yo decidimos, visto el silencio que ahora reina en Toledo, acercarnos, andando, hasta la falda de la ciudad, allí cercana, con la esperanza de que algún campesino rezagado o "neutro" nos proporcione noticias de nuestros compañeros.

Y echamos a andar, carretera adelante, hacia la ciudad que tan cerca tenemos. Cotiello lleva su mosquetón en la mano. Nos detenemos un momento a observar...

De pronto, un cañonazo terrible y la explosión de un obús nos paraliza. Nos echamos al suelo y miramos en torno nuestro. Vemos muchos cascotes de metralla. Ha explotado a nuestra izquierda, destruyendo un montículo de tierra.

¡Nos han visto! ¡Han visto sin duda un grupo de hombres ante la puerta del caserón, y ahora, al vernos avanzar hacia allí, nos han enviado un "regalo"!

Nos levantamos y echamos a correr hacia el caserón, para hacer salir de allí a todo el mundo, pues sin duda lo van a tomar como objetivo. Antes de llegar, un segundo disparo, y el característico silbido del obús que pasa por encima de nuestras cabezas pero tan bajo, que el desplazamiento de aire ha echado a volar mi gorro. El obús estalla un poco más allá del caserón.

Ya oigo runrunear el motor de nuestro coche. Saltamos a él, y los compañeros de transmisiones se agarran al guardabarro, a los estribos, como pueden, y echamos a andar hacia la estación de Algodor, de regreso a Aranjuez. Un tercer obús acaba de pasar, silbando, junto al coche.

-¡¡Arrea, Pepe, que ya nos han "tañado"!!-le grito.

Y nuestro bravo "Pakkard" empieza a dar saltos y a gemir, corriendo a setenta por hora en aquella carretera infame y cargado con doce personas.



Ya hemos dejado atrás la estación de Algodor, cuando oímos una explosión formidable: sin duda han "tocado" el caserón. Nos encontramos en una especie de trinchera en donde se ha encajonado la carretera, al abrigo de las "peladillas", y los compañeros de transmisiones se apean, viendo el peligro en que está el recargado coche, pues pudiera romperse una ballesta y prosiguen el camino a pie. Nosotros seguimos hasta salir del "cajón" de la carretera y volvemos a atravesar el riachuelo con su medio metro de agua, que nos salpica y nos refrescarnos un poco.

A las seis de la tarde estamos de nuevo en Aranjuez, sanos y salvos, si, pero sin saber nada de nuestros compañeros de expedición.

En el edificio de la Comisaria de Guerra, adonde he ido en busca de un compañero, se encuentra el teniente coronel B..., organizando a las milicias El compañero, a quien relato nuestra odisea de hoy, me aconseja decírselo a B... En efecto enterado éste de mi presencia allí, me hace llamar.

Entro en su despacho. B... me pone ante un mapa de Estado Mayor, muy detallado, y me ruega le indique el punto en donde hemos sido hostilizados (La palabra "hostilizados" suena mejor, sin duda, que "cañoneados", "bombardeados" o agredidos; "hostilizados" es más elegante y *hace menos daño*.)

Recorro la carta con la vista y coloco el dedo en el lugar en donde está marcado el famoso caserón.

-¿Hasta aquí han llegado ustedes?-me pregunta B..., extrañadísimo y mirándome con aire casi incrédulo.

Yo le afirmo el hecho y le doy toda clase de detalles.

-Quiero advertirle, además-le digo, que yo no acostumbro a mentir, y mis compañeros pueden atestiguarlo, así como los de transmisiones, que hemos llevado en nuestro coche.

-No se ofenda; no quiero ponerlo en duda. ¿Y usted me afirma que no ha encontrado guardia nuestra alguna?

-Ninguna. En toda la carretera de Aranjuez a Toledo, por Algodor, no hay ni un asomo de guardia.

El teniente coronel B... me da las gracias por el informe.

Me reúno de nuevo con mis compañeros y acordamos continuar mañana la búsqueda de los desaparecidos, por otros lugares, en las cercanías de Toledo.

SIGUE LA BUSQUEDA

En la madrugada del martes 29, una fuerte columna, organizada por el teniente coronel B..., sale de Aranjuez con dirección a Algodor.

Nosotros arrancamos con dirección a Mora de Toledo, pues hemos sabido que hay allí muchos evacuados y fugitivos de Toledo.

En la estación de Huerta de Valdecarábanos, que ha sido bombardeada por la aviación enemiga, rodamos unos metros de película y Morchón impresiona unas placas documentales. Hay allí una treintena de milicianos que se aprestan a tomar posiciones en

previsión de un posible ataque enemigo. Familias enteras, fugitivas, esperan la llegada de un tren que las conducirá a Madrid...

A mediodía llegamos a Mora de Toledo, en donde nos encontramos con un movimiento de fuerzas imponente. Los compañeros de la C. N. T., reunidos en Asamblea de urgencia, acuerdan trasladar las fuerzas a Madrid, para la reorganización de nuevas columnas, bajo el control y con mandos de la Confederación. El desastre de Toledo no puede ni debe repetirse.

Indagamos por todo el pueblo. Nadie nos da noticias de nuestros compañeros. Un miliciano, evacuado de Toledo, nos dice que en Cuerva hay también gente salida el domingo de Toledo. Y hacia Cuerva nos vamos.

Consulto el mapa y veo que estamos dando la vuelta en semicírculo a Toledo.

Los compañeros confederados de Cuerva tampoco pueden darnos noticia de los desaparecidos. Y nos invitan a ir con dos de ellos hasta San Pablo de los Montes, pintoresco pueblo situado casi en los lindes de las provincias de Ciudad Real y Badajoz.

A nuestra llegada a San Pablo de los Montes, los compañeros del Sindicato de la C. N. T. nos reciben con júbilo. Cenamos en el local del Sindicato, con los demás compañeros. La animación es extraordinaria. La caída de Toledo, lejos de desmoralizarles, parece que les ha acrecentado el entusiasmo para la lucha. El compañero Ricardo Ortega nos informa que están formando una pequeña columna "C. N. T.—F. A. I.", con algunos elementos de otros pueblos cercanos y piensan partir en breve para los frentes.

Ahora están reuniendo ropas, mantas, calzado, fusiles, víveres y todo lo necesario. Y tienen ya en cantidad suficiente.

Dormimos en el mismo local del Sindicato. Al día siguiente, por la mañana, nuestro compañero Beringola desenfunda su cámara tomavistas, una "Parvo" excelente, y tomamos algunas interesantes vistas. También Morchón tira algunas placas. Y a mediodía regresamos a Cuerva.

En Cuerva se halla una parte de la columna Uribarri al mando del comandante Ch..., un simpático valenciano, paisano mío, que nos acoge con mucha amabilidad y se nos ofrece en todo cuanto pueda

sernos útil. Yo le expongo nuestro deseo es decir, el objeto de nuestra misión.

–Desearíamos ir al fuego con vosotros–le digo, si tú no ves inconveniente en ello, comandante.

–Inconveniente, por mí, ninguno–responde. Pero te prevengo que es muy peligroso, máxime no siendo vosotros soldados o milicianos, con un fusil en la mano. El que tiene una ametralladora o un simple fusil, sabe que puede recibir un balazo pero también sabe que causará bajas al enemigo. Vosotros, en cambio, no lleváis más que un camino: el de recibir un balazo o un casco de metralla, sin devolver la pildora. De todos modos, yo estoy esperando a Uribarri de un momento a otro. Ha ido a Madrid a recibir instrucciones para nuestra marcha a los frentes. En cuanto venga, yo le hablaré, y no creo haya obstáculo a tu misión.

Comemos con su Estado Mayor y tomamos un exquisito café pero el regreso del camarada Uribarri se hace esperar demasiado... Y estamos intranquilos por saber lo que haya sido de nuestros compañeros. Por lo que decidimos al regreso a Madrid al atardecer de este día, miércoles 30 de septiembre.

"¡MALDITA SEA VUESTRA ESTAMPA!"

Llegamos a Madrid a las once de la noche. En el Sindicato nos encontramos con nuestros compañeros desaparecidos, que estaban ya en Madrid desde el domingo a media—noche, y a los que no se les había ocurrido telegrafiar o llamar por teléfono a Aranjuez, sabiendo que íbamos por "el mundo" en busca de ellos...

–¡Maldita sea vuestra estampa!–exclama Cotiello al verles–. ¡Y pensar que por culpa vuestra casi nos destrozan los obuses enemigos a Guerra y a mí!...

Nos explican su odisea. Después de nuestra salida de Toledo, se detuvieron un poco para tratar de obtener gasolina, sin lograrlo. Y

cuando quisieron salir ya era tarde: no dejaban entrar ni salir los coches por la carretera de Mocejón. Tuvieron que quedarse en la ciudad hasta las cinco o las seis de la tarde, en que aprovechando la salida de grupos de evacuados, abandonaron el "Graam—Paige", con una cámara fotográfica 18x24, varias cajas de placas y más de tres mil metros de película negativa, materiales de los que sin duda se habrán servido los facciosos para las películas y fotografías "trucadas" que acostumbran a hacer. ¡No he podido nunca consolarme de esta pérdida! A la salida de Toledo pasaron el Tajo en una barca y anduvieron muchos kilómetros, hasta llegar a Mora de Toledo, en donde nuestro compañero "chófer" Manolo encontró un pequeño "Ford" abandonado, y en él regresaron a Madrid.

Sea como quiera, la pesadilla de nuestros "compañeros desaparecidos" ha terminado. Estamos todos en Madrid, el Madrid sufrido y heroico, diariamente bombardeado por los aviones negros pero, por encima de todo, MADRID.

Pasan unos días, durante los cuales me ocupo en reorganizar mi equipo. Los directivos de nuestro Sindicato han resuelto que, en lugar de la película grande, "Gestas proletarias", debemos rodar reportajes sueltos de los frentes, lo que viene a trastornar de arriba abajo todos mis anteriores preparativos. Pero, como nos debemos al Sindicato, hay que acatar sus decisiones, *sea cuales fueren*.

Esta vez, nuestra salida será hacia el frente de Somosierra. Y como estamos ya en los primeros días de octubre y el frío en la Sierra del Guadarrama ha hecho ya su aparición", tenemos que proveernos de ropas de abrigo.

Mi nuevo equipo queda así compuesto: Arturo Beringola (operador tomavistas), Ricardo G. Morchón (fotógrafo), Antonio Cotiello (delegado), Domingo Martín (ayudante de dirección), yo (realizador) y los dos compañeros chóferes, José Méndez y Manuel Martínez. Siete hombres que, de ahora en adelante, en buenos compañeros, iremos a todas partes unidos, gozando por igual las penas y las alegrías y corriendo juntos los riesgos que haya que correr.

Llevamos dos coches: el gran "Pakkard" y el pequeño "Ford", que está dando muestras de querer portarse bien.

Y en el atardecer del sábado 3 de octubre salimos con dirección a

EL PARDO

En El Pardo está concentrada la columna confederal "España". Un millar de compañeros, regularmente pertrechados, pero mejor dispuestos a la lucha por la Causa del Pueblo. La frase de Durruti: "Estamos dispuestos a renunciar a todo, menos a la victoria", la han adoptado como lema.

El compañero responsable nos invita a cenar. Pero como la columna tardará unos días en salir al frente, declinamos la oferta y nos encaminamos, con buena marcha, pues que ha anochecido, hacia

EL MOLAR

Durante el camino de El Pardo a El Molar, mi ayudante Martín, que en eso de hacer chistes malos no tiene rival, nos "ameniza" la existencia con varios de ellos.

Estamos en la carretera de Burgos, según indica un poste kilométrico, y nuestro "Muñoz Seca en miniatura" nos dice:

-¡Estamos metidos en una carretera poco acogedora! ¡Y yo no tengo más remedio que marcharme!

-¡Martín, que te mato!-le grito

-Tú harás lo que quieras pero el poste ya lo dice: "A Bur...", ¡salud! ¡Abur, abur! ¡A Bur... gos!

El efecto producido por el chistecito es tan desastroso que se oye una detonación: un neumático acaba de reventar.

-¿Lo ves, ladrón? ¡Hasta el coche ha protestado!

Martín se ha quedado lívido, no por lo del neumático, que él ignora todavía, sino porque ha creído que era un disparo enemigo.

Nos apeamos para reparar la avería. Esta parada la aprovecha el incorregible Martín para "lanzarnos" otro chiste peor:

Viendo que alumbramos todos con nuestras lámparas de mano, dice:

-¡Esto es arreglo para un ciego! Sí. Porque un ciego *a—vería* en seguida.

Terminada la reparación, vamos a subir a nuestros coches. En el "Pakkard" van mis cuatro compañeros con el chófer Manolo. Yo, solo, con bastante equipaje en común, con Pepe.

Al subir Morchón al "Pakkard" exclama:

-Pero, ¿cómo os habéis colocado ahora? Yo no "quepo" ni de pie. Y el inenarrable Martín nos "coloca" el tercero:

-¡Tú no cabrás de pie, pero yo no *quepo de llano!*

Ignoro lo que ha ocurrido en el vecino coche, pero he oído unos golpes secos, que corresponden sin duda a otros tantos puñetazos descargados por los compañeros sobre las costillas de Martín.

Corremos de nuevo... Una hora después entramos en El Molar. Indagamos, nos encontramos con un antiguo militante confederado, que forma parte del Comité del Frente Popular del pueblo. Mostrada nuestra documentación y credenciales de nuestra Organización, el compañero nos acoge con el cariño tan peculiar entre confederados. El se ocupa en facilitarnos cena y albergue en la única fonda del pueblo.

Cuando ya nos dirigimos a descansar, vemos llegar por la carretera una hilera de coches y camiones, con gente armada. Van sin duda a un relevo, a los frentes de la Sierra. En los vehículos veo tres iniciales: "P. U. A."

Y me informo del significado. El compañero me explica:

-¡Ah! ¡Es *la púa!* Partido Unificado Antifascista.

-¡La púa!—exclamo yo, riendo la ocurrencia.

-Sí. Pero aquí traducimos esas iniciales con otro texto, en broma: les llamamos "Pistoleros Unificados Ansiosos", porque todo lo arramblan para ellos. Es una columna que, allá en donde entra, entra el cólera. Los fascistas les temen, porque no sólo se dedican a saquear, sino que se baten como leones. No hay quien les meta mano. Son los mejor abastecidos en ropas, víveres y pertrechos guerreros ¡A mí me son simpáticos!

-¿A qué sector político o sindical pertenecen?—pregunto.

-A todos. Los hay de la C. N. T., de la F. A. I., de las Juventudes Libertarias, de la U. G. T., del Partido Comunista, de Izquierda Republicana... Y los hay también que no pertenecen a ninguna Organización, pero que saben batirse como fieras, a pesar de todos sus defectos.

Nos retiramos a nuestra fonda. Al llegar allí, Beringola se queja de un agudo dolor de muelas.

Martín está "a la que salta". Y nos "obsequia" con el último chiste de la noche:

-Haces mal, Beringola, soportando esas muelas careadas. Arráncatelas y pónelas nuevas eso no te costará nada: estamos en El Molar.

Por sabia precaución, apenas dicho su chiste, Martín desaparece y se encierra en su habitación. Desde allí, nos pide perdón por "sus agresiones"...

... ..

Hemos dormido bien. Nos levantamos temprano, desayunamos y con el fin de estudiar el terreno de la Sierra para nuestros trabajos salimos con dirección al puerto de la Marcuera, a cuya cúspide llegamos a las diez de la mañana de este domingo soleado. Pero a estas alturas y en octubre (estamos a 4), el sol no calienta. ¡Qué grandiosidad de paisaje! ¡Y qué silencio tan amenazador! A pocos centenares de metros de aquí, unos hombres se acechan a otros, se espían constantemente para acometerse en el menor descuido y sembrar la muerte en este paraíso que respira vida y quietud... Pero..., ¡es la guerra!

Hemos pasado por Miraflores de la Sierra, magnífico lugar de veraneo, en medio de estos montes altísimos y silenciosos, y las gentes, al vernos en los coches, con nuestros uniformes y las armas, parecían preguntarse: "Pero, ¿ocurre algo en estos contornos?..." Y es que la matanza y los estampidos de la metralla no han llegado aún a este tranquilo rincón serrano. ¡Ojalá no lleguen nunca!

Expreso el deseo de acercarnos al elevadísimo y penoso puerto del Reventón. Parece que allí, o mejor dicho abajo, en el valle del Lozoya, se libran combates. Y allí nos encaminamos. Nuestros coches afrontan las ascensiones con resignación, con valentía...

-¡Preparad vuestras ruedas de recambio-dice Martín, que hasta ahora no había despegado los labios, porque en ese puerto adonde vamos, el reventón es más seguro!

-¡Más segura es la paliza que te vamos a dar como sigas haciendo chistes de ese género!-le replica Pepe, con su gracia sevillana.

Pero no llegamos al Reventón. En el kilómetro cuarenta y siete de la carretera de Rascafría nos tropezamos con una casilla de peones camineros, en donde hay establecido un cuartel de Milicias de la Columna del capitán P..., hoy comandante. Antes de llegar a la casilla, descendiendo el valle, nos detenemos un momento para impresionar unos metros y unas placas del panorama imponente que tenemos ante nuestros ojos. Frente a nosotros, Rascafría, miniatura de juguete con sus casitas blancas a nuestra izquierda, El Paular, lugar preferido de los excursionistas a la Sierra, por su belleza histórica y natural, y a nuestra derecha, como escondiéndose avergonzado entre los cerros-avergonzado de las matanzas de hombres que lo ensangrientan, el no ha mucho delicioso pueblo de Lozoya, obsesión de las hordas fascistas, que intentan instalarse allí, por el valor estratégico que representa.

Previa autorización del responsable de las Milicias, nos encaminamos hacia un cerro, en donde están los nuestros construyendo abrigos y senderos, trabajando, afanosos, con el pico y la pala. El cuadro ofrece tal interés, que rodamos unos metros y les tiramos unas placas. No son brigadas de fortificaciones, no; que éstas todavía no han sido creadas. Son auténticos combatientes, que, convencidos de la necesidad absoluta de hacer aquello, dejan a un lado el fusil y empuñan las palas y los picos. En el momento oportuno, abandonarán las herramientas de trabajo y empuñarán las de la Muerte para castigar al enemigo. Por ahora, trabajan. ¡Con tantos señoritos, vagos de profesión, que hay en Madrid, y que estarán a estas horas acicalándose para ir a los bailes vespertinos! Mientras estos obreros, auténticos hijos del Pueblo, trabajan sin descanso... Uno de los combatientes fortificadores, ingeniero de caminos, nos habla de los trabajos, señalándonos a lo lejos un punto en donde, con los gemelos de campaña, distinguimos a otros

hombres que se mueven en todas direcciones: son los facciosos, que también están fortificando los alrededores de Lozoya.

-¿Y no os ametrallan?—pregunto.

-De vez en cuando, al anochecer, suelen enviarnos unos cuantos obuses pero los nuestros les contestan desde abajo. Luego, se callan y pasamos la noche tranquilos. El capitán P..., que está en Canencia, lleva su plan, y no tenemos por qué inmiscuirnos. Nosotros obedecemos, porque tenemos confianza en sus capacidades bélicas. ¡Es un gran hombre el camarada P...!

Así nos habla aquel compañero, mientras ha mirado a su reloj de pulsera y ha hecho sonar un silbato. El hormiguero de hombres que trabajaban han recogido sus herramientas y fusiles y se encaminan hacia nosotros, trepando por el cerro. Es la hora de la comida, y se dirigen al cuartel. Nos vamos con ellos, pues también a nosotros se nos ha despertado el apetito, y les tomamos unas fotos para ellos, como recuerdo de nuestra visita, pues ya habíamos impresionado película poco antes, para nuestros reportajes.

Encontramos reunidos a los milicianos, dispuestos a hacer honor al succulento cocido, que comemos con ellos.

Un detalle: distinguimos entre los milicianos a un hombre de sesenta años.



-¡Sesenta y dos!-precisa él, con orgullo. Campaña de la guerra europea, desastre de Africa de la odiosa monarquía y ocho años de cárcel, por rebeldía, a mi activo.

-Y un meritísimo hecho de guerra, del que no quiere oír hablar-añade un miliciano joven. La otra noche, él solito nos trajo a dos facciosos prisioneros, cazados durante su paseo solitario. Les apuntó con el fusil y se rindieron, no sin antes haber intentado matarle desde lejos.

-¡Pero apuntaban muy mal!-concluye el viejo, riendo.

No me cabe duda. Con hombres así y con una moral semejante, no podemos perder la guerra. No es sólo el viejo de que hablo el veterano de la Brigada hay otros viejos, de cincuenta y cinco, de cincuenta, de cuarenta y ocho años. Pero éstos se consideran jóvenes. Para estos combatientes, lo de la edad es una incongruencia: mientras se puede andar y hay fuerzas para manejar un fusil, un antifascista de verdad es siempre joven.

¡Aprended, zánganos de la retaguardia! ¡Aprended a aplastar al criminal fascismo! ¡Estos viejos, más jóvenes que vosotros en alma y en energía, os trazan el camino! ¿No os avergonzáis?...

Antes del anochecer subimos a un alto, llamado la Cachiporrilla, en donde está emplazada la artillería nuestra. Un viento frío, cortante, obliga a nuestros valientes milicianos a envolverse con mantas y trapos. Al andar, semejan bichos anónimos cruzando en todas direcciones, saltando por encima de las rocas, acercándose a la "cocina al aire libre" que está más abajo, en donde el cocinero de turno está asando un magnífico cordero "incautado" al enemigo. Tomamos algunos metros de película y placas y nos disponemos a partir. De pronto oímos unas voces que nos llaman. Son los artilleros. Han visto abajo un pequeño núcleo de soldados rebeldes y van a enviarles unos cuantos "regalos", para postre de su cena. Nos encaminamos allí y preparamos nuestros aparatos. Seis cañonazos que hacen retumbar el monte... De abajo nos contestan con fuego de ametralladora, cuyas balas chocan contra los peñascos protectores de nuestros cañones.

-Y ellos, ¿no tienen cañones?-pregunto.

-Sí, los tienen pero no les hemos dado tiempo a emplazarlos. Seguramente esta noche nos contestarán con sus baterías pero no

importa, tenemos unos abrigos indestructibles, hechos en los huecos de las rocas. ¡Pierden el tiempo!

Empieza a caer la tarde, recogemos nuestros aparatos y subimos a los coches. La carretera que recorreremos ahora, en la bajada, es nueva, construida por los activos milicianos de la columna P... A derecha e izquierda, núcleos de "chabolas", excelentes abrigos para los combatientes. Llegamos a Canencia nos anunciamos, y el simpático capitán P... nos hace pasar en seguida. Le explicarnos nuestros trabajos y se muestra encantado. A su vez, nos relata cosas de la lucha en este sector serrano, que agudizan nuestra curiosidad.

-¿Quién está en Lozoya, capitán?—pregunto.

-Nadie. Lozoya es hoy tierra de nadie. Durante el día hacemos incursiones nosotros. Por las noches bajan ellos a realizar trabajos de fortificaciones y a construir abrigos para este invierno. Ellos creen que no nos hemos dado cuenta —prosigue P... pero yo estoy al tanto de sus movimientos, y como sé que en breve van a traerse colchonetas, mantas, y tal vez víveres y hasta armamento, daremos un golpe y arramblaemos con todo, instalándonos allí.

-Así, pues, ¿están trabajando para vosotros?

-Cierto. ¡Es trabajo que nos ahorran! Cuando penetramos en el pueblo, a raíz de la huída de ellos, ya no quedaba nada en las casas. ¡La *púa* había pasado por allí!

Como es la segunda vez que me hablan de la *púa*, no puedo evitar la risa. Y le explico a P... la versión que me han dado de los del "P. U. A." en El Molar.

Ha anochecido y hay que regresar a El Molar. Martín, que se ha quedado fuera, con los compañeros chóferes, asoma la cabeza por la entreabierta puerta y nos dice con cierto temor:

-¡Ya es de noche, compañeros! Y por estas carreteras poco tranquilizadoras nos vamos a *a...molar*.

-Sí, hombre—replica Cotiello riendo. ¡A El Molar nos vamos!

El simpático P... se despide de nosotros con la mayor cordialidad, recomendándonos mucha prudencia en el camino de regreso.

-Apagad los faros en la primera revuelta y no los encendáis hasta después de pasar Lozoyuela. El enemigo suele "paquear" a estas horas.

Pepe y Manolo han oído el consejo. Manolo dice:

-¡Sería muy sensible que nos agujerearan el coche!

-¡Hay que ir con prudencia, muchachos!-advierto yo.

-¡Ah! Pero..., ¿es que va a venir Prudencia con nosotros?-vuelve a insistir Martín. ¡Aquí vamos ya muy apretados!

Arrancamos, al fin, cautelosamente. Para no chocar contra los árboles de la carretera, en medio de la oscura noche, nos detenemos a cada instante...

Los arbustos semejan hombres, sobre todo uno, con una rama vertical, que parece un fusil apuntando a la carretera. Para colmo de espanto, en este preciso momento suenan una docena de tiros, y esto contribuye a acelerar la marcha de nuestros coches.

-¡No corras tanto, Pepe!-grito a mi chófer-. Nos vamos a romper la cabeza.

-¡Pero si están tirando! ¿No lo oyes?-replica, pisando el acelerador.

Diez minutos después salimos de aquel pasaje peligroso. ¡Diez minutos de caucho, que se han estirado como horas!

Son las ocho y media de la noche cuando llegamos a El Molar. Me apeo del coche y me acerco al "Pakkard", de donde salen Beringola y Morchón riendo, Cotiello tosiendo desesperadamente de tanto reír, y Manolo ayudando a apearse a Martín, que está exageradamente pálido.

-¿Has tenido miedo?-le pregunto, sonriendo.

-¿Yo miedo? ¡Miedo por éstos!-dice, señalando a los compañeros de coche.

Pero ante la protesta y las risas, Martín corrige la frase, y haciendo el signo de la cruz en los labios, de "juramento gitano", rectifica:

-¡Por éstas!

Cenamos con buen apetito y nos vamos a descansar.

El día siguiente, lunes 5 de octubre, amanece lloviendo. No hay luz para trabajar. Esperaremos hasta esta tarde...

Recordando y comentando ahora nuestra entrevista de ayer con el simpático capitán P..., nos damos cuenta de la afinidad que une a los combatientes. ¡Con qué placer nos estrechó las manos a los hombres de la Confederación y de la F. A. I.! ¿Dónde están las discordias? ¿Dónde las divergencias entre los hombres de diversos

sectores? ¡Eso quisieran tal vez ciertos dirigentes de partido, que no se han movido, que no se moverán de la retaguardia tal vez!...

Se nos ha informado que la columna de Galán está en Buitrago, cerca de nuestro "cuartel general" de El Molar. Pero también se nos ha hablado mucho del comandante "Campesino", guerrillero de dicha columna, responsable de las fuerzas que ocupan ahora Villavieja, encima de Buitrago. El asunto es interesante. Y como ha cesado la lluvia en El Molar, después de comer salimos para Buitrago.

En el camino, a nuestra derecha, vemos, un campamento originalísimo: el "Portachuelo". Nada de las típicas tiendas de campaña: unas cincuenta chabolas muy bien construidas bajo tierra, con sus cortinas rústicas, de tela de saco, para cubrir la entrada.

Son fuerzas de artillería y de infantería. Si los facciosos intentan un día pasar por allí, ¡van a quedar lucidos! ¡Aquello es una fortaleza inexpugnable! Disponen de buenos cañones, de ametralladoras y, sobre todo, de un núcleo de soldados aguerridos, con ganas de pelear...

Ha vuelto la lluvia. Tres kilómetros más adelante está Buitrago. Pasamos el puente, el famoso puente de Buitrago donde han caído tantos de los nuestros, pues está localizado por los cañones y ametralladoras enemigas, sin que nos tiroteen.

–¡Sí que habéis tenido suerte!–nos dicen unos compañeros milicianos de la columna Galán, que encontramos en las calles del pueblo.

–¿Podéis decirnos, compañeros, si anda por aquí Valentín González, el comandante "Campesino"?–inquirimos.

–Hace poco estuvo aquí pero le vimos subir en su coche y arrear pa Villavieja, en donde tiene sus fuerzas.

Me hago indicar el camino.

–Ahí delante, a la salida de! pueblo–me explica. Tomáis a vuestra izquierda y seguís la carretera siempre a la izquierda. No os metáis en la que hay a la derecha y que conduce al inmediato pueblo de Gascones, en donde está el enemigo, pues caeríais en sus manos. ¡Mucho ojo! ¡Salud!

Arrecia la lluvia. Emprendemos el camino, siguiendo al pie de la letra las indicaciones recibidas. Ante nosotros vemos una bonita

carretera, de frente, a la derecha, con un poste en que se lee: "A Gascones".

-¡Tirad por aquí!—digo, en broma, a los chóferes.

-¡¡No!! No os desviéis, compañeros—grita Martín, con voz potente. ¡A la izquierda, siempre a la izquierda!

Ahora llueve a torrentes. La carretera, de un tercer orden muy modesto, está convertida en un barrizal. La cuesta es muy pronunciada. Estamos ya a más de mil cien metros sobre el nivel del mar. En una pequeña revuelta se descubre, abajo, una magnífica vista panorámica de Buitrago, con su famoso puente, "el Puente de la Muerte", mote que debe a la mortífera metralla enemiga, y sus torreones y antiguo castillo.

A nuestra derecha, un poco más abajo, se ve el pueblo de Gascones, ocupado por los facciosos. Apenas nos separan cuatrocientos metros...

Seguimos subiendo, hasta que, de repente, aparece ante nosotros el pueblecillo serrano de Villavieja.

El agua cae a torrentes. Veo pasar a dos milicianos y les pregunto por el "Campesino".

-Ahí delante le veréis. Está en su coche, parado. Yo os acompañaré.

Uno de ellos sube en el estribo del "Pakkard".

VILLAVIEJA

Realmente, —el nombre le está bien aplicado al pueblo: su aspecto es antiquísimo y desolado. La pequeña iglesia, con su modesto campanario, tiene aspecto de caserón antiguo y destartalado. Los tejados de las casas están derruidos por la metralla enemiga. Para completar la visión de desolación, llueve sin cesar, convirtiendo la carretera y calle de entrada en una acequia sucia.

Vemos un pequeño coche parado delante de nosotros. El miliciano nos hace seña de detener nuestros coches. Y él se adelanta, con la documentación que le he entregado, a hablar al comandante.

Vuelve inmediatamente y nos dice:

-El comandante os espera en el interior de su coche. Id solamente los responsables de vuestro grupo, pues no hay sitio más que para dos personas.

Nos apeamos Cotiello y yo, y sorteando los profundos charcos nos acercamos al coche, cuya portezuela lateral se abre y aparece ante nosotros, sentado en el fondo, junto a su ayudante,

VALENTIN GONZALEZ, "EL CAMPESINO"

Nunca olvidaré la primera impresión que me hizo este valiente guerrillero antifascista, ejemplo de héroes de nuestro movimiento, imaginaos un hombre de estatura regular, corpulento, potente cuello, rostro redondo, con una barba negra, espesa, recortada al estilo "marino", mentón pronunciado, cabello encrespado y ojos negros, pequeños, pero muy vivos, cuyos destellos adquirirían, al fijar algo, una expresión de ferocidad que helaba la sangre. ¡Hasta su sonrisa era feroz!

Nos recibió muy afablemente y nos hizo acomodar en los dos asientos libres de su coche. En aquel momento estaba redactando unos vales para un miliciano. Cuando los hubo entregado, se acercó por la otra portezuela una vieja pueblerina, miserablemente vestida, con las alpargatas destrozadas y los pies cubiertos de barro.

-¿Qué deseas, abuelilla?-le pregunta el "Campesino" cariñosamente.

-Venía a molestar a usted...-empezó la anciana con voz temblona. Pero el comandante la interrumpe bruscamente:

-Aquí no hay "usted" ni hay "comandante" que valga. Aquí no hay más que un compañero, un soldado al servicio del Pueblo y nada

más. Di pronto lo que quieres. Tengo que hablar con estos compañeros—y nos señala a nosotros.

—Pues yo venía... ¡Mira mis pies, hijo! Venía a pedirte, si no te es molesto, un par de zapatos, o botas, o lo que tengas...

—¿Qué número calzas?

—No lo sé...

El "Campesino" le mira los pies.

—Bueno. Te pondré unas botas del cuarenta, que si te están grandes... Mira: atente al proverbio: "Caballo grande, ande o no ande".

La anciana ríe, satisfecha. El comandante "Campesino" redacta un vale. Cuando lo ha redactado, redacta otro. Y le entrega los dos vales.

—Ahí tienes, para que vayas a Intendencia ahora. Este vale, para tus botas. Y con este otro te darán una docena de huevos. Tienes que nutrirte bien para que vivas muchos años y puedas ver el final de la guerra con el aplastamiento de esos canallas fascistas.

—¡Muchas gracias, hijo mío! ¡Eres el mejor corazón de estos contornos!

La anciana se aleja, saludando con el puño en alto.

Ya se ha obrado el "milagro". Ahora, por más que le observo, ya no le veo la ferocidad que noté en un principio.

—Hay que ayudar a estas pobres gentes—nos dice el "Campesino". Son las eternas víctimas de la guerra. Si vienen los fascistas, les saquean. Si llegamos nosotros, nos incautamos de todo, por perentoria necesidad. Y si hay un ataque en serio tienen que huir, abandonándolo todo... ¡Pobres lugareños!

—Bueno, Valentín—le digo—. Por la documentación y nuestras credenciales habrás visto quiénes somos y a lo que venimos.

—Perfectamente. Y yo encantado de ayudaros en todo. Por lo pronto, vais a venir conmigo a mi "cuartel general". Es una covacha indecente, en donde está instalado el servicio de teléfonos pero allí estaremos al abrigo de la lluvia y podremos charlar un poco. Cenaréis conmigo. No sé lo que habrá, pues hace poco que me hice cargo de este sector y todavía no tengo bien organizado el abastecimiento. Desde que pasó por aquí la púa, el pueblo se quedó sin víveres ni ropas.

-Pero esa *púa*-replico-, es una plaga de langosta.

-Peor. Sin embargo, se baten bien. Son valientes. Valen más que otras columnas que se dan mucho pisto.

Nuestros coches ruedan, bajo la lluvia, hacia el albergue de nuestro valiente comandante "Campesino". Nos detenemos en la puerta, bajamos y dejamos los coches allí mismo.

Entramos en una pieza cuadrada, de unos ocho metros, en donde hay una mesa grande en el centro, y junto a la pared otra más alta y más pequeña, sobre la que se halla el teléfono. Afuera, la lluvia persiste, y ahora empieza a ulular el viento.

A Cotiello se le ocurre una frase muy acertada. Me dice al oído, indicando a Valentín, el comandante "Campesino", que está dando instrucciones a varios de sus milicianos:

-¡Mírale bien! ¡Es el león con sus cachorros!

En efecto parece un león. Si la guerra se ganase a puñetazos, el "Campesino" no perdería ninguna batalla.

Oímos una pregunta, hecha en voz baja a un miliciano:

-¿Hay carne esta noche? ¡Ya veis que tenemos convidados!

-Algo hay, comandante. Esta mañana hemos ido a "requisar" una ternera en el campo de ahí, a la izquierda de Gascones. Pero te advierto que hemos gastado pocas municiones. *Ellos* eran unos quince apenas. Nos hemos traído la ternera y seis mantas de mucho abrigo.

-¿Bajas?

-Nuestras, un herido, ¡*Na!* ¡Feliciano, que no se puede calzar bien! Un balazo en un pie. ¡*Na!* "Ellos", dos muertos y algún herido que se han llevado...

El "Campesino" regresa a la habitación. Y charlamos... Valentín González nos cuenta su *debut* como militante.

-Yo vivía con mis padres en Peñarroya, tierra de mineros. El movimiento en aquella época lo conducía la F. A. I. Tenía yo quince años pero aspiraba a ser algo en la militancia...

Y se ríe, mostrando sus dientes blancos, muy igualitos, pero cuya mordedura no quisiera yo probar en mis carnes.

-Mi padre era contratista de transportes en las minas, y se le consideraba, naturalmente, como un burgués. Y a mí se me tenía por

un simple hijo de burgués. Esto me hacía muy desgraciado... ¡Todo mi afán era poder ingresar en la F. A. I.!

-¿Quién te lo impedía?-le preguntamos.

-¡Ellos, los compañeros! ¡Decían que no se fiaban de mí! Hasta que un día vino un compañero a decirme que, para ingresar en los grupos de la F. A. I., tenía que probarles que yo no estaba de acuerdo con las teorías burguesas de mi padre. "¡Bueno!-le dije-. Mañana por la noche yo os probaré que ni soy un cobarde ni ando de acuerdo con mi padre. Que vengan a ta carretera, después de cenar, unos cuantos compañeros. Cerca de mi casa habrá un camión de mi padre cargado de materiales." Y, en efecto cuando vi a los compañeros que se apostaban a cierta distancia para observarme..., ¡hice saltar el camión de mi padre a la dinamita!

Y lanza una carcajada que hace retumbar la estancia.

Renuncio a explicaros la paliza que me valió aquello, cuando lo supo mi padre, poco tiempo después... ¡Pero esto no les bastaba! Necesitaban otra prueba. Y organizaron, sin yo saberlo, el siguiente "truco": Un día me llevaron a casa de un compañero en cuya alcoba escondieron, en mi presencia, varias bombas de dinamita. Al salir de allí me dijeron que era probable que la policía viniese a buscarme para que yo dijera en dónde estaban las bombas, que me pegarían, me torturarían para arrancarme la verdad, y que yo debía negar y resistir hasta la muerte. Aquella amenaza, aquel peligro en el que yo me veía por primera vez me llenaba de orgullo. Prometí obrar como un hombre, o mejor como un anarquista, porque para mí, un anarquista era algo superior a un hombre. En efecto: dos días después se presentaron en mi casa dos "policías" (yo no los conocía) y se me llevaron, para una diligencia, me decían... Llegamos al campo solitario, y allí empezaron a hacerme preguntas y más preguntas...



"-¡Tú sabes en dónde están las bombas, mocoso!"-me decían.

"-Yo no sé nada. Y aunque lo supiera, primero me mataríais que yo os lo dijera. No sé nada.

Y los "policías" me daban de estacazos, al mismo tiempo que repetían sus preguntas. Yo empezaba a sangrar... Me dolía todo el cuerpo. De pronto sacan una cuerda y me atan a un árbol. Vuelven a preguntarme y a apalearme. Y yo, sin una queja pero sin soltar "prenda". Al fin, uno de ellos saca una pistola y me apunta en la sien, diciéndome:

"-¡Prepárate a morir como un perro! Y ahora, por última vez, te preguntamos: ¿Es en casa de "Fulano" donde están las bombas? Contesta y te dejamos en libertad. Y te prometemos no descubrir tu denuncia.

"-¡Ni en casa de "Fulano" ni en ningún sitio! Yo no sé nada. ¡Matadme si queréis!"

De pronto oigo detrás de mí unas risas y murmullos de gente que se acerca, y una voz conocida que grita: "¡Soltadle ya! ¡Es un valiente!" Eran los compañeros, que habían presenciado,

escondidos, la escena. Me desataron, me abrazaron, y con árnica y vendas que ellos traían me curaron las heridas, que no eran nada graves. Me dieron aguardiente y me invitaron a cenar con ellos.

"-¡No eres ni serás nunca un "chivato", compañero! ¡Desde ahora quedas admitido en nuestro grupo!"-me dijo el secretario, estrechándome la mano con fuerza.

"-¡Aquello me recompensaba con exceso del rato espantoso que acababa de pasar! Los compañeros que habían desempeñado tan maravillosamente el papel de policías me felicitaron por mi resistencia y me pidieron perdón por los golpes, aunque, decían ellos, habían procurado no lastimarme en serio.

Nos mira, sonrío y añade:

-Pero, entre nosotros sea dicho, ¡me "atizaron" de verdad y con "entusiasmo" creciente!

Se interrumpe un momento para contestar a un miliciano que ha venido a hacerle una pregunta. Luego prosigue:

-Desde entonces empecé a vivir la verdadera vida del militante activo. Se me encontraba en todas partes en donde había huelga, agitación o preparativos de movimiento. Permanecí en la F. A. I. algunos años. Hasta que vinieron las persecuciones despiadadas que desmembraron un tanto nuestras organizaciones. La mayoría de los militantes conocidos nos pasábamos la vida en la cárcel... Un día vino un conocido mío y me habló del Partido Comunista. Me hizo ver que, para un espíritu activo como el mío, no era cosa de vivir en la inactividad o en el calabozo. Y me propuso el ingreso en el Partido Comunista, en donde se podía hacer abiertamente labor revolucionaria... Y me afilié al Partido. Pero, como podéis comprender, mis simpatías por los compañeros confederados y anarquistas no han decrecido. Antes al contrario. Aquí, en mi sector, la mayoría de mis milicianos son confederados.

El "Campesino" no mentía. Habíamos visto ya por allí un buen número de combatientes de su brigada con las insignias confederales y de la F. A. I.

Sonó el teléfono de campaña. Y cuando nos levantábamos, por discreción, para salir de la estancia, nos hizo señal de quedarnos.

El final de la conversación telefónica, con un alto personaje sin duda, a juzgar por lo que pudimos oír, fué muy brusco:

-He cogido los ciento treinta "jerseys", porque mis compañeros tienen frío. Aquí estamos en la sierra, y no en un cuarto con calefacción, amigo. En cuanto a los fusiles, ya no los vuelvo a pedir. Los encontraremos entre Villavieja y Burgos, como hemos "encontrado" los otros, y las mantas, y hasta los víveres. ¡Aquí sabemos batirnos! ¡Salud!

Y colgó de golpe el teléfono.

Nos aclaró el asunto. Se le prometían "jerseys" desde hacía mucho tiempo, y como los "muchachos" no podían abrigarse con las promesas, él había ido a Madrid, y viendo en el patio del Ministerio de la Guerra que acababan de descargar allí ciento treinta magníficos "jerseys", se había "incautado" de ellos sin decir "pío". En lo tocante a fusiles era la misma historia. Disparando "promesas" no se le causan bajas al enemigo. Y como tampoco los fusiles llegaban, había organizado aquí, en su frente, incursiones de "expropiación" en campo enemigo, que le daban resultados excelentes. Yo pude comprobar que la mayor parte de los fusiles que tenían sus fuerzas eran alemanes, "limpiados" a los facciosos. ¿Eran más valientes los nuestros? ¿Atacaban mejor? El "Campesino" lo definía en una frase:

-¡Somos más audaces! Y el enemigo, muy potente, se ve cada vez sorprendido por mis "muchachos", y cada vez "hace el indio". Al regresar, siempre traernos algo: armamento, municiones, mantas, víveres de todas clases. ¡Aquí tengo pastillas de chocolate, de nuestra última "excursionita"! Yo os regalaré alguna, pues en Madrid escasea ya el chocolate.

Afuera el viento aullaba con rabia, y la lluvia azotaba los cristales de la ventana.

-¡Preciosa noche para un viajecito de "placer"! Los fascistas están arrebujaos en sus mantas y no salen de sus agujeros. ¡Son unos señoritos de chicha y nabo! Yo he viste llorar a muchos cuando les atacamos en serio. En este momento penetró en la estancia un miliciano joven. Apenas contaba dieciocho años. Venía acompañado de otros dos, que entraron riendo.

El "Campesino" se echó a reír también al ver el aspecto del joven. Venía calado hasta los huesos, chorreando agua por la cabeza y la cara, descalzo y armado con un palo y una lámpara grande, portátil.

-¿Qué te ha pasado, muchacho?-le pregunta, riendo, pero con aire compasivo, el "Campesino".

-¡Pues *na* comandante, o casi *na*! ¡Que han *tirao* a darme esos canallas.

En verdad que el tono de voz y la cara de indignación del muchacho se prestan a risa. Uno de los que le han acompañado, explica:

-Verás, comandante. Habíamos ido esta tarde al parapeto faccioso de la Pedriza, *pa* incautarnos del rebaño que vimos pacer allá esta mañana. Eramos catorce y éste. Legamos allí. Doy la voz: "Aquí las brigadas diecisiete y dieciocho. ¡Adelante! ¡Al ataque!" Los compañeros, como de costumbre, daban voces y hacían el ruido de centenares de hombres en marcha lanzamos las primeras bombas.. ¡Y vemos correr a los falangistas! El rebaño echa a correr tras ellos pero logramos "capturar" una docena de corderos y cinco fusiles. De pronto vemos venir hacia nosotros numerosas fuerzas, que empiezan a ametrallarnos desde lejos. Les digo a los nuestros: "¡A casa, muchachos, que llueve!" Y en el momento de retirarnos, y para impedir que el enemigo avanzase con tanta rapidez, hemos lanzado con las hondas una docena más de "latas de tomate", que les hicieron echar cuerpo a tierra y detener la marcha. Entonces le digo a éste: "Pégate al muro del parapeto y arroja unas piedras a lo lejos, para distraerles y hacerles gastar municiones. Y luego, siempre pegado a la pared, das la vuelta hasta llegar a nuestro parapeto de segunda línea." Nosotros, mientras tanto, hemos, regresado a nuestra posición con el botín, cuando oímos de pronto una "ensalada" de tiros y la voz de éste que gritaba: ¡Ya he perdido mis alpargatas! ¡Mis alpargatas!" Y chillaba como un condenado. Mientras "ellos" no cesaban de disparar, mucho mejor aún, cuando a éste se le ocurre encender la lámpara, y como se agachaba, su cabeza salía por encima del muro...

-¡Y ellos, ¡pac, pac, pac!, tirándome a la cabeza! Y yo buscando mis alpargatas. Por eso encendí la lámpara ¡Maldita sea! Y el caso es que yo tengo frío en los pies!

Un escalofrío acaba de recorrer mi cuerpo. No es el frío, no. Es que pienso en que ese pobre muchacho, de quien nos reíamos todos ahora, y él también ríe, es un resucitado. El hálito repugnante de la

Muerte le ha soplado muy de cerca pero..., ¡es la guerra! Y en esta cruenta guerra, los combatientes del Pueblo juegan, como si tal cosa, a la Vida y a la Muerte. ¡Cara o cruz!

Al muchacho le ha salido "cara". ¡Suerte! ¡Es la guerra! Tal vez esta noche... Tal vez mañana... ¡Qué importa! Como dice el "Campesino", todos han venido aquí a jugarse la vida. Hasta el momento, ha tenido contadísimas bajas; heridos, leves casi todos. A esto se le llama "suerte".

Para consolar al joven, el "Campesino" le promete un par de botas para el día siguiente. Y el muchacho sale, contento, y se aleja bajo la lluvia y el viento huracanado. Yo no creo que los sublevados cuenten con este alto espíritu de sacrificio y de abnegación del Pueblo trabajador...

La cena. Catorce comensales con nosotros. Hay allí un par de oficiales y varios milicianos. Ninguna distinción para el comandante. ¡Allí todos somos iguales! Sin embargo, hasta tuteándole, se nota cierto respeto en los milicianos: es la autodisciplina, unida al compañerismo. La disciplina cuartelera nada tiene que hacer aquí. No se necesita. Se la odia.

Cenamos muy bien, y luego tomamos un café bastante bueno, bebiendo varios en un mismo vaso, pues falta vajilla. ¡Es la guerra!

Acto seguido, el "Campesino" se ocupa de nuestras camas. Y decide que los compañeros oficiales que duermen ahora en una casita cercana, se levanten para hacer un servicio y nos cedan el puesto. Protestamos. Le aseguramos que podremos muy bien dormir en nuestros coches. Pero él se empeña en que durmamos en cama.

Y allá vamos, a través de una noche oscura y tempestuosa, hacia la casita que se nos ha destinado. Andamos a tientas, guiados por un compañero, un carabinero simpatiquísimo, al que llaman de apodo "Vivillo". No hace muchos días se robó a sí mismo. Había "subtilizado" por la tarde una hermosa lámpara de mano, que, por la precipitación, no había tenido tiempo de examinar, y se la metió en el bolsillo del abrigo, que dejó colgado en una percha de un cuarto un poco oscuro. Cuando se quedó solo vió relucir una cosa que asomaba por el bolsillo de "un abrigo", y sin darse cuenta de que era su mismo abrigo ¡la quitó y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Pero lo más gracioso es que, por poco, se queda sin lámpara. A uno de sus compañeros le dijo:

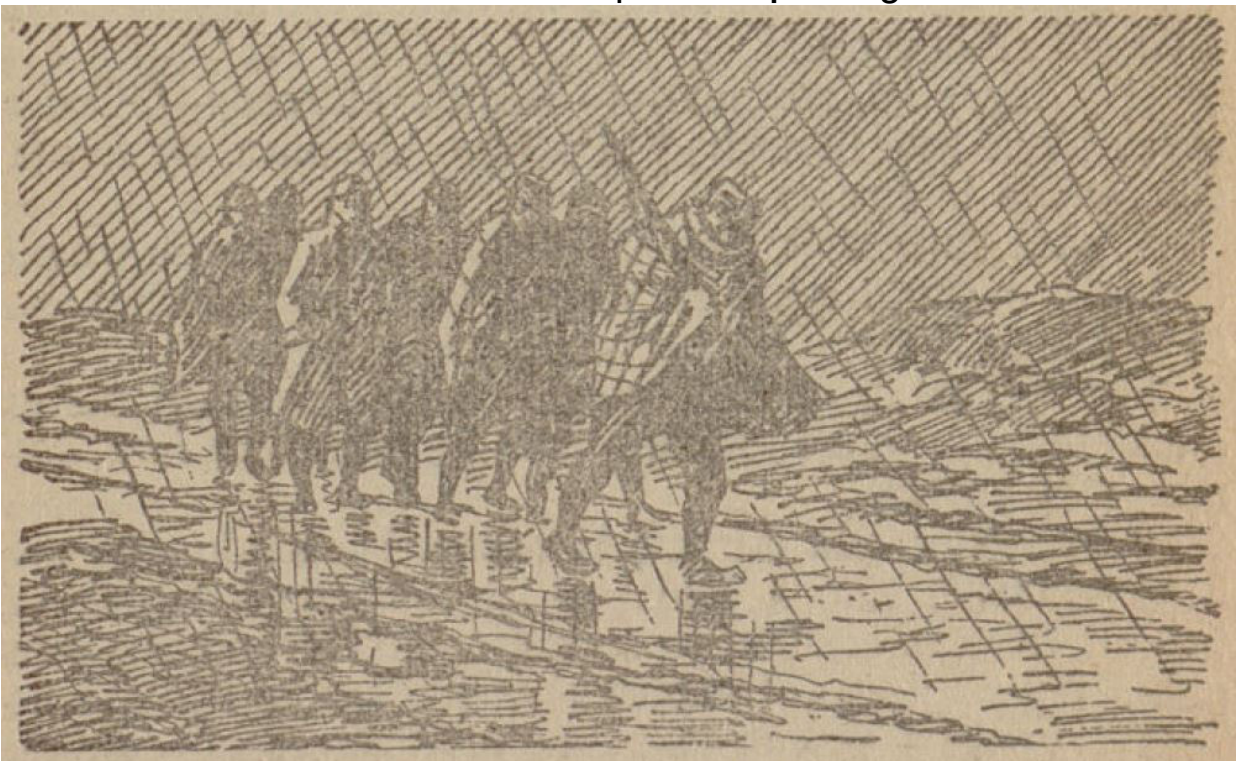
-Me han regalada dos bonitas lámparas. Te voy a dar una.

Echó mano de su abrigo, y buscó en el bolsillo...

-¡Maldita sea!-exclamó. ¡Ya me han robado una! ¡Si aquí no se puede uno fiar de nadie! Afortunadamente me queda ésta.

Y la sacó del bolsillo del pantalón. Su compañero tuvo que "alumbrarse" con la promesa de una bonita lámpara.

Este compañero tenía predilección por las lámparas, pues la misma noche en que íbamos a la casita, a dormir, nos desapareció de uno de los coches una magnífica lámpara que traíamos de Madrid, y que pudimos recuperar al día siguiente, gracias a la intervención del comandante "Campesino". ¡Es la guerra!



Entramos en la casita y los durmientes se levantaron. Arreglamos las camas, y el compañero que nos había conducido allí nos hizo esta advertencia al marcharse:

-Oídme, compañeros. Aquí, en el cajón de este mueble, hay unas tres mil pesetas en billetes para pagos a los milicianos. Como no es imposible que algún fascista, haciendo una incursión, llegase hasta aquí, os ruego que, sin contemplaciones, le peguéis cuatro tiros.

Y se alejó, muy tranquilo.

¿Era una estratagema para que nos responsabilizásemos de las tres mil pesetas? ¿Era temor verdadero, o había querido gastarnos una broma?...

Lo ignoro. Pero lo que sí sé, y esto no se me olvidará nunca, es la "nochecita" que pasó nuestro compañero Martín, temiendo a cada momento la llegada de un noctámbulo faccioso... Para colmo de desdichas, el viento mugía con fuerza, y su violencia hacía golpear una ventana entreabierta, produciendo un ruido nada tranquilizador.

-¡Caray con el "encarguito" del compañero!-decía-. ¿Nos habrá tomado por héroes de verdad? ¡Estoy por irme a dormir en el coche!

-¡No hagas tal, temerario!-le grita Morchón-. Con lo obscura que está la noche y el peligro inminente de un ataque, ¿cómo te atreves...?

Y para "alegrarle la existencia al buen Martín, empezamos a contarle cosas de miedo, inventando hechos que ni el mismo Edgar Poë los hubiera imaginado.

Los cuentos de miedo tienen la facultad de hacer dormir a los chicos y... a los grandes, pues yo me he quedado dormido muy pronto.

No ocurrió nada durante la noche. Y cuando a la mañana siguiente vino a llamarnos el compañero oficial, las tres mil pesetas estaban en su lugar. Nos levantamos temprano. Ya no llueve. También el viento ha decaído mucho.

-Tenía unos deseos locos de ver amanecer!-confiesa Martín, que lo que de miedo tiene lo tiene de sinceridad.

Desayunamos. Montamos nuestras cámaras y tomamos algunas cosas interesantes. Pero, de pronto, nuestro compañero Beringola, el operador tomavistas, se siente fuertemente indispuerto. Los compañeros médicos de la brigada le examinan y le atienden; pero la enfermedad no es pasajera. Se trata de un fuerte cólico, y el enfermo nos pide que le llevemos a Madrid y le dejemos en su casa un par de días, tiempo suficiente para curarse.

¡Qué lástima de jornada! ¡Con el sol tan magnífico que disfrutamos! Pero la salud de un compañero es antes que nada.

Nos despedimos del "Campesino" y demás compañeros, hasta dentro de un par de días o tres, en que vendremos a trabajar en firme. Y a buena velocidad, sobre todo para tratar de evitar el

"paqueo" de los facciosos, recorreremos los tres kilómetros que separan Villavieja de Buitrago, y sin detenernos en él continuamos el camino a Madrid.

MADRID SE DEPURA

Hemos llegado a Madrid a mediodía, hemos dejado a nuestro compañero enfermo en su casa, y al dirigirme yo a la mía ha ocurrido una catástrofe, por fortuna con leves consecuencias. En el cruce de las calles Ayala y Vergara, nuestro coche ha "saludado" con cierta violencia a un cochecito de la policía, del que un agente, joven y activo, ha salido despedido con furia a unos tres metros de distancia... Nada. Accidente callejero sin trascendencia. Apunto este detalle por la ironía que encierra, ya que una idea ha cruzado como un relámpago por mi mente: "¿Será posible que "la retaguardia" sea más peligrosa que la línea de fuego?" El accidente lo he visto llegar; pero era ya inevitable. Los árboles de la calle de Vergara han impedido a mi compañero chófer, Manolo, ver el cochecillo de la policía, que marchaba hacia el cruce a toda velocidad... Resultado: magullamiento de las costillas del compañero policía, que curará, según el médico, en quince días, y los dos coches averiados. El de la policía parece un acordeón; ha chocado contra un árbol, al ser embestido por el nuestro.

Me entero en Madrid de un hecho que me llena de satisfacción. Funcionaban a diario, y muy especialmente los domingos, unos "cabarets" o "dancings" en los que la gente joven –burguesitos, empleadillos y parásitos–desarrollaba sus actividades bailando sin cesar, mientras los trabajadores se jugaban la vida en los frentes... ¡Tamaña inmoralidad no podía continuar! ¡La guerra es para todos, y hay que hacerla todos! O, por lo menos, hay que tener un poco de sentido común y conducirse austeramente, correctamente. A falta de sensibilidad, hay que poseer inteligencia. Cuando se carece de lo

uno y de lo otro, el suicidio es la única "medicina" para "curar" a esos seres. El suicidio o la muerte en la línea de fuego.

Ahora bien; las brigadas depuradoras de nuestras Juventudes Libertarias de Madrid, han decidido hacer una "razzia" de parásitos bailarines; y, al efecto, se han personado en estos centros de diversión, incautándose de todos los abrigos que los parásitos tenían en el guardarropa del local de diversión, para mandarlos a los compañeros combatientes de los frentes. Además, se ha hecho una investigación a fondo de los concurrentes, verificando su documentación, y se han encontrado buen número de enemigos, fascistas cien por cien, desafectos al régimen y tal vez futuros asesinos, por la espalda, de nuestros hermanos los trabajadores.

La *cosecha* de abrigos ha dado un magnífico resultado, y los combatientes de los frentes lo han agradecido mucho.

Ha corrido la voz por Madrid, y los irreductibles amantes de "Terpsicore" en vez de renunciar a ese juego peligroso de los bailecitos, han empeñado los abrigos y han ido al baile "a cuerpo", a pesar del frío que ya empieza a sentirse. Nuestros jóvenes libertados han reanudado sus "razzias", en las que han caído otros muchos individuos de la "cáscara amarga". En cuanto a sus abrigos, la operación se ha limitado a personarse en las casas de préstamos e incautarse de las prendas de los intempestivos bailarines. Habrá, sin duda, gentes que critiquen y censuren este procedimiento. Pero yo digo a estas gentes que la decisión ha sido mera justicia. ¡A mí no me han quitado el abrigo! A pesar de que, debido a mi profesión de artista, he vestido siempre "a lo burgués", hasta con cierta elegancia, si se quiere. Digo esto, porque en nuestra Revolución no se persigue "al traje", ni mucho menos; se persigue a lo que se oculta debajo. Tenemos en nuestras filas anarquistas, socialistas, republicanos, compañeros que visten impecablemente y que son excelentes antifascistas y enérgicos elementos de combate. "El hábito no hace al monje", dice un antiguo refrán, y nunca mejor que en esta época de tragedia social se ha valorizado el refrán. En cambio, entre las muchas detenciones de elementos fascistas peligrosos que se han llevado a cabo, hemos podido ver algunos "señoritos", gente adinerada, que, creyendo escapar a la acción de la justicia mediante un disfraz, iban vestidos de "obrero", con harapos sucios, la barba

sin afeitarse y diciendo en voz alta "palabras gordas". Pero de nada les servía el truco. Era demasiado burdo. Y pecaban por exceso de "comedia". Y caían en la red de nuestra policía antifascista. Esto demuestra que nuestra Revolución no es, como pudiera creerse –y como se ha divulgado en el extranjero por los facciosos– una Revolución de "sans—culotte" (sin pantalón), de harapientos y mendigos, no es la nuestra una Revolución del Pueblo, sin distinción de matices exteriores, de un Pueblo amante de la Libertad y de la Justicia, en donde altos y bajos, trabajadores del intelecto o de los brazos, vistiendo bien o vistiendo mal, ganando mucho dinero en su profesión o ganando poco, pero trabajadores al fin, se defiende contra los agresores, esa casta militar parasitaria y los grandes explotadores del Pueblo, financieros sin escrúpulos y capitalistas desalmados, que no contentos con tener sumido en la ruina al Pueblo productor español, quisieron un día esclavizarle, aniquilarte por el hambre, y ayudados por los malos representantes de la Iglesia, comerciantes "al detall" de la religión, los curas y frailes de trabuco y rosario, se lanzaron a una sublevación que degeneró en la prolongada tragedia de España.

Hemos permanecido en Madrid cinco días, que a mí me han parecido interminables. He visto muchas cosas: continuos bombardeos aéreos por los aviones alemanes e italianos; movilización "forzosa" de los vagos–burguesitos o aspirantes a burgueses–que todavía se paseaban tranquilamente por Madrid, viviendo de "sus rentas" y que han sido provistos de un pico y una pala para trabajar en las obras de fortificación de Madrid: recogida de mendigos y hambrientos, que han sido conducidos a los locales *ad hoc* de las organizaciones, en donde se les nutre y se les atiende y se les educa. A los vagos que se niegan a trabajar en las fortificaciones de la capital, se les ha amenazado con hacerles servir de "parapeto humano" en la línea de fuego. Y la amenaza ha dado sus resultados. ¡Hay que ver con el entusiasmo que manejan las herramientas! Muchos de ellos confiesan que nunca han dormido mejor, ni comido con mejor apetito. ¡Claro, como que ignoraban lo que era el trabajo! Les ha servido de "aperitivo" eficaz. Yo creo que ha sido la labor más sana que se ha llevado a cabo. Porque no cabe duda que muchos de esos hombres, producto de una sociedad

injusta y criminal, se habrán dado cuenta, por propia experiencia, de lo que es la vida del obrero manual, y si algún sentimiento les quedaba sano, estarán hoy incondicionalmente al lado de la Causa del Pueblo.

Henos de nuevo en la carretera de Burgos. Nos detenemos en El Molar, pues ha anochecido ya cenamos y nos acostamos.

Martín opina que podríamos muy bien trabajar en El Molar, porque es muy pintoresco, y además se ven pasar por la carretera camiones de fuerzas que van a los frentes de la sierra.

—¿Para qué ir a molestar a los combatientes en la línea de fuego? —pregunta, adoptando un aire de falsa ingenuidad que nos hace reír de buena gana.

—Tú no te preocupes—le contesta Morchón. Hay un remedio "infallible" contra la metralla y las balas. Te procuras un escapulario del corazón de Jesús, con una inscripción que diga: "Detente, bala", y te lo cuelgas al cuello, procurando que la imagen te caiga sobre el corazón. ¡Y ya puedes "meterte" entre los combatientes: las balas se detendrán!...

—Lo malo es—objeto yo—si se detienen después de pasar el escapulario. Hay balas "analfabetas" que no leen la inscripción..., ¡y ¡la diñas!

Esto del escapulario tiene su explicación. En algunos cadáveres de soldados facciosos, recogidos y enterrados por nuestros milicianos en el frente, hemos encontrado los mencionados escapularios. En el terreno faccioso se hace un negocio magnífico, gracias a la imbecilidad de la gente. Los curas han inventado esos escapularios, con la inscripción: "Detente, bala", y los venden a los soldados, carlistas o falangistas, al precio de dos pesetas por escapulario, bendecido y todo. ¡El oscurantismo y la ignorancia se perpetúa en los terrenos facciosos! ¡Pobre España! Pero el Pueblo trabajador, los antifascistas, acabaremos un día con esas prácticas criminales de nuestros verdugos.

OTRA VEZ A VILLAVIEJA

—¿Qué opinas tú del "Campesino"?—pregunto a Cotiello, para distraerle del "concierto" que nos está dando con su tos.

—Un hombre formidable: el "león rojinegro" —dice.

—Con sus "cachorros" rojinegros—añado yo, recordando los muchachos dinamiteros de la F. A. I.

Nos tropezamos en la carretera, cerca ya de Buitrago, con unos milicianos que, en una camioneta, se dirigen hacia Madrid. Han sido relevados en unos parapetos. Les preguntamos si hay alguna novedad por allá arriba.

—Unas escaramuzas en Somosierra, pero sin consecuencias—contestan.

—Y en Villavieja, ¿sabéis si ocurre algo?

—¿Qué va a ocurrir allí, estando el "Campesino" con los suyos? ¡No se atreven con ellos los fascistas! ¡Villavieja es hoy una fortaleza inexpugnable!

Y prosiguen su camino.

Martín se ha tranquilizado. Ahora, canta. Canta mal, pero canta. Y lo que él nos dice:

—En cuestión de fotografía, *de cara* estoy matador; pero, *de canto*, *de canto* estoy para "liquidarme".

Hemos pasado la "zona" peligrosa de Buitrago: el puente. Y no ha ocurrido novedad. Ahora corremos por la tortuosa carretera que conduce a Villavieja, en un continuo ascenso. Al atravesar el trozo descubierto, oigo un ruido muy característico: el tableteo de una ametralladora, por el lado de Gascones, a la derecha.

—¡Qué ruido más extraño hacía ahora el motor! ¿Te has *fijao*?—me dice Pepe, llegados ya a las cercanías de Villavieja—. ¡Tendré que revisarlo!

Yo no puedo disimular la risa.

Ya en Villavieja nos apeamos y examinamos los coches. En efecto; vemos unos "impactos" que no dejan lugar a dudas. Lo extraño es que no haya habido ninguna víctima entre nosotros. ¡Cuestión de suerte! ¡Cara o cruz! También esta vez, ¡cara! ¡Es la guerra!

—Ahí tienes explicado—digo a Pepe—el "ruido extraño" del motor!...

Martín se palpa por todo el cuerpo. Nos reímos.

—¡A lo mejor llevas alguna bala en los bolsillos!—le dice muy serio Beringola.

Preguntamos por el "Campesino".

—Valentín salió hace una hora para Buitrago—nos contesta un dinamitero—. Pero ya no puede tardar.

Examinamos con los gemelos la carretera. Y allá abajo vemos un cochecillo en dirección a nosotros.

—¡Es el coche de Valentín!—dicen los muchachos.

Acto seguido oímos la ametralladora, cuyo tableteo se percibe ahora mejor. ¡Le están ametrallando! ¡Corre, chófer, corre!... ¡Al fin! Ya pasó la zona descubierta. Diez minutos después, Valentín se apeta del coche, junto a nosotros. ¡Examinamos su coche! También hay "impactos".

—¿Qué pasa?—grita el "Campesino", indignado—. ¿Es que me han vuelto a "paquear" esos canallas? ¡Se me acabó la paciencia, ea! ¡Esta noche les quito la ametralladora!

Y lo ha dicho con una convicción profunda cual si se tratara de quitar un juguete a un niño desobediente y revoltoso. Todos se ríen de la frase.

No puedo menos que mencionar la verdad del hecho: en la madrugada del siguiente día, la ametralladora facciosa estaba en poder del "Campesino". La hazaña había costado dos heridos nuestros, por fortuna no muy graves pero la amenaza de aquella ametralladora no existía ya. ¡El "Campesino" había cumplido su palabra!

Después de una sabrosa comida, salimos a trabajar. Entre la "gente" del "Campesino" hay también algunas milicianas. Pocas, pero valientes. Una de ellas, cuya conducta parece dejó un día que desear, ha sido condenada a ocho días de guardia en un lejano y peligroso parapeto. La muchacha, alta y rubia, vestida con un anacrónico uniforme de lancero, cuyo color azul la favorece, cumple su condena con una resignación admirable.

—¡Valentín es muy bueno—nos explica ella— le consideramos como un padre! Pero en cuestión de moralidad, es inexorable. No comprende que una mujer, aquí, en estas circunstancias, se siente mujer, y que, en medio de tantos hombres..., la ¡sensibilidad..., la

Naturaleza chilla y exige. Al compañero que sorprendió conmigo, le ¡ha impuesto una pena idéntica, en otro parapeto.

—¡Caray con el "Campesino"! exclama el inenarrable Martín.
¡Cualquiera se atreve aquí a *pelar la pava! Pa va...* pulearle a uno!
El efecto no se ha hecho esperar: Martín ha sido "vapuleado" por los oyentes.

Hemos rodado muchos metros, y Morchón "se ha hinchado" de tirar placas. Por la noche, no queriendo privar de camas a los compañeros oficiales combatientes, salimos para El Molar. Ha quedado convenido con el "Campesino" que a la mañana siguiente vendremos a tomar una operación de "descubierta", con fuego de fusilería, bombas de mano y... lo que los facciosos nos quieran tirar.

Entendidos. Ninguno de nosotros se ha atrevido a hacer el más leve comentario al proyecto del siguiente día. ¡Bravo! Si publicáramos un parte de guerra, yo lo redactaría así: "Moral de los cinematografistas revolucionarios: inmejorable".

Cenamos en El Molar con buen apetito. Jugamos a las damas para distraernos un poco, y Martín se distrae haciéndonos chistes matadores.

Llegamos al día siguiente a Villavieja, muy temprano. Todo está preparado para la operación.

—¿Y a quién van a operar, di?—pregunta Martín, que está más inaguantable que nunca.

—¡A ti, como continúes, ladrón!—le decimos.

Se trata de tomar un parapeto enemigo. Los dinamiteros, cargados con sus bombas de mano, avanzan, arrastrándose por el suelo. Como de costumbre, el "Campesino" va delante.

Se incorpora el "Campesino" y arroja con buen tino la primera bomba, seguida de otras, cuyas explosiones atruenan el espacio.

—¡¡Olé, por nuestro comandante!!—gritan dos dinamiteros, quienes, a su vez, arrojan un par de bombas cada uno.

El "Campesino" deja escapar una sonrisa feroz, descubriendo sus dientes blancos, y lanza una mirada cariñosa y alentadora a los suyos.

Del otro lado del parapeto se escapan ayes de dolor, pero al mismo tiempo suena una descarga de fusilería. Afortunadamente, estamos tendidos en el suelo. Sólo nuestro compañero Beringola, el

operador, se halla de pie, protegido por un árbol, rodando la "escena".

A una señal del "Campesino", los dinamiteros se han incorporado y han arrojado una lluvia de bombas, cuyos estampidos nos emocionan un poco.

—¡¡Adelante los fusiles!!—grita el "Campesino"—. ¡Precaución! Los fusileros avanzan, encorvados, hacia el parapeto.

—¡¡Fuego a granel!!

Varias descargas se suceden. A lo lejos, vemos huir a los del otro lado. Pero todavía hay gente que contesta a nuestras descargas.

—¡Adelante los dinamiteros!—grita de nuevo el "Campesino", dando él mismo el ejemplo.



Yo me incorporo y agito el pañuelo, llamando a Beringola y a Morchón, que acuden, presurosos, sin miedo, cargados con sus aparatos. De pronto, resuena la voz del "Campesino":

—¡Cuerpo a tierra!

Nos arrojamamos al suelo, a tiempo que se oyen numerosas explosiones, que hacen saltar el parapeto. Son nuestros dinamiteros, que han "coronado" su obra, haciendo volar a trozos el parapeto enemigo.

Acto seguido saltan los nuestros al otro lado, en donde no hay ya enemigo. La operación ha sido bien captada por nuestro compañero Beringola y el valiente fotógrafo Morchón ha tirado magníficas placas.

Nuestros camilleros recogen a un herido: un balazo en una pierna. Un poco más allá, dos practicantes están curando la mano a un dinamitero. Esas han sido nuestras bajas.

Pero al otro lado del parapeto hemos encontrado tres cadáveres enemigos y un reguero de sangre de los heridos que se han llevado consigo.

La operación ha terminado.

Y Martín, que se había "atrincherado" detrás de un árbol corpulento, exclama:

—¡Si llegan las balas a atravesar este árbol, menudo susto!

Cascotes de metralla de nuestras bombas de mano han ido a parar muy detrás, en el pueblo, y han "afeado" nuestros coches. Pero no había nadie dentro.

Bueno. Por hoy, ya hay bastante. Mañana volveremos a rodar detalles, que los hay muy interesantes. Vámonos a El Molar, a cenar y a dormir, que bien nos lo hemos ganado. Martín baila de contento.

Al pasar por Buitrago, nos dicen algunos compañeros haber oído la "ensalada" de esta mañana en Villavieja.

Mientras estamos cenando, en El Molar, entran a beber en el establecimiento unos milicianos que se han batido en Guadalajara.

Les interrogamos.

—No se puede ni se debe hablar—nos dicen—del frente de Guadalajara, pues del empujón que les dimos fueron a parar más allá de Sigüenza. Por un abandono criminal de la ciudad alcarreña, portal de Aragón, ahora están ellos en Sigüenza, que dista más de setenta kilómetros de Guadalajara. A esa parte se le debe llamar simplemente "frente de la Alcarria".

Nos hablan mucho de cosas interesantes de aquellos parajes. Y en mi pensamiento existe ya un nuevo itinerario. Lo comunico a mis compañeros de equipo:

—Nuestra próxima salida será al frente de la Alcarria.

Esta decisión es aprobada por unanimidad.

Pero antes hay que terminar nuestros trabajos en Villavieja, Buitrago y en el Portachuelo, cerca de Buitrago, en donde las fuerzas leales en campaña allí, han hecho de aquel lugar una fortaleza inexpugnable.

El día siguiente amanece feo, con deseos manifiestos de llover. Pero, por si al otro lado hay sol, cosa muy corriente en la sierra, salimos con dirección a Villavieja.

Mi proyecto es rodar unos detalles de la fabricación de bombas de mano, procedimiento especial del "Campesino".

Ya estamos en Villavieja. Al aire libre, sentados en el suelo, una docena de muchachos—¡los "cachorros" rojinegros del "Campesino"!—están llenando con dinamita y metralla unos botes de hojalata (latas de tomate vacías), a cuya carga mortífera adhieren la mecha. Impresionamos con el tomavistas esta curiosa manipulación, y toma Morchón varias placas para los muchachos.

El que mayor resistencia ofrece para que le hagamos una foto es el "Campesino". Le hago ver la necesidad de ello, no por exhibicionismo de él, sino por documentar debidamente nuestros trabajos. El león rojinegro sigue resistiéndose...

Entonces apelo al "soborno". El objeto para sobornarle es un magnífico y artístico machete de doble filo, muy ancho, con bonitas incrustaciones en la empuñadura, regalo de un compañero, vecino mío de casa, el capitán Miguel Ríos, cuyas actividades antifascistas en Madrid y su antisectarismo consecuente y sincero nos hicieron simpatizar. El "Campesino" se ha enamorado de mi machete, que llevo siempre colgado en el cinturón de mi correa. A decir verdad, me duele mucho separarme de este machete pero es tal la simpatía que me ha inspirado este guerrillero formidable y buen amigo, han sido tantas sus atenciones para con nosotros, que me decido a regalárselo.

¡Con qué alegría lo acepta! Y Morchón, que ha comprendido mis intenciones, tiene ya preparada la máquina, y esta vez con el beneplácito del heroico Valentín González, la imagen del "Campesino", el león rojinegro de Villavieja, queda estampada en las placas. ¡Gracias, Valentín!

PEQUEÑO EPÍLOGO A LA HISTORIA DE MI MACHETE

Antes de proseguir mis narraciones, creo necesario hablar del destino que corrió mi machete, poco tiempo después; debo la historia al propio "Campesino", con quien me encontré un día, a principios de diciembre, en la Junta de Defensa de Madrid. Al vernos, nos abrazamos. Y viendo que yo examinaba su cinturón me dijo, sonriente:

—¡Tu machete no existe ya! ¡Pero "hizo su deber"! Cuando las hordas fascistas llegaron a las puertas de Madrid, bajamos de Villavieja mis muchachos y yo, para tratar de cerrarles el paso. Allí subió otra brigada de gente menos aguerrida para "entrenarse", pues aquel frente lo habíamos mejorado mucho, y habíamos "metido" un buen avance. En medio de la confusión que reinaba en Madrid, me encaminé con los míos hacia el sector de Villaverde. ¡Eramos seiscientos y tuve cuatrocientas bajas! Mi propio hermano, a quien viste ayer tarde, según me ha dicho, recibió seis balazos en las piernas. ¡Pero los canallas no pasaron! ¡Ni pasarán! Cuando ya me hube hartado de tirar bombas y tiros, me lié en un cuerpo a cuerpo divertidísimo. Yo no sé cuántas veces entró y salió el machete en las carnes de aquella gente, que huía como rebaño de gamos. Mi uniforme y mis manos y mi cara estaban cubiertos de sangre. Y una de las veces..., ¡chico!, fui un mal puntillero: di en hueso, con tal fuerza, que no pude sacar más que medio machete. La otra mitad se quedó incrustado en las costillas del individuo. Todavía seguí "atizando" con el trozo que me quedaba, hasta que lo perdí. ¡Ya ves el desastroso final de aquel precioso machete!

¡Desastroso final el de los individuos que recibieron sus "caricias"! Pero el machete, a mi entender, tuvo un final glorioso.

Este episodio se lo relaté a mi amigo y convecino Miguel Ríos, que, entusiasmado por la heroica gesta del comandante "Campesino", se apresuró a ir a verle, al día siguiente, en mi nombre, y a regalarle otro machete que le quedaba, muy parecido al anterior.

La actuación del "Campesino" con su brigada en los frentes de Madrid es harto conocida de todos para que yo la explique aquí. Pero, volvamos a Villavieja...

UN MITIN NOCTURNO EN LA SIERRA

El "Campesino" quiere obsequiarnos, invitándonos a asistir a un mitin que se celebrará esta noche en nuestros parapetos. Oradores incritos: Valentín González, el "Campesino" y los facciosos que tomen la palabra para la controversia.

Cena en común, muy divertida, con chuletas de cordero "faccioso", que, aun a trueque de ser tachado de "sospechoso", confieso sinceramente que me ha sabido a gloria. Este símil, tan manido ya, lo hago recordando una novelita y una película, ambas muy malas por ciento, tituladas "El sabor de la gloria".

El compañero "Vivillo" nos ha traído unas preciosas tazas para tomar nuestro café; son producto, dice él, de un "hallazgo". Y como ya sabemos todos lo que significan los "hallazgos" de nuestro buen amigo, nos limitamos a reír y... a abrocharnos nuestros uniformes, ¡por si las moscas!, como diría Martín.

Cotiello parece dispuesto a "amenizar" la cena con sus pertinaces golpes de tos pero vista la monotonía de la "música", se arranca Martín por fandanguillos, que los canta, como de costumbre, peor que mal, pero con muchísima suerte. Y digo "con muchísima suerte", porque no ha recibido ningún cacharro en la cabeza. Le hago la observación, y al mentar los cacharros, se sirve de un chiste mío, no por ser mío menos malo, diciendo:

—Podéis tirarme y romper cuantos cacharros queráis. ¡Yo os proporciono al momento otros!

—¿Tú?—pregunta, admirado, el carabinero, temiendo que sea Martín un "competidor" suyo.

—Sí yo. Como soy tan sensible, en cuanto reciba un golpe me pongo a hacer pucheros..., y... ¡cacharrería que "te" tienes, como diría un vasco! Y ya *vas—co...*, vas comprendiendo, ¿eh?

¡Esta vez nos ha echado! Nos levantamos todos, y bien abrigados, llevando a nuestro lado al "Campesino". Vamos a una trinchera lejana, o mejor dicho a un parapeto, pues en la trinchera hay colchonetas, sacos y mantas para los combatientes de guardia nocturna. La "alcoba", llaman ellos a la trinchera, y al parapeto le llaman "el balcón". Al otro lado de este parapeto está el enemigo, capitaneado por un cura, calvo y con sotana, solideo y fusil. Uno de esos curas bélicos, como tantos hay en la zona facciosa, que han suprimido de un plumazo el quinto mandamiento: "No matarás".

El "Campesino" ha discutido a menudo con él, desde el parapeto, y para llamarle, como no sabe su nombre, le grita: "¡Calvo!" Y el cura contesta.

Este mitin nocturno tiene para mí un gran aliciente.

Después de una buena hora de marcha, en la obscuridad, escalando un cerro y dando rodeos, llegamos, al fin, al lugar. Los milicianos saludan al "Campesino" cariñosamente, pero con cierta simpática deferencia, y le dan verbalmente el parte: "Sin novedad".

Nosotros nos metemos en la trinchera, en cuyo borde se sienta el "Campesino" y grita:

—¡Eh, tú! ¡¡Calvo!! ¿Estás ahí?

Del otro lado responde una voz ronca y potente:

—Sí. ¡Aquí estoy, por la gracia die Dios!

—¡No seas bruto, calvo! ¡Estás aquí por gracia mía, porque no te he pegado un tiro todavía!.grita el "Campesino".

—¡Anda! ¡Y se lo dice en verso!—observa Martín.

—Vengo a continuar la conferencia que te daba la otra noche, y que tus idiotas borregos interrumpieron disparando sus fusiles contra nosotros. ¿Me oyes?

—Sí; te oigo

—Pero debo advertirte que tiráis muy mal. ¡Ni una baja tuve! ¡Ni un rasguño! ¡Si vuestra valentía iguala a vuestra puntería, no sé *pa* qué habéis venido a la guerra!

—¡Hemos venido para exterminaros, hijos de Satanás, rojos malditos, y tú, "Campesino", el peor! Y en cuanto os hayamos

exterminado, España renacerá, será la España grande de los tiempos pasados, y para salvar la religión volveremos a instaurar el mil veces bendito y saneador Tribunal de la Santa Inquisición.

—¡Y tú serás el inquisidor general! ¿No es así, Calvo? ¡Cuán bruto eres!

—¡No me alcanzan tus insultos, herejote!

—¡Gracias por el piropo, calvo! Pues como te decía la otra noche, nosotros luchamos por la abolición de los escandalosos privilegios, que tu Cristo condenaba, y para el restablecimiento de una era de paz y de un régimen de justicia. Los ricos nos han declarado la guerra, y vosotros, enemigos que sois de los pobres, en vez de poneros al lado de los humildes, como hacía vuestro Cristo y lo predicaba, os habéis colocado del lado de nuestros verdugos. Nosotros, los rojos, como nos llamáis, somos más patriotas que vosotros, pues defendemos a España contra los extranjeros invasores, moros, italianos y alemanes, mientras vosotros habéis vendido a vuestra madre, a vuestra patria, no por un plato de lentejas, que eso sería aún comprensible, sino por máquinas de guerra, destructoras de vidas de vuestros semejantes. Y somos más cristianos que vosotros, aun siendo ateos, pues nuestras doctrinas, nuestros hechos, nuestras aspiraciones, están mucho más cerca de las doctrinas de vuestro Dios. ¡Sois unos miserables! ¡Y tú, calvo, el más miserable de todos, por ser cura y estar obligado a salvar las almas, como vosotros decís en vuestra jerga!

En este momento se oyó un murmullo del otro lado, y una voz atiplada, pero de hombre joven, que chilló:

—¡Y vosotros sois unos ladrones, que estáis robando el dinero de nuestros amos, de nuestros buenos amos!

Esta "salida" fué catastrófica. Nosotros lanzamos una carcajada, y el "Campesino", que hasta aquel momento se había comportado correctamente, se colocó el revés de la mano en la boca e hizo una ruidosa pédorreta.



La réplica no se hizo esperar. Fué una potente bomba de mano, lanzada desde el parapeto enemigo con tanta rabia, que fué a explotar mucho más atrás de nuestra "alcoba", recibiendo en nuestras cabezas el polvo y la tierra que la metralla arrancó y arrojó en la trinchera.

Los nuestros contestaron con una descarga de fusilería, a través de las troneras naturales del parapeto.

Ellos se "liaron" a disparar también, no sin antes lanzar a nuestro lado un cohete luminoso para localizarnos. No lo consiguieron, y siguieron disparando a tontas y a locas, sin hacer un blanco. El "Campesino" prohibió a los suyos disparar: había que ahorrar municiones. Pero, en cambio, entre descarga y descarga del enemigo, les "obsequió" con media docena de bombas de mano, "marca "Campesino", alguna de las cuales debió hacer blanco, por cuanto se oyeron gritos del otro lado y acto seguido cesó el tiroteo.

—¡El ganso ese nos ha estropeado el mitin esta noche, calvo!— gritó el "Campesino". Y es lástima, porque tengo aquí invitados.

—¡¡Asesinos!!—gritó el cura, al otro lado.

La conferencia había terminado. ¡Y había terminado a tiros, manera rara de clausurar un acto de propaganda!

—¡Siempre acabamos igual!nos decía, riendo, el "Campesino" —. Ahora esperaremos aquí un cuarto de hora antes de emprender el regreso, pues podríamos vernos al llegar a lo alto del cerro y zumbarnos.

—Yo, por mí, no tengo prisa por marchar—dice Martín—. ¡Para que veáis que no tengo miedo!

Claro que en la trinchera "alcoba" se corría menos peligro. Y en lo de medir el peligro, Martín era un lince.

Todavía permanecemos en silencio cerca de una hora. Luego, sin hacer el menor ruido, salimos a gatas de la trinchera, y a través de la espesa obscuridad de la fría noche serrana nos encaminamos hacia Villavieja.

Dormimos poco aquella noche, fumamos mucho y charlamos más. La aventura había sido interesante.

Por la mañana, después del desayuno, se presentó en Villavieja un muchacho joven, de aspecto tímido, pero de estatura corpulenta.

Pidió hablar al "señor comandante" de la brigada, tratamiento que hizo reír mucho al "Campesino". Le hizo pasar a su presencia.

—¿Qué deseas, camarada?—le pregunta el "Campesino".

—Pues yo..., venía..., mi comandante... Venía...

El "Campesino" le interrumpe, diciéndole:

—Aquí no hay "mi comandante" que valga. Aquí hay un camarada responsable, al que se tutea con todo el respeto que quieras, pero tuteando, camarada, tuteando.

El muchachote sonrío y agita la cabeza afirmativamente. Tose y se hurga la nariz muy de prisa.

—Bueno, camarada comandante—resuella al fin—. Pues yo venía a informarme de las condiciones para ingresar en tu brigada. Soy fuerte y no tengo miedo.

Martín, que está presente, con nosotros, guiña un ojo y me hace un gesto, como diciendo: "No tiene miedo; igual que yo." Esto nos ha hecho gracia.

El "Campesino" examina al solicitante de pies a cabeza, le fija con su mirada feroz—la mirada feroz que le sorprendí el primer día—y le dice:

Para ingresar en mi brigada, camarada, no hay más que una sola condición. Oyela bien y grábala en tu espíritu: De Villavieja a Madrid, ni un paso atrás de Villavieja a Burgos, todas las carreras que quieras.

—Me conviene—contesta el tímido, que ya no lo es, con firmeza.

El "Campesino" le encamina al compañero encargado del enrolamiento.

—Como habéis visto—nos dice el "Campesino" al quedarnos solos —, el reglamento vigente en mi brigada es sencillísimo muy fácil de retener por entero en la memoria.

—En efecto—observo yo—. Un solo artículo pero... contundente.

Aquí no se conoce el "chaqueteo". El retroceso cuesta el ser fusilado.

Es duro, sí, muy duro ¡pero es la guerra! Y como hay que ganar esta guerra, y sólo con tamaña disciplina puede ganarse, es preciso. ¡Bravo, "Campesino"! Ya sé que tú no sabes nada de "chaqueteos", ni de retrocesos por miedo, ni lo que es el pánico en los combates. Lo sé. Tampoco tus muchachos lo saben. ¡Ojalá un día, cuando hayamos triunfado, aniquilando al enemigo, pueda yo darte un abrazo e invitarte a comer unas chuletas de cordero como las que comimos juntos en Villavieja! ¡Lo auguro de todo corazón! ¡Salud y suerte, león rojinegro!

UN EVADIDO DEL CAMPO FACCIOSO

Abandonamos Villavieja con tristeza, pero nuestra misión no nos permite "veranear". Hay que ir a otros frentes, hacer otros trabajos. En el "Portachuelo", abajo, los jefes han organizado unas pequeñas maniobras para nuestro trabajo y no podemos faltar. Nos despedimos del excelente "Campesino" y de sus "cachorros" con fuertes abrazos, y nos alejamos.

En el "Portachuelo" somos muy bien acogidos por los oficiales y los soldados bien uniformados y bien disciplinados. Pero esto es ya más rígido, más militar. Se batan con táctica, valerosamente, no hay que negarlo pero falta, a mi entender, el ambiente de camaradería que hemos encontrado entre los milicianos de nuestras Organizaciones. Tal vez esté yo en un error. Es muy posible que esta rigidez militar sea indispensable para ganar la guerra, ya que todos los combatientes de las milicias no son iguales en empuje y en autodisciplina. Lo cierto es, que el aspecto y el conjunto de oficiales y soldados de aquí nos transportan a un mundo distinto.

Empiezan los movimientos de la maniobra, muy vistosos, muy interesantes, con gran entusiasmo, y nuestras cámaras trabajan sin dificultad alguna, ya que todo ha sido previsto para nuestra ¡misión.

Tomamos los detalles y los movimientos de conjunto, haciendo fotografías de los momentos más salientes. No ocurre nada de notable en "Portachuelo". Martín está loco de contento.

—A mí dadme maniobras como estas y quedaos vosotros con las operaciones de "descubiertas", mítines nocturnos y todas esas "bromas pesadas" de allá arriba—dice él, con convicción.

Terminado el trabajo nos despedimos de los jefes y soldados, dándoles las gracias por sus atenciones, y ¡nos encaminamos a dormir a El Molar. Hoy es sábado y hemos decidido ir mañana a Buitrago, para saludar a Paco G... y a su columna.

Pero nos amanece el domingo preñado de nubes, que pronto se "vuelcan" con una lluvia torrencial. Pero no hay que retroceder, y bien abrigados en nuestros coches nos dirigimos a Buitrago, adonde llegamos a la una de la tarde.

El camarada Paco G..., enterado de nuestros trabajos en Villavieja, nos acoge muy afablemente y nos invita a comer. Precisamente van a sentarse a la mesa. Como es ya tarde, aceptamos. G... nos advierte:

Vosotros perdonaréis, pero aquí vivimos en plena democracia, nuestra democracia. No hay criadas, ni camareros. Cada cual va a la cocina y se trae su plato de comida a la mesa.

Y dando el ejemplo se encamina él a la cocina y vuelve cargado con su plato de sopa de cocido. Chóferes y milicianos comen en la misma mesa. Cotiello y yo, seguidos de nuestros compañeros,

hacemos lo propio. Martín me propone, para no obligarme a una "maniobra" incómoda, traerme mi plato pero yo rechazo su oferta. El ambiente es muy cordial. A medida que van acabando de comer, los comensales se levantan y dejan el sitio a los otros.

Entra un periodista inglés, en viaje de información para su periódico sobre nuestros frentes de lucha. Come, sirviéndose a sí mismo, lo que le hace sonreír y exclamar a menudo: *"Aoh! Beautyfool! All right comunischt! Aoh, yes! All right!"*

Pero mi curiosidad la absorbe un joven alto, pálido, de barba muy cerrada y sin afeitar, a quien los compañeros milicianos le preguntan afablemente si ha descansado ya y le animan a comer. Uno de la columna de G... me había hablado de este muchacho: es un desertor del campo faccioso, pasado a nuestras filas la noche última. Y como la curiosidad es grande, por saber lo que ocurre en la zona rebelde, Cotiello y yo le interrogamos. El muchacho no se hace rogar mucho.

Se llama José Goicoechea Gerurba, tiene 27 años de edad y es natural de Pamplona. Pero voy a dejarle hablar:

—Yo estaba afiliado al Sindicato de Peones de la C. N. T., en Pamplona. Apenas se declaró la sublevación, los militares, los falangistas y los "requetés", se apoderaron fácilmente de la ciudad. Comprendimos que toda resistencia era inútil y acordamos buscar los medios de salvar nuestras vidas. Ya en la primera noche, las "escuadras negras", integradas por falangistas y capitaneados por un fraile, se dedicaron a recorrer las casas de los obreros para detenerlos. Los llevaban a la cárcel, y allí les daban tormento, quemándoles las manos hasta que el dolor les obligaba a delatar a sus camaradas. Y acto seguido se procedía a la detención de los delatados. Algunos compañeros consiguieron pasar los Pirineos e internarse en Francia. Otros fueron muertos a tiros antes de alcanzar la frontera francesa. Por la noche, los detenidos eran bajados al patio de la cárcel, en donde el fraile que capitaneaba las "escuadras" les echaba un sermón y les invitaba a jurar la fe católica... Algunos, creyendo salvar así la vida, juraban y declaraban su fe en la religión pero acto seguido el fraile les separaba de los demás y les hacía pasar a una pequeña corte interna, anunciando que les ponía en libertad, por haberse declarado buenos católicos. Se oía el crepitar de las pistolas, pues los de la "escuadra" ya sabían su misión. Y así

sucesivamente, hasta que habían sido todos fusilados. Los falangistas llamaban a aquel pequeño patio interior, "el patinillo de limpieza".

Se pasa una mano por la frente, como queriendo alejar de su memoria aquellos recuerdos trágicos, y continúa:

—Yo habitaba cerca de la cárcel, y una noche salí a dar un paseo y pude oír las voces y el fusilamiento de los infelices. Un falangista de la "escuadra negra", a quien llamaban de apodo "el Cristo", contó una vez, en el café, que él sofito había *limpiado* un centenar de revolucionarios, y que le dolía el dedo de apretar el gatillo de su pistola. Relató también lo de los tormentos inquisitoriales, diciendo que los ejecutores eran seminaristas, a los que se les decía "que tenían que entrenarse a esta labor del tormento, ya que pronto habría que hacer lo mismo en toda España con millones de herejes, pues que la Santa Inquisición iba a ser proclamada y ellos serían funcionarios del santo oficio". Todo esto que os cuento lo oyó la novia de un compañero mío, que servía en aquel café. Yo calculo que sólo en el primer mes del movimiento, se fusiló a más de tres mil personas, en Pamplona, sin contar la provincia. También se asesinó a algunas mujeres, y las hijas de los obreros con carnet confederal fueron llevadas a un prostíbulo de la ciudad, después de haber sido violadas por los de la "escuadra". La ferocidad de esas gentes llegó a un punto tal, que dos hermanitas de once y doce años de edad, hijas de un herrero fusilado, fueron violadas en la trastienda de una taberna y llevadas luego al prostíbulo. La novia del compañero de quien os hablo, hermosa muchacha de dieciocho años, en casa de la cual me ocultaba yo, tuvo que dejarse "querer" de un falangista, para lograr un salvoconducto para su compañero. Ignoro si lo logró. Lo que sí sé, es que una noche vino el falangista a casa para hacer un registro "por pura fórmula", decía él, pues se lo habían encargado a otro, y él no quería que nadie se acercase "a su chacha". Yo tuve justo el tiempo de romper y arrojar al retrete el carnet y demás documentación sindical, pues ya el falangista penetraba en mi cuarto y registraba mi maleta y ropas. Pero oí la voz de la muchacha, que le decía: "¡No pierdas el tiempo con ese, que es muy vuestro! ¡Hace ya más de dos meses que me está ¡diciendo que quiere alistarse en el ejército nacional!" El falangista volvió la cabeza y miró a la

muchacha, que llegaba a la puerta de mi cuarto. Luego me miró a mí con aire escrutador y me preguntó: "¿Es cierto?" Yo tuve la serenidad suficiente para contestarle afirmativamente. Entonces él siguió registrando y hablándome. Comprendía yo que no se fiaba demasiado de la muchacha ni de mí. Al fin me dijo: "¡Vente mañana al cuartel de enrolamiento de los "requetés" con ellos irás muy bien!" Y para escapar de momento al fusilamiento, y con la esperanza de escapar más tarde de las filas rebeldes, me alisté en Pamplona el día 27 de septiembre. Muy pocos días de instrucción, y acto seguido salí de Pamplona, junto con doscientos hombres, con dirección a Burgos. Desde Burgos me mandaron al frente de Somosierra, adonde llegué anteayer, viernes 9 de octubre, al atardecer. Y ayer, sábado, 10 de octubre, aprovechando un descuido del oficial, me deslicé fuera del parapeto y eché a andar en esta dirección. Pero pronto notaron mi ausencia, y de repente vi el resplandor del faro que me buscaba. Me eché al suelo, detrás de una roca, y tomé la dirección de la izquierda, sin darme cuenta que me encaminaba otra vez a nuestros parapetos. Pero oí voces, y también el nombre de Dios, y por el lenguaje comprendí que eran ellos. ¡No podéis imaginaros lo difícil que, sin conocer a fondo el terreno resulta marchar de noche por este frente de la Sierra! Anduve toda la noche, hasta que ya próximo al amanecer de hoy, escuché en un parapeto el himno "Hijos del Pueblo", cantado en coro por voces de hombre. Se me saltaron las lágrimas de alegría... Corrí hacia el parapeto, gritando, más que cantando, las estrofas finales de nuestro himno redentor, y al verme entre los brazos de mis compañeros rompí a llorar como un niño...



Las últimas palabras las ha pronunciado ahogando un sollozo. Le regalamos unos cigarros puros que llevamos, pero el muchacho nos dice que no los necesita, pues el comandante de la columna ha hecho que se le diera de todo.

—Yo sabía ya que me encontraba en una columna mandada por un comunista; pero comprendo que en estos momentos—añade el evadido—somos todos hermanos y antifascistas, he decidido enrolarme aquí, si se me admite.

Tal ha sido el relato de este compañero confederado, evadido de las garras de las hordas negras.

Afuera, la lluvia continúa cayendo, muy opaca. Hace frío. Paco G... sale a la puerta, con nosotros, y frotándose las manos dice:

—Cuando habléis de la Sierra o de Buitrago, decid como todos decimos aquí: "En Buitrago luce un espléndido sol todos los días; no llueve (y va a guarecerse en su coche); ni hace frío (y se abrocha, tiritando, la guerrera). La columna de G..., en Buitrago, está gozando unas vacaciones en un clima ideal..."

Ya lanza una carcajada, a la que hacen coro los chóferes y milicianos que se encuentran junto a nosotros...

A nuestra vez, subimos nosotros en nuestros coches y arrancamos, con dirección a Madrid.

REGRESO A LA CAPITAL

Nos hemos detenido a cenar en El Molar, por acuerdo unánime. Quien más ha insistido ha sido nuestro divertido Martín, diciendo:

—¿Os habéis *fijao* qué hambre hace en estos parajes?

Cuando ya estamos sentados a la mesa, Cotiello se apodera de un gatito negro que jugueteaba por allí y empieza a acariciarle. Lo ve Martín y exclama:

—¡Deja ese gatillo, Cotiello! Una desgracia ocurre muy pronto...

—¿Una desgracia?—pregunta, intrigado, Beringola, que muy amante de los bichos también ha empezado a acariciar al gatito.

—¡Pues claro!—afirma Martín—. Tú mismo estás apretando con el dedo al gatillo, sin saber si tiene el seguro...

En "premio" a este chiste "canallesco", Morchón le da en la cabeza con un tablero de juego de damas, y las fichas saltan al suelo.

—¡Mañana te denuncio al Sindicato de la Construcción!—gruñe Martín, recogiendo las fichas del suelo—. Diré que has echado a rodar a los peones.

Afortunadamente, acaban de servir la cena, y Martín se ha enfrascado ya con un plato de succulentísimas habichuelas...

A las diez de la noche entramos en Madrid y nos encaminamos a nuestros domicilios respectivos, con la promesa de salir cuanto antes para el frente de la Alcarria.

Al entrar en mi casa, mi nena, de dos años y medio, que estaba ya dormida, se despierta al oír mi voz y me grita, con su media lengua:

—¿Has matado muchos *fachistas*, papá?

Al vernos reír, la pequeña añade, muy seria:

—Cuando te vayas otra *ve*, llévame contigo; aquí vienen los aviones *fachistas* y matan a los niños y no nos dejan dormir...

¡Pobre criatura! En vez de alegrarse y admirar el maravilloso invento de esas máquinas voladoras, última palabra de la Ciencia, ha abierto los ojos ante ellas para maldecirlas, para odiarlas. No le inspiran júbilo, como a los niños de otros países; le inspiran terror. ¡Es la guerra! ¡¡Maldita sea la guerra!!

Al día siguiente entregamos el material impresionado y nos aprovisionamos de material virgen para nuestra próxima expedición. A las cuatro de la tarde, la aviación enemiga bombardea de nuevo Madrid, causando innumerables víctimas, mujeres y niños en su mayoría, que habían salido a tomar un poco el sol.

Nueva visita de los asesinos del aire a las ocho de la noche.

Tal vez alguno de mis lectores recuerde al pobre ciego que, sentado en el suelo en las escaleras del "Metro" de la Puerta del Sol, estación "Carmen", tocaba el acordeón, implorando la caridad pública. Yo sí le recuerdo, por haberle visto a diario en el mismo lugar.

Pues bien: ese pobre ciego, ya no existe. Una de las bombas de aviación, que ha caído en la estación mencionada, en el momento en que una docena de personas, todo mujeres y niños, rodeaban al ciego del acordeón, los ha destrozado, literalmente destrozado. Al pobre ciego, con las piernas arrancadas por la metralla, se le ha encontrado su acordeón incrustado en la caja torácica. Al día siguiente de la explosión, los familiares de las víctimas han acudido a identificar los cadáveres, cosa que no ha sido posible, pues los cuerpos estaban esparcidos, en pedazos, en medio de los escombros.

Yo los he visto..., ¡y no se me ha ocurrido nada! El espanto, el dolor y la rabia, han anudado mi garganta... Además, ¿para qué sirven los comentarios?... Pero es que yo pienso en mi niña, viendo estos restos sanguinolentos de lo que, hace pocas horas aún, eran niños llenos de vida y de alegría, que ponían una nota deliciosa a las penas de sus padres, con sus risas infantiles...

Luego, ya en mi casa, algo más sereno, no se me ocurre más que este comentario expresado en voz alta: "¡A estas fieras fascistas hay que destruirlas a sangre y fuego, cueste lo que cueste! ¡Hay que limpiar el mundo de estas alimañas repugnantes que matan a nuestros hermanos y destruyen nuestros hogares y destrozan las

vidas de nuestros pequeñuelos, por el solo placer de matar, de destruir, de vestir de rojo y negro—sangre y luto, los gloriosos colores de nuestra bandera confedera—la nuestra desgraciada España!

... ..

Acabamos de pasar cinco días en Madrid, cinco días que me han parecido cinco siglos.... Y es que, decididamente, "el aire" de los frentes atrae, seduce, parécete a uno hallarse en otras latitudes, en otro clima, con otras gentes.

¿He dicho con otras gentes? Pues he dicho bien. Los combatientes, en la línea de fuego, son otras gentes muy distintas a las gentes de la retaguardia. Hablo de las gentes que llamamos masas. En vanguardia, cara a cara con la Muerte, impera el compañerismo, la Verdad, la comprensión y todo esto se olvida a menudo en la retaguardia. ¡Hermanos del frente! En medio del constante peligro, vosotros vivís la verdadera Vida, por el hecho de que la Vida en las trincheras no se cotiza; no tiene valor alguno... ¡No ansiéis venir a la retaguardia! Sufriríais, seguramente. Y para sufrir, bien se está en el frente.

Os ocurriría lo del espectador, entusiasta del Cine, acostumbrado a ver preciosas películas y que un día, ocasionalmente, penetra en un taller de rodaje y observa la ejecución de una película. ¡A ese espectador se le ha matado la ilusión! Creía en una cosa sobrenatural, y viendo la realidad entre bastidores, ha perdido la fe. ¡Qué tristeza!

Por mucho que quiera hacerse, que se haga en la retaguardia, nunca alcanzará el grado de Verdad que vosotros, hermanos, hayáis podido prestarle.

En fin, los cinco días han pasado ya, y hoy, sábado tarde, 16 de octubre del año de gracia 1936, nos instalamos en nuestros coches, provistos de nuestras cámaras, y nos alejamos de Madrid...

¡Con qué satisfacción dejamos atrás la Puerta de Alcalá! Rodamos a buena velocidad, con rumbo

HACIA LA ALCARRIA

¡Por fin hemos podido "despegar"! Mi equipo está completo: Cotiello, como representante; Beringola, mi insustituible operador tomavistas; Morchón, con sus cámaras fotográficas con las que hace verdaderas maravillas; Martín, mi "valiente" ayudante, y los dos chóferes con sus sufridos coches, que arrean veloces en busca de la cena, los excelentes compañeros Pepe y Manolo.

Somos siete personas inseparables, con una disciplina envidiables: la autodisciplina, con lo que huelga el jefe. Todos somos unos, todos somos iguales.

Salimos de Madrid a las seis de la tarde, alumbrados por un crepúsculo mortecino, el crepúsculo madrileño de mediados de octubre...

Media hora después atravesamos Alcalá de Henares. Los milicianos que montan la guardia en la carretera nos piden la documentación. ¿Cuál?... Veo a un muchachote simpático, que parece el responsable y cuya cabeza toca un gorro con las insignias de la F. A. I. ¡Entendido! Le enseño el documento de nuestra Organización Confederal. Echa un vistazo rápido, y sonriendo nos dice:

—¿A la Alcarria?

Allá vamos.

¡Ojalá podáis traer, a vuestro regreso, unas vistas de la catedral de Sigüenza! ¡Pobres compañeros!

Y exhala un suspiro, mirando a lo lejos. Le pido una aclaración.

En la catedral de Sigüenza, debido a circunstancias que ya se dilucidarán en su día, hay trescientos compañeros de la Organización, sitiados y batidos por un cañón fascista. Es necesario hacer todo lo posible para sacarlos de allí. Las últimas noticias son angustiosas...

—Se hará lo que se pueda, compañero.

Saludamos y reanudamos la marcha. En mi coche, la voz de Pepe, el chófer, que cantaba un fandanguillo se ha extinguido. Un dramático silencio reina ahora entre nosotros. En el pequeño coche que nos sigue, apenas se distingue la persistente y desgarradora tos del compañero Cotiello. La noticia de la situación de los compañeros sitiados en la catedral de Sigüenza nos preocupa hondamente...

Media hora más tarde entramos en Guadalajara, en donde los compañeros del Sindicato C. N. T. nos reciben cariñosamente y nos acompañan a una buena fonda. Pero, a decir verdad, el apetito ha desaparecido. En la mesa hablamos de lo de Sigüenza.

Es muy difícil—nos explica un compañero del grupo anarquista "Nueva Vida"—socorrerles como quisiéramos. Los fascistas son dueños de la población, y en una calleja que hay frente a la puerta de la catedral, tienen emplazado un cañón, con el que hacen continuos disparos. Se ha parlamentado una vez, para que nos permitan sacar de allí a las mujeres y a los niños; pero esas bestias no ceden. Su última palabra ha sido exigir la rendición de todos los sitiados. Los nuestros se niegan; prefieren morir matando, a ser degollados como corderos.

Pero esos fascistas no tienen entrañas—arguyo—. ¿Qué culpa tienen las inocentes criaturas y sus pacíficas madres?

Los fascistas dicen que hay que matar la semilla para que no vuelva a brotar la planta.

—A esa gentuza la parió una loba—grita, indignado, nuestro pequeño Pepe, andaluz pura sangre.

—Con perdón de los lobos—replica Morchón.

Después de cambiar impresiones sobre el dramático asunto, convenimos en que hablaremos con las fuerzas del frente alcarreño para tratar de salvar a los sitiados de la catedral.

Antes de las diez de la noche ya estamos en la cama. ¡Hay que madrugar al día siguiente!

No puedo conciliar el sueño. El drama de los sitiados de Sigüenza me obsesiona. Recuerdo lo del Alcázar de Toledo, cuando se propuso repetidas veces a los fascistas sitiados que dejaran salir libremente a las mujeres y a los niños, a lo que ellos se negaron. Y ahora repiten el crimen. ¡Quieren hacerles perecer con los combatientes! ¡¡Canallas!! Y el mundo civilizado, ¿qué piensa? Pero, ante todo, ¿qué entendemos por civilización? ¡Felices los salvajes, que no han sido contaminados por esta espantosa epidemia que se llama civilización!... ¿Podremos lograr la salvación de los valientes compañeros de Sigüenza? Si fuéramos creyentes, tal vez pudiéramos abrigar la esperanza de que los cristos, las vírgenes y los santos de la catedral hicieran el milagro. Afortunadamente,

somos más positivos, y en nuestro materialismo no caben cuentos de hadas ni relatos bíblicos. El "milagro" sólo pueden realizarlo nuestras ametralladoras y cañones o la aviación mortífera. Los cristos de palo no pueden servir más que para encender lumbre o para hundir el cráneo de algún cura, principales causantes de la barbarie actual...

Me duermo al fin... Y sueño... Y en mi sueño veo un templo grande, muy grande, repleto de humareda que huele a incienso y a cera en el fondo, de rodillas y dándose golpes en el pecho, produciendo un ruido hueco, un puñado de beatas y beatos, que murmuran frases ininteligibles, con los ojos elevados al cielo. En el altar mayor, un cristo grande, enorme, destilando sangre por sus heridas, y en el recinto reservado al coro, una multitud de mujeres, niños y ancianos pidiendo clemencia a unos hombres gordos, vestidos con trajes talaes bajo los cuales ocultan un trabuco cada uno. Es una visión estrambótica, apocalíptica. El humo se va, poco a poco, disipando... De repente, las mujeres y los niños, y los ancianos, gentes sencillas, lanzan un alarido de horror y huyen ante los curas de trabuco, buscando refugio entre los beatos y beatas; pero éstos les amenazan a su vez con sendas pistolas y con las largas uñas de las viejas brujas. Avanzan los curas con aspecto de cerdos, apuntando a los infelices, que se ven acorralados, con sus trabucos negros. De pronto, un trueno ensordecedor hace temblar la nave y el Cristo enorme del altar mayor desclava sus brazos y sus pies de la cruz, y empuñando una ametralladora que estaba oculta en el sagrario, empieza a dispararla contra los curas y las beatas... El Cristo, hora, ya no es el Cristo de antes: es un "aguilucho" de la F.A.I., que, imitando al Cristo de la leyenda, que arrojó a los mercaderes del templo a latigazos, les caza ahora a tiros, para limpiar el lugar de tanta inmundicia y de tantos crímenes. De pronto, se derrumba el templo, y en su lugar aparece una verde pradera en la que retozan los niños amenazados y las mujeres y los ancianos del pueblo. Los cuervos negros han desaparecido. En el centro de la pradera, el ex cristo, "aguilucho" de la F. A. I., ríe y salta de gozo, arrojando a lo lejos la ametralladora con la que barrió el templo, y empuña el arado, con el que empieza a trabajar la tierra...

Los libertados claman a coro:

—*¡Hosanna, hosanna, hombre de la F. A. I.! ¡Aleluya, aleluya, hijo de la Anarquía, salvador de la Humanidad! ¡Que la gloria sea contigo, en medio de nosotros, por los siglos de los siglos!"*

Oigo un estridente toque de clarín. Y a poco una descarga cerrada. A mis oídos llega una voz, la del fondista, que grita en los pasillos:

—*¡Dos bandidos menos! Acaban de fusilar a dos fascistas, que habían asesinado en el campo a toda una familia republicana. ¡A limpiar! ¡A limpiar!*

Y acto seguido oigo por las escaleras ruidos de escobas, de cubos de agua y demás utensilios de limpieza.

Algo vacilante aun, por la noche agitada, me encamino en busca de mis compañeros, que están ya preparando todo en los coches.

Un frugal desayuno—café con churros—y, ¡en marcha!

El día es espléndido. El cielo, huérfano de nubes, tiene un tinte azulado diáfano. Son las siete de la mañana. Rodamos a marcha moderada hacia el frente. ¡Cuesta trabajo creer que en esta mañana de ensueño, bajo este límpido sol y en medio de esta paz beatífica, máquinas de muerte están segando las vidas de nuestros semejantes, a pocos kilómetros de aquí! ¡¡Maldita mil veces la guerra!!

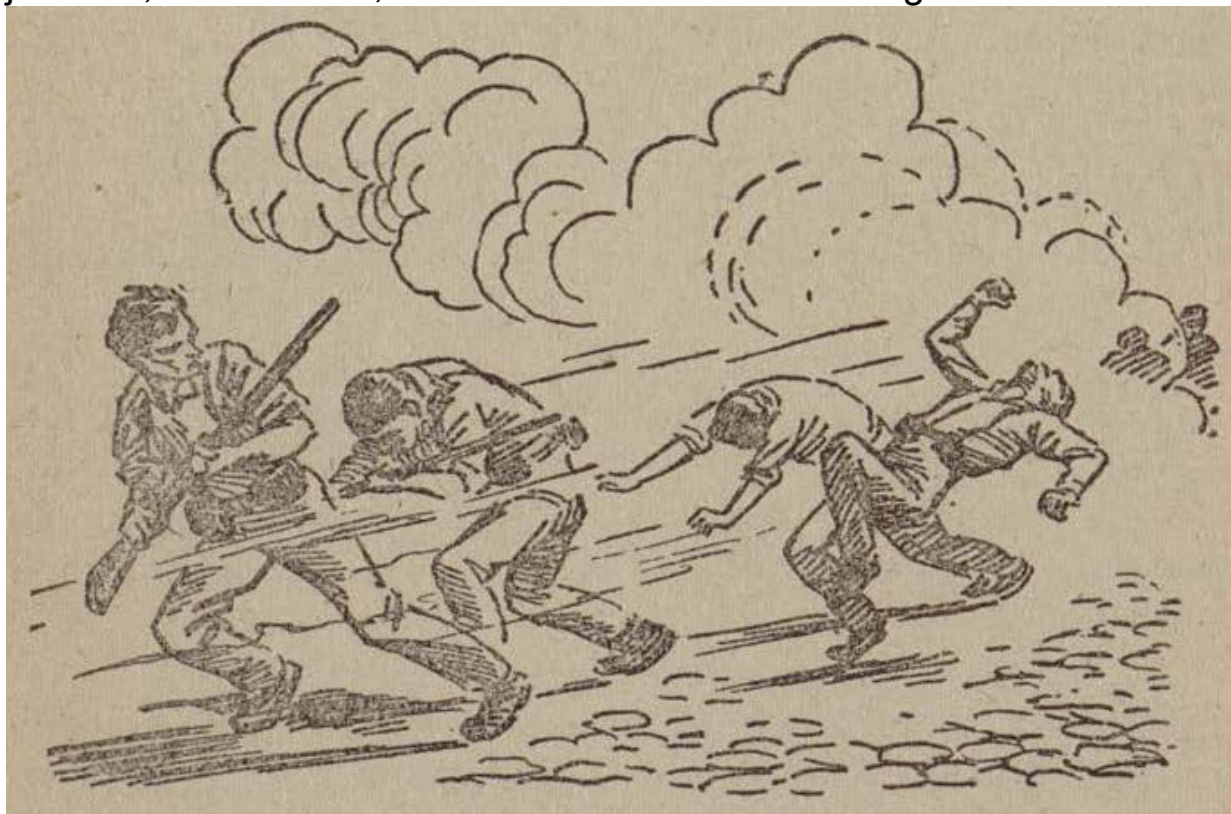
Taracena. Aquí está el Estado Mayor. El control es riguroso. Pero exhibo el documento del Ministerio de la Guerra y se nos franquea el paso. Dejamos atrás unos cuantos pueblecillos pintorescos, encaramados en puntiagudos montículos rocosos...

Y llegamos a

MANDAYONA

Movimiento extraordinario de fuerzas. En las oficinas de nuestra organización, el compañero Paredes nos recibe con sincera amabilidad. Nuestra misión de cinematografistas le interesa.

Precisamente en este momento está interrogando a dos muchachos jóvenes, de la F. A. I., evadidos de la catedral de Sigüenza.



Sin perder un minuto, el compañero Morchón, fotógrafo de mi equipo, empuña su cámara y, ¡zas!, ya tenemos en el celuloide a los dos compañeros. Les pido informes de los sitiados de la catedral. Ellos se han evadido, en unión de una compañera francesa, hace tres días, y han pasado dos noches ocultos entre los cerros.

—¿Cómo no han salido con vosotros los demás compañeros?— les pregunto.

—El riesgo es muy grande. De siete que hemos salido de allí, dos cayeron muertos, atravesados por las balas de las ametralladoras facciosas; otros dos se asustaron y corrieron hacia un callejón, en donde suponemos que habrán sido cazados por los fascistas nosotros, sorteando obstáculos y casi arrastrándonos, para evitar las balas, pudimos salvarnos.

Nos dieron los nombres de la mayoría de los sitiados. En total, había más de quinientas personas, entre mujeres, niños y ancianos. La situación era crítica en extremo. Apenas les quedaban unos kilos de bacalao y dos barriles de vino. Agua, ni una gota ya. Y como las barricadas servían de parapeto, pues los obuses habían destrozado la

puerta de la catedral, se suponía que el líquido se habría desparramado ya, como había ocurrido con otras cuatro barricadas llenas de agua. Los sitiados tenían armas, pero andaban mal de municiones. Disponían, en cambio, de numerosos cartuchos de dinamita y algunas bombas de mano, material con el que iban causando bastantes bajas al enemigo.

Los dos jóvenes evadidos añadieron que, de ahora en adelante, iba a ser ya imposible salir sin riesgo de la catedral, pues las ametralladoras enemigas habían sido colocadas en un punto peligroso, a un costado de la puerta del templo y con el cañón de tiro rápido enfrente y las guardias apostadas alrededor, la huida era ya un suicidio seguro. ¡Pobres sitiados!

Decidimos acercarnos a las líneas de combate. Cuando ya me disponía a meterme en el coche, veo llegar corriendo a mi "valiente" ayudante Martín, que, haciendo honor a la característica de su empleo de ayudante de dirección, corría siempre... Y viéndonos dispuestos a marchar, me dice, con cierto temblor en la voz:

—Pero..., ¿vamos a marchar más lejos? ¡Aquí estamos ya en zona de guerra!

—Sí, mi buen Martín. Ya conoces nuestra misión. El trabajo nuestro está en las avanzadillas de los frentes, en la línea de fuego: en los parapetos. Y ahora vamos a Baides.

—¿A Baides?... ¡Pero si allí están zumbando los cañones enemigos!

—¡Tanto mejor! En marcha.

He de decir en honor a la verdad que, aparte la "aprensión" de mi buen compañero ayudante, todos nos habíamos familiarizado ya con el fuego. Un minuto después, rodamos por una carretera culebreante hacia

BAIDES

Los compañeros del Sindicato Unico de Oficios Varios, grupo "Nueva Vida", en Baidés, nos reciben con algazara. El local está situado al lado mismo de la comandancia o cuartel general, en donde se albergan los oficiales del valiente batallón "Alicante rojo", y cuyo comandante, el joven y simpático B..., examina nuestra documentación, y satisfecho nos redacta otro documento autorizándonos a recorrer los parapetos de la línea de fuego.

Comemos opíparamente con los compañeros de la F. A. I. Y acto seguido, invitados por el simpático comandante B..., tomamos café en la comandancia, servido por unas exquisitas milicianas, muchachas que, lo mismo condimentan un plato complicado, que montan una guardia en el parapeto o disparan con acierto cuando la ocasión se presenta.

Después del café, Cotiello y yo conversamos con el comandante acerca de la situación de los sitiados en la catedral de Sigüenza. B... la conoce. Y piensa en ellos noche y día. Pero es impotente para dar solución. Nos explica, sobre un pequeño mapa, la situación de las fuerzas nuestras y las del enemigo.

—Con toda mi buena voluntad, compañeros, no me es posible acudir en su ayuda. Únicamente la aviación podría hacer el milagro. Aviones y tanques. Pero no los tenemos. ¿Cuándo llegarán? Lo ignoro. Además, dispongo de muy poca gente para este frente de dieciocho kilómetros de largo. ¡Setecientos hombres! Mañana voy a Madrid para pedir cuatrocientos más. Bien es verdad que mis setecientos hombres suman, en arrojo y valentía, siete mil. Pero estos desgraciados hermanos nuestros de Sigüenza no pueden contar con nosotros. ¡Es horrible!...

Ante el dolor de aquel hombre, callamos.

En la lejanía se oyen unos cañonazos. Son las cuatro de la tarde.

—¡Temprano empiezan hoy!—murmura B...—. De costumbre, empiezan al anochecer. Sin duda preparan un ataque para esta noche. Pero no les temo. Estamos ya prevenidos. Esos cerros que dominamos son inexpugnables.

Nuestra charla es interrumpida por Martín, que asoma la cabeza y dice:

—Compañero Guerra. ¡Están zumbando!

Y soltamos una carcajada. El comandante, sereno, observa:

—No te preocupes, muchacho. Esos obuses no son para nosotros. Caen muy lejos de aquí. ¡Ven a tomar una copita!

Penetra Martín en el comedor pero al tiempo que va a sentarse, se oye un cañonazo muy cerca, que hace temblar al pobre muchacho. Nos reímos de nuevo.

—¡Esto ha sido aquí detrás!—exclama mi ayudante.

Pero B..., sin contener la risa, aclara:

—Cierto. Muy cerca de aquí pero este cañón es nuestro. Como somos muchachos bien educados, les contestamos. ¿Un cigarrillo?

Martín no fuma: es un muchacho "sin vicios". O por lo menos sin vicios pequeños. Ni fuma, ni toma café, ni bebe vino. ¡Una "alhaja!! Yo, en cambio, compito con las chimeneas. Cotiello, debido al estado de sus bronquios, tampoco fuma; se limita a toser con fruición. Sus golpes de tos asemejan disparos de cañón.

Mientras el comandante y yo saboreamos nuestros cigarrillos, el cañoneo ha ido creciendo...

Al cabo de unos minutos ya no se oye más que "nuestro" cañón. Y B..., después de aguzar el oído, sonrío, satisfecho:

¡Ya se han cansado! Les hemos hecho enmudecer ¡Son unos nadies!

El semblante de Martín se ha serenado. Ahora dice, con énfasis:

—¡Claro! Donde estemos *nosotros*, que se callen los fascistas.

¡Son unos miedosos!

Esta vez, la carcajada es general, acompañada de la inenarrable tos de Cotiello.



Decidimos salir a dar un paseo hasta la estación. La estación de Baides ha sido recientemente castigada por la aviación enemiga. En un minuto, los coches nos dejan allí.

Nos apeamos y examinamos el lugar. Dos hoyos profundísimos y un trozo de vía retorcido nos muestran los efectos del bombardeo, que no causó víctimas. Cerca de la vía hay un pintoresco riachuelo, y al lado opuesto un campo en cultivo, en el que vemos arando a unos campesinos con su fusil a la espalda. Interrogo a un compañero y me aclara que estos campesinos montan la guardia nocturna para evitar "sorpresas". Los fascistas suelen aventurarse por estas cercanías en misión de exploración...

¡Tal es la magnificencia de nuestra guerra! A pocos metros del enemigo, los campesinos trabajan la tierra y luchan contra los rebeldes al mismo tiempo. Mientras los enemigos siembran los campos de cadáveres, nuestros valientes campesinos siembran la semilla que dará el sustento a los heroicos defensores de la Libertad. Aprenda el mundo de nuestra guerra de independencia. Con semejante espíritu, no hay enemigo bastante potente para vencernos. ¡Tierra Madre! ¡Madre Tierra, cuyos hijos, dignos descendientes de Numancia y de Sagunto, acarician tus entrañas y te cuidan y veneran bendita seas!

No pudiendo resistir la tentación, Beringola monta su tomavistas y rueda unos metros, en precioso contraluz, mientras el buen Morchón toma unas placas. Martín, "el hombre de la pizarra", ha inscrito la escena, con su número y detalle, para el posterior montaje de la película.

—¿Vamonos ya?—pregunta, sonriente—. He oído el traqueteo lejano de una ametralladora y estoy nervioso.

La verdad es otra. Martín no ha oído ninguna ametralladora, aunque nada extraño fuera. Lo ocurrido es que Pepe, el pequeño chófer andaluz, bromista de buen tono, le ha dicho, para infundirle pánico, que si ahora bajaran los fascistas hasta la estación, quedaríamos copados, pues no hay carretera de salida.

Liamos un cigarrillo con calma estudiada, y luego nos montamos en los coches. Hay que cenar temprano e irse a descansar. Al día siguiente habrá mucho trabajo que realizar. Sobra albergue en el pintoresco pueblecillo de Baidés, pues los habitantes han huido todos, o casi todos, a causa de la cercanía de las líneas de fuego...

La noche ha sido relativamente tranquila. Apenas un ligero tiroteo y morterazos de ambos bandos han turbado nuestro sueño.

A las siete de la mañana, y tras un ligero desayuno condimentado por los compañeros de "Vida Nueva", montamos en nuestros coches y nos encaminamos al trabajo. Las milicianas que forman parte del batallón "Alicante rojo" están lavando ropa en un arroyo y nos invitan a darles la nuestra para que vayamos limpios. No vacilamos en aceptar la oferta. Y en premio a su amabilidad, y también por lo interesante del detalle de aquel "lavadero" improvisado al aire libre, rodamos unos metros y les tiramos unas placas.

El trabajo del día ha sido fructífero, sobre todo en su parte artística. Hemos captado magníficos panoramas de los contornos de Baidés.

Al atardecer, después de nuestro trabajo, nos dedicamos a la "recolección" de nueces, que en el huerto adyacente al Sindicato abundan.

—Hay que recoger todo cuanto esté maduro, compañeros: nueces, peras, tomates, pimientos, todo. Así, si llega el momento de evacuar esto, los fascistas se tocarán... las narices—nos dice una compañera.

Cenamos temprano, pues hay que madrugar mucho al día siguiente. El excelente B... nos ha dicho:

Mañana es domingo, y todos los domingos por la mañana hay "baile". Sin duda los facciosos oyen misa y sermón, y se les azuza desde el púlpito para atacarnos. Podremos disponer de un tren blindado para vosotros, y si os atrevéis podéis llegar hasta dentro de las líneas enemigas.

—¡Magnífico!—exclamamos a coro Cottieilo, Beringola, Morchón y yo.

Pero Martín, disimulando, ha vuelto la cabeza. Ha enmudecido.

Nos vamos en busca de nuestros lechos. La calle principal de Baides, que conduce a la estación, está obscura como boca de lobo. Andamos silenciosos, al "compás" de la inevitable y desgarrada tos del compañero Cottiello. De vez en cuando, el traqueteo de las ametralladoras en los parapetos del cerro de la Muela rasga el silencio de la noche. Llegados a la casita solitaria en donde vamos a albergarnos, el sanitario que nos acompaña pregunta:

—¿Tenéis armas? Os lo pregunto para el caso de que os fueran necesarias esta noche.

Yo creo que el sanitario exagera. Ha adivinado el miedo de mi buen Martín e intenta divertirse a su costa. Yo le enseño mi pistola. En la casita hay varias camas, y como habitante único un miliciano herido, en convalecencia.

Parlamentamos entre nosotros. Y al fin nos quedamos Beringola y yo. Los otros compañeros deciden quedarse en el Sindicato, sobre unos colchones, en el suelo. Creo que la decisión ha obedecido a no querer hacer pasar miedo a Martín, quien, a decir verdad, ya estaba dispuesto a someterse al acuerdo de la mayoría. Trepidan de nuevo las ametralladoras, más cerca ahora. Cuando ya nos despedimos, retrocede Martín y viene hacia mí, con mucho misterio.

—Oye, compañero director: Yo no quiero nunca que digas que soy un indisciplinado pero voy a solicitar de ti un favor. La idea de meterme en el tren blindado, "el tren de la Muerte", como se le llama aquí, no me deja sosegar. Y puesto que el compañero Cottiello, como más valiente, va contigo, puede él hacer mi trabajo. Yo me quedaré en Baides hasta vuestro regreso. ¿Te parece? No te rías de mí,

compañero Guerra pero te lo confieso sinceramente: ¡Tengo miedo!
¡Sí; tengo mucho miedo! ¿Me autorizas a quedarme?

Por toda respuesta, le estrecho fuertemente la mano y le digo:

—Yo no me burlo, Martín. ¡Quédate!

Y el buen Martín, dándome las gracias, se aleja con los otros compañeros.

Explico a Beringola lo ocurrido. Y no nos reímos. Al contrario. No hay cosa que me infunda más respeto que un hombre que confiesa su miedo. El miedo es una depresión nerviosa que domina el ánimo del individuo, a la que éste, por más esfuerzos que haga, no podrá nunca sustraerse. Sólo un acontecimiento imprevisto puede hacerle reaccionar. De cara al peligro, el hombre miedoso puede, en un momento, convertirse en valiente, en héroe. Lo sé muy bien. Y tengo la seguridad de que el miedo de mi buen ayudante Martín desaparecerá con el tiempo, en cuanto se vea atacado de cerca por el enemigo. ¡Respetemos el miedo! Y pues que muchos de nosotros han sabido aguantar los bombardeos y los tiroteos cercanos con estoicidad, sin temblar ante el peligro, démonos por satisfechos de tener un temperamento férreo y unos nervios seguros y no nos burlemos de los pusilánimes, que harta es su desgracia con serlo.

La noche no ha sido muy tranquila. Al traqueteo de la ametralladora se han unido unos morterazos que hacían retumbar la casita, a pesar de la distancia...

Aun no ha amanecido, y ya el bravo comandante B... pasa, a caballo, por debajo de nuestros balcones. Nos vestimos rápidamente, preparamos las cámaras y utensilios y nos encaminamos, en nuestros coches, a la estación de Baides. Llega el tren blindado, conduciendo a un herido, y acto seguido colocamos nuestros aparatos en la plataforma y nos despedimos de los que quedan: los dos chóferes y el ayudante Martín.

Nuestro "tren de la Muerte", como lo ha bautizado el compañero Mauro Bajatierra, espera ahora el regreso del "conejo de Indias", mote debido al mismo Mauro. El "conejo de Indias" es un convoy de exploración, que parte siempre delante del tren blindado para examinar el terreno enemigo de la vía férrea. La locomotora lleva delante una vagoneta sencilla. Si la vía está arrancada u

obstaculizada, la vagoneta descarrila o vuelca, en cuyo caso se la desengancha de la locomotora y ésta vuelve a dar parte del lugar en que está interrumpido el tráfico. Y entonces sale el tren blindado, con sus cañones y sus ametralladoras montados en la plataforma delantera para hostilizar las líneas enemigas. En el interior de los coches blindados van las fuerzas armadas, con las bocas de sus fusiles apuntando por las troneras. La incursión de un tren blindado en terreno enemigo es de efectos terribles: los facciosos huyen despavoridos o caen acribillados por las balas y la metralla de los obuses. Pero también hay un peligro grave para nuestras fuerzas. Se da el caso de que un obús enemigo hace saltar la vía por detrás del convoy, y éste queda prisionero, cortado su retroceso. Entonces no hay más recurso que el combate: una lucha desesperada en la que hay que morir matando. Por este motivo se le llama "el tren de la Muerte". Yo pienso en nuestro compañero Martín y comprendo su "aprensión" a este "trenecito" ¡Al fin y al cabo, el apego a la vida no es un crimen!

Un silbido, y "el tren de la Muerte" parte hacia Sigüenza, adonde no llegará, pues los facciosos han hecho saltar la vía pocos metros más allá de Moratilla, cerca de Sigüenza. Mientras Beringola va impresionando el paisaje, encantador en estos parajes, Morchón tira algunas placas. B... viene con nosotros hasta la próxima estación: Cutamilla. Desde allí subirá al cerro de la Muela, en donde hay combate, o "baile", como él dice. Al cabo de diez minutos llegamos a Cutamilla, en donde hay gran movimiento de fuerzas nuestras. Se oye el tiroteo infernal del cerro. Silban las balas "dum—dum" de los facciosos por encima de nuestras cabezas.

—¡Cuidado!—le grito a Cotiello, que se ha apeado y se halla al descubierto, con grave riesgo.

Pero Cotiello, que está luchando con su tos, contesta, escéptico:

—No te preocupes. Si me toca un "chisme" de esos que silban, me cura la tos para siempre.

El comandante B... se despide de nosotros y con su ayudante y un par de milicianos de la F. A. I. se aleja hacia las alturas.

Nosotros nos instalamos de nuevo en el tren y... ¡en marcha!, hacia las hordas facciosas.

En las cercanías de Moratilla se detiene el convoy. Las balas enemigas crepitan sobre los costados del coche en que vamos nosotros, produciendo un ruido seco, como gruesas gotas de lluvia sobre cristal. Nosotros, al abrigo de una plancha de acero, trabajamos con calma captando en el celuloide todo detalle que nos parece interesante. De pronto estalla una granada junto a las ruedas de la locomotora. El responsable del convoy da la orden de "marcha atrás", y el tren se pone en movimiento. Abandonamos aquel lugar peligroso, no sin haber hecho buenos blancos nuestros heroicos milicianos, que han tirado sin reposo. Una esquirla de metralla me ha agujereado el gorro de miliciano, que yo había dejado en el suelo, a mis pies. Beringola y Morchón, los héroes de la cámara, han "cazado" en el celuloide interesantes detalles, que más tarde servirán para nuestro Estado Mayor. Yo he visto las siniestras figuras de dos guardias civiles bigotudos, de los del "antiguo régimen", cuyo aspecto me hace llegar a esta conclusión: "Si estos individuos se vistiesen de paisano, nuestros ojos, al verles, les "vestirían" con el odioso y odiado uniforme y su tricornio de guardia civil, pues de ser *algo* en la vida, no podrían ser más que eso: guardias civiles."

A nuestro regreso a Cutamilla me entero de que un miliciano ha recibido el rasguño de un balazo en la cabeza. Herida ligera, que hubiera podido ser mortal. Sin duda uno de los dos tiparracos que acabo de mencionar ha logrado meter una bala por la tronera del vagón. ¡Sólo tienen buena puntería! Por lo demás, son esclavos del "amo" que les paga.

Nos apeamos todos en Cutamilla y comemos, de pie, el succulento rancho, que nos sabe a gloria, después de la agitada mañana que hemos llevado. Mientras tanto, "el tren de la Muerte" sale de nuevo para otra incursión de castigo. Como he resuelto subir al cerro de la Muela, dejamos salir al convoy sin nosotros. Pero observo que esta vez no le ha precedido el "conejo de Indias". Ello se debe, sin duda, a que acabamos de regresar hace pocos minutos, y hay seguridad. Sin embargo, allá en el fondo siento no sé qué aprensión... ""¡Es la ignorancia de estas cosas!", pienso. Y habiendo terminado de comer, me dispongo a libar un succulento café, hecho al aire libre y bajo las balas perdidas. Nuestro fotógrafo Morchón toma, además e su café, unas placas interesantes de aquella cocina estrambótica.

Ha cesado el tiroteo en los cerros. Pero ahora se oyen explosiones atronadoras del lado de la vía férrea hacia Moratilla. Acompañado del temerario Cotiello, nos alejamos por la vía hacia el lugar de los disparos, cuando de pronto vemos el tren blindado que regresa, con un coche menos: el de los dos cañones y ametralladoras. ¿Qué ha ocurrido?... Nuestra ansiedad no tiene límites. Pronto salimos de dudas.

Los temores que abrigaba yo hace pocos minutos se confirman. Mientras regresábamos en el convoy hacia Moratilla, los facciosos, desde arriba, habían hecho saltar la vía con unos obuses y ahora, al llegar el tren allí, ha descarrilado el primer coche, quedando volcado en la vía. El resto del convoy ha regresado a Cutamilla. Los compañeros milicianos se negaban a abandonar a sus camaradas, que han quedado encerrados dentro del coche blindado, pero sin víveres. Sin embargo, como no era posible prestarles ayuda, de momento, se ha impuesto el buen sentido. Además, sobre el coche volcado llueven las balas por millares, y permanecer allí es un peligro constante, a pesar del blindaje...

Son las cuatro de la tarde. Del cerro de la Muela baja, un compañero miliciano, con el brazo en cabestrillo. Pero sonrío... Es un alicantino del batallón "Alicante rojo".

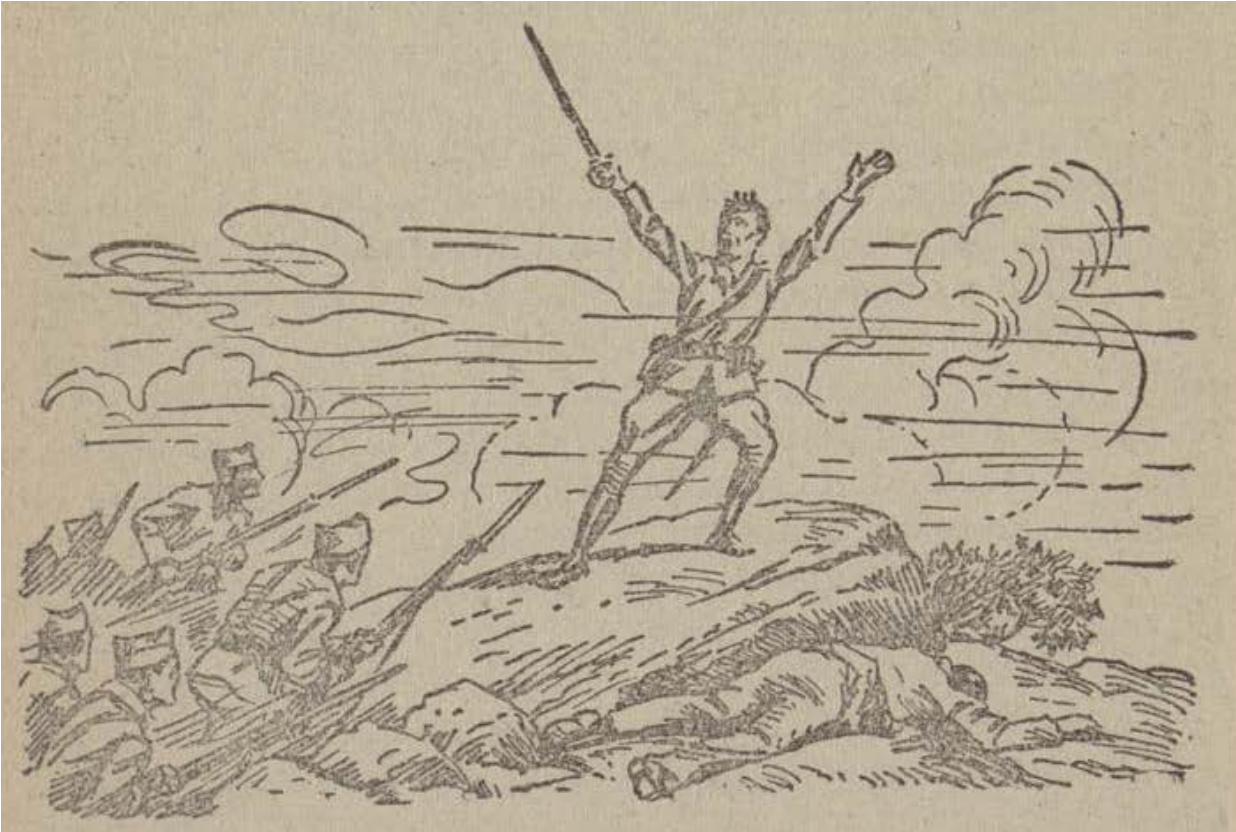
¿Qué tienes en el brazo?le pregunto.

—¡Nada! El beso de plomo. Una estúpida rozadura que me impide sostener el fusil. ¡Ha habido "baile" a gran orquesta! Pero, ¡compañeros! ¡Estamos orgullosos de nuestro comandante! El camarada B... es el hombre más valiente que he visto.

Y el buen alicantino me relata, en su dialecto, las peripecias del combate en el cerro.

—Los fascistas, más temprano que de costumbre, habían empezado a atacar nuestra posición. Nosotros resistíamos bien el fuego y les contestábamos del mejor modo posible, cuando de repente, un grupo de novicios llegados de Madrid empieza a flaquear, y dando gritos de espanto echan a correr cerro abajo, huyendo del enemigo. Él pánico se apodera entonces de nuestra gente y empezamos también a abandonar la lucha. Y a algunos corrían también cerro abajo, contagiados por los fugitivos, cuando de pronto oímos gritar al enemigo, que había llegado ya a lo alto:

"¡Cuidado, que viene la F. A. I.!" Y, en efecto, vemos trepar por el cerro a un puñado de camaradas anarquistas, dinamiteros, que, con sus bombas de mano y un arrojo heroico, echan abajo al enemigo, causándole multitud de bajas. En medio del estruendo y de la "ensalada" en nuestro campo, aparece nuestro comandante, que, al ver huir a algunos de los nuestros, se encarama en lo alto de una roca, frente al enemigo, y empieza a gritarnos en nuestro dialecto: "¿Qué significa esto? ¡Arriba todo el mundo, o no volváis a llamaros alicantinos! ¿No me veis a mí? ¡¡Arriba "Alicante Rojo"!! ¡A ellos sin miedo, muchachos!" Las balas cruzaban en todas direcciones, y al ver a nuestro valiente comandante, de pie, sin hacer caso de la metralla, nos hemos sentido como electrizados y hemos regresado todos a nuestros puestos de combate. Precedidos por nuestro jefe y alentados por el ejemplo de arrojo que nos daban los temerarios anarquistas, nos hemos lanzado en tromba sobre el enemigo, haciéndole retroceder a la desbandada y recuperando y conservando íntegras nuestras posiciones. El combate ha terminado. Ahora descansamos. Pero el comandante B... ha nacido esta mañana. ¿Cómo se concibe que un hombre se coloque frente a los fusiles y a las ametralladoras del enemigo, sin que le toque una bala? ¡¡Eso es un *milagro*!!



—No, compañero: no hay milagros. Los milagros los hacen los hombres de temple. Eso es un alarde de serenidad y arrojo, nada más y nada menos.

Regresamos a Baides. Tengo deseos de abrazar a B... y a los dinamiteros de la F. A. I., que deben haber bajado ya, según me ha dicho el alicantino.

En Baides, nuestros compañeros del equipo nos reciben con gran alegría. Ya sabían lo ocurrido al "tren de la Muerte" y temían por nuestra suerte. Allí están Pepe y Manolo, con nuestros dos coches, en la estación. Martín estaba bebiendo en un botijo, y al vernos corre hacia nosotros y nos abraza, pálido de emoción.

—Hemos oído desde aquí el tiroteo constante—me dice—; pero yo no me he movido de la estación. ¡Ya ve moy acostumbrando al peligro!

Esta "quijotada" nos hace soltar el trapo a los expedicionarios.

De regreso a la comandancia veo a B..., jadeante, sudoroso su voz se ha enronquecido a causa de las arengas allá arriba. Sus ojos brillan de júbilo tras los cristales de sus gafas. Tiene veinticinco años

nada más, pero ahora parece tener cuarenta años. Le hago la observación:

—¡Has envejecido B...! Pero el arrojo y la valentía que has mostrado no tienen edad. ¡Venga un abrazo!

Nos abrazamos. B... está emocionado.

Lo mío no tiene importancia—replica, modesto, sincero—, y menos aun si lo comparas con la actitud de los muchachos de vuestra gloriosa Confederación.

El juicio del camarada comandante, socialista, me enorgullece. El valiente B... añade, en presencia de los suyos:

—Me guardaré muy bien de despreciar a los míos, valientes como el primero. Sin embargo, voy a pedir fuerzas confederales para los grandes choques: los anarquistas, chico, se batan como fieras, despreciando el peligro. No quieren jefes, es cierto pero están dotados de un espíritu acometedor y de una autodisciplina tal, que es un placer luchar a su lado. ¡Esta mañana han hecho una cosa heroica! Han tenido bastantes bajas, pero no han retrocedido ni un palmo. ¡Cómo manejan la dinamita! ¡Una delicia! Yo les había invitado a cenar esta noche con nosotros, pero no han querido. Se han ido a descansar, porque se han propuesto ir esta noche a intentar salvar a los camaradas nuestros del coche blindado que se ha quedado allá...

Después de cenar, B... toma su café en nuestra compañía, pero pronto se retira a descansar. Ha decidido ir con los anarquistas a la operación de salvamento de los "encajonados", como él dice.

A las cuatro de la mañana, un murmullo de voces rompe mi sueño. Oigo ruido de pasos. Me visto precipitadamente y voy en busca de noticias.

¡Son los del coche blindado que regresan! ¡Hurra! Están al completo. ¡Ni un solo herido! La obscuridad de la noche les ha librado de las balas de los facciosos, que, ¡cosa rara!, carecían de focos, pues han tirado sin luz... Pero los dos cañones, que pesan "lo suyo", se han quedado en el coche.

Esta noche, si no nos los han quitado ellos, iremos a traérnoslos—dice un miliciano viejo.

La verdad es, que sería de muy mal agüero que los fascistas se apoderasen de nuestros dos cañones, pues eso significaría que han podido bajar hasta la vía con facilidad, lo que equivaldría a una ruptura de frente por aquel lado y la amenaza sobre Baides....

A las ocho de la mañana salen en un coche, para Madrid, los compañeros Cotiello y Morchón, el fotógrafo, en busca de material y a llevar al laboratorio de nuestro Sindicato el material rodado e impresionado. Van conducidos por Manolo. Pepe prefiere quedarse en Baides. Está interesado en el asunto de los cañones...

Martín me manifiesta su deseo de regresar pronto a Madrid, pues el "clima" de Baides le ataca los nervios, dice él. En realidad, lo que le ataca los nervios es el pensar que el enemigo pueda "colarse" en Baides.

Con el poco material que nos queda, trabajamos un poco este lunes, tomando detalles de las cercanías de Baides.

A las diez de la noche parten los temerarios al rescate de los cañones. Nosotros nos acostamos. Y dormimos profundamente hasta el día siguiente. Antes de subir al Sindicato a tomar el desayuno, nos enteramos de que los cañones han sido ya rescatados, sin incidente desagradable. Y están montándolos en otro coche blindado.

Pronto se deja sentir la rabia del enemigo. Después de haber tomado nuestro desayuno, bajamos a la puerta del Sindicato, Berengola, Martín, Pepe y yo. Hace un sol espléndido, y ya empezamos a emitir opiniones sobre el empleo de este día de asueto forzoso, por falta de material, cuando una detonación lejana, seguida de un silbido amenazador, nos corta la palabra. Acabo de ver una cosa reluciente que ha cruzado el espacio por encima de nuestras cabezas. La explosión en el cerrillo de enfrente no se hace esperar: es un obús de cañón. B... se asoma al balcón de la Intendencia y nos grita:

—¡Apartaos de ahí, que van a seguir tirando! Esto es la venganza por lo de nuestros dos cañones.

Un segundo obús corta la palabra al comandante. Pero este obús ha ido más lejos, delante de nosotros. Vuelvo la cabeza: Martín y Pepe han desaparecido. Un tercer obús estalla detrás de nosotros, a bastante distancia. ¡Puntería corta, esta vez! Decididamente, el

artillero no es ningún lince. Convencidos tal vez de que pierden el tiempo y... los obuses, no vuelven ya a disparar. Entonces, Beringola trepa al cerrillo vecino y regresa un momento después acompañado de Martín y Pepe, que, no oyendo ya más disparos, habían ido, como Beringola, en busca del primer obús. Y vienen cargados con el proyectil roto, que pesa como un diablo. La parte baja tiene la forma de una maceta rota, y B..., a quien se lo entregamos, lo coloca en su despacho como cesto de papeles. ¡Esto se llama aprovechar las cosas!

El día lo empleamos en unas excursiones. Volvemos a ver a los incansables campesinos arando las tierras, fusil al hombro. Uno de ellos nos obsequia con unos cuantos tomates, magníficos.

El tercer obús de la mañana ha ido a caer muy cerca de los campesinos, que, por todo comentario, se burlan de la mala puntería de los fascistas.

En efecto descubrimos en la margen derecha del río un trozo enorme de metralla, incrustado en el fango. Lo entregamos, como recuerdo, a los campesinos. Tal vez lo utilicen para algo práctico. El hierro es siempre útil.

Hemos descansado dos días. Nuestros compañeros regresan de Madrid el miércoles, trayéndonos el material esperado. Las noticias de la capital son buenas. Moral, excelente. Entusiasmo, creciente. Víveres, pocos...

A mediodía nos encontramos con un excelente compañero: Mauro Bajatierra, que está recorriendo aquel frente como corresponsal de guerra.

Nos invita a comer en Mandayona; pero, esclavos de nuestro trabajo, declinamos la oferta. ¡Es inconcebible el dinamismo de este hombre grueso! Los años no le pesan: corre y se multiplica en todas direcciones. Lo mismo escribe un reportaje que toma parte activa en un combate o condimenta un guiso. La vida de trinchera y de parapeto le ha hecho engordar, dice. Y lleva una indumentaria que más bien parece un cazador furtivo de los Vosgos que un corresponsal de guerra. Sus bigotes, ya canosos, le dan un aire de autoridad que el timbre de su voz y la sonrisa aniñada desmienten. ¡Ah, los bigotes de Mauro! Los recordaré siempre, con agrado. ¡Los

bigotes forman una parte principalísima de la personalidad del corresponsal de guerra confederado Mauro Bajatierra! ¡No te afeites, Mauro no te quites nunca tus bigotes te lo ruega un compañero que te estima! Hablamos de la tragedia de los compañeros de la catedral de Sigüenza. Mauro conoce la situación, y está haciendo diligencias para intentar un golpe de audacia...

Al día siguiente nos encontramos de nuevo con él, en lo alto de la carretera que conduce a Sigüenza, en el punto denominado la casilla. Hay allí gran movimiento de fuerzas nuestras, con una docena de cañones magistralmente disimulados con ramaje. En la parte baja de la cuesta de la carretera, a unos doscientos metros de la casilla, vemos, por el telémetro, un grupo de hombres que arrastran un cañón para disimularlo en el prado de la izquierda. Son los facciosos. El jefe supremo de las fuerzas leales de este sector lo ve igualmente. ¡Y nuestros cañones siguen inactivos! ¿Por qué? Nadie de nosotros lo comprende. No somos estrategas. Nuestro antimilitarismo innato nos vedó semejantes conocimientos. Pero poseemos una cosa que se denomina *sentido común*, este sentido común nos dice que, con los pocos elementos de que disponemos y con el arrojo de nuestras heroicas milicias, se debiera hostilizar al enemigo, impidiéndole la colocación de sus cañones con los que esta misma tarde nos va a ametrallar. Pero el jefe militar se limita a prohibirnos impresionar película, aconsejándonos que no formemos grupo allí, pues el enemigo nos está viendo y es capaz de abrir el fuego, tomando como objetivo la casilla. En efecto: poco después, un primer obús silba su canción estridente por encima de aquellos montes, dirigido hacia la derecha de nuestro emplazamiento. Un cañón nuestro, del monte vecino, les contesta. Nosotros, perplejos ante la pasividad de nuestras fuerzas, nos alejamos, en busca del almuerzo. Conste que no es mi intención hacer cargos al jefe militar —si vive— que nos prohibió cumplir nuestra misión, para la que llevábamos la autorización del Ministerio de la Guerra de Madrid, pues que de todos modos rodamos algunos interesantes metros. Pero sí quiero hacer pública aquí nuestra extrañeza por la pasividad de nuestra artillería en aquella ocasión. Tal vez el jefe militar tuviera sus razones para obrar como lo hizo pero lo cierto es, que en la

misma tarde fué cañoneado el alto de la carretera en que nos habíamos visto por la mañana. Y sigo creyendo que aquello hubiera podido ser evitado.

Por la noche, la acción facciosa se encaraba hacia Mandayona, nudo de varias carreteras y punto central de reunión de nuestras fuerzas. Lo que no vimos por aquellos parajes fué aviación enemiga. Sin duda los grandes asesinos europeos: Mussolini e Hitler, no les habían mandado aún los trimotores por centenares, como lo hicieron posteriormente. En realidad, la aviación facciosa no había hecho acto de presencia más que un solo día, en la primera decena de octubre, sobre la estación de Baides, como ya he dicho al principio de este capítulo.

Nuestro excelente compañero Mauro nos tira una placa a todo mi equipo, para ilustrar uno de sus reportajes, y nuestro fotógrafo le tira una a él y a sus acompañantes, como recuerdo de aquel agradable encuentro.

El cañoneo de la tarde se prolonga hasta bien entrada la noche, y mi ayudante, el "prudente" Martín, asegura muy formal que en el frente de la Alcarria no nos queda ya nada que hacer.

—Nos queda lo principal, querido Martín—le arguyo: la visita a los parapetos del cerro de la Muela. Y eso va a ser mañana. Pero en esta expedición no puedo prescindir de ti. Tenemos mucho que rodar.

Martín sonrío y asiente. Y hasta me obsequia con un chiste malo, que todo el equipo empieza a agredirle con objetos poco contundentes: trapos, patatas podridas, etc. Yo no me atrevo a estamparlo aquí, pues comprendo que la sensibilidad del más pacienzudo lector tiene sus límites. Y como soy yo el responsable de los "actos" de mi ayudante, quiero conservar mi cutis, que las balas y la metralla me han respetado hasta la fecha. (Esto de los chistes malos tiene un lugar muy principal en nuestra excursión: a menudo hay "torneos" de chistes malos, y por más que nos esforzamos, siempre es Martín quien se lleva la palma, a veces la palma callosa de algún compañero miliciano, descargada sobre el "osado"). Y así empleábamos nuestros ratos de ocio.

La noche ha sido bastante corta, debido a que nos acostamos muy tarde. Después de tomar el café en la comandancia, las jóvenes

milicianas de servicio allí nos han obsequiado con cante andaluz y recitaciones. Hay entre ellas una preciosa chiquilla, murciana, de 16 años, que no sabiendo cómo obtener permiso de sus padres para enrolarse en el batallón "Alicante Rojo", tuvo una idea original. Su novio, un combatiente de veinte años de edad, estaba enrolado en el batallón, y la víspera de la salida para el frente contrajo matrimonio con él.

—No me quiso favorecer la suerte—cuenta ella, con un gracioso acento—, pues apenas casados, mi novio es decir, mi marido ya, tuvo que salir en la primera escuadra. Yo llené los requisitos de mi enrolamiento, y aquella noche de "bodas" dormí solita, en un jergón de paja, en el cuartel. Al día siguiente me encontré aquí con mi marido, y ya estábamos haciendo nuestros planes para celebrar nuestra noche... nursial o como se llame "eso", cuando mi marido recibió orden de salir con un destacamento a ocupar unos parapetos en el punto más alejado de nuestro sector. Solicité ir con ellos, pero fui rechazada por demasiado nina. ¡Demasiado niña yo, que soy una mujer casada y... virgen!

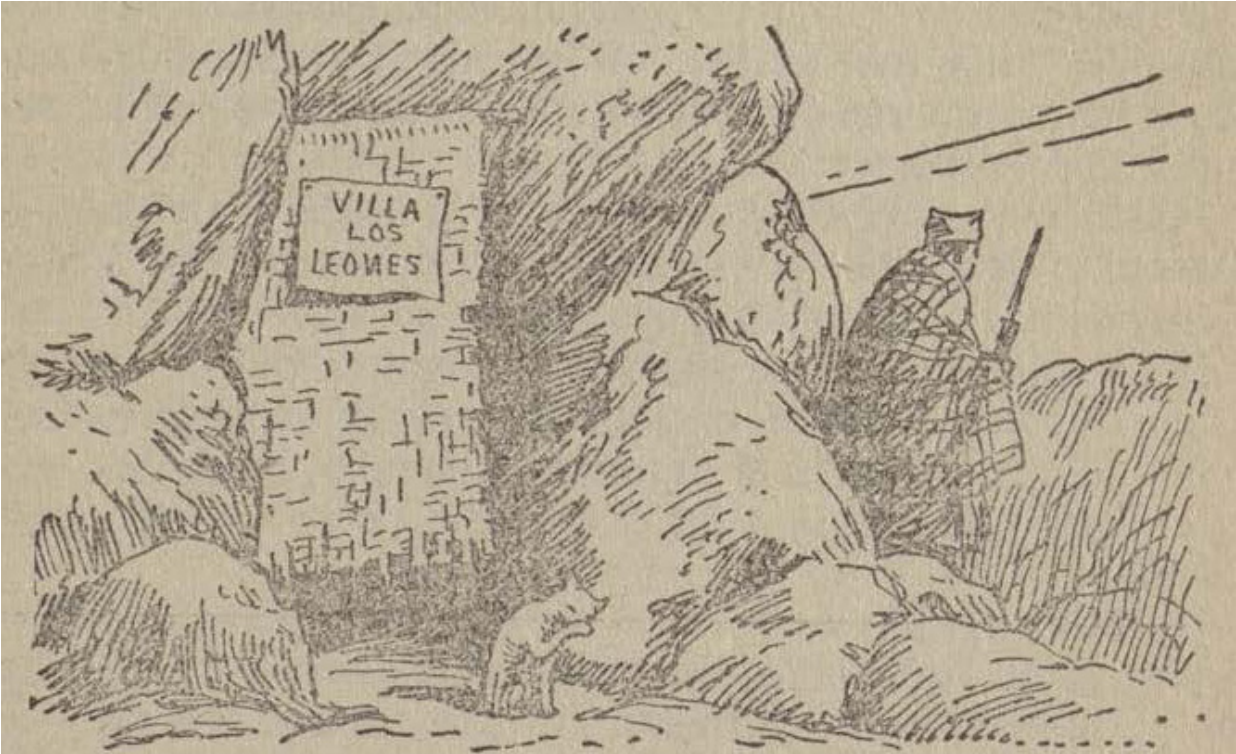
El aserto provoca nuestras carcajadas. B... nos confirma la cosa en efecto: las exigencias de la guerra no han permitido conceder al marido una noche o un día de asueto para cumplir con "sus deberes conyugales". Este renunciamiento voluntario muestra suficientemente el espíritu de sacrificio de nuestras milicias, no militarizadas aún en esta época...

Los compañeros ríen la extravagante situación de aquella "casada—virgen", y aun ella misma lo toma a risa, mostrando dos hileras de dientes blancos y menuditos encuadrados en una boquita perfecta. Pero a mí me infunde admiración y respeto. Según nos explican los compañeros jefes, esta muchacha sube de vez en cuando a los parapetos de las avanzadillas con la esperanza de adquirir noticias de su marido pero éste se halla muy alejado de allí. Y ocurrió una noche que, habiendo llegado a Baidés su marido, trayendo un encargo, no pudo ver a su mujer, por hallarse ésta en el parapeto. ¡Decididamente, la suerte la tenían "de espaldas"!

EL CERRO DE LA MUELA

Al día siguiente, a media tarde, cargados con nuestros aparatos y utensilios, salimos de Baides en nuestros coches, con dirección a los parapetos del cerro de la Muela, cuya altura sobre el nivel del mar alcanza más de mil metros (unos quinientos metros sobre Baides). Al llegar a Viana de Jadraque dejamos nuestros coches y cargamos nuestros aparatos en un mulo, montando en él el compañero Cotiello, debido a su precario estado de salud. Los demás, subiremos andando...

Viana de Jadraque es un pequeño pueblo, situado encima de Baides, mísero, pero muy pintoresco. Sus modestas casitas semejan cuevecitas de juguete, arrojadas desde lo alto por gigantesca mano e incrustadas, al caerse, en las rocas y motas de tierra negruzca que forman el monte. Sus habitantes, campesinos todos ellos, viven tranquilos, a unos cientos de metros del enemigo. Ni los tiroteos cotidianos, ni los cañonazos logran amedrentarles. Saben que tienen una misión sagrada que cumplir: el laboreo de las tierras de la España antifascista, para nutrir con sus productos a los valientes combatientes que les defienden con la vida esas mismas tierras. Y la cumplen. A nuestra expedición se unen dos guías de Viana de Jadraque: un miliciano y un campesino. ¡Hay que llevar cuidado para no "zamparse" en terreno enemigo!



Después de una buena hora de marcha y de trepar penosamente por aquellas rocas resbaladizas, llegamos a "la Muela", ante los parapetos que defienden los muchachos del "Alicante Rojo". Allí están, en sus puestos de observación, protegidos por una defensa natural, que a nosotros nos había parecido obra de la mano del hombre: tal es la perfección de aquella defensa. Imaginaos un muro de roca, con profundas muescas de trecho en trecho, que semejan dientes, lo que sirve de troneras a nuestros milicianos. Esa fortificación natural se extiende en más de un kilómetro. Al otro lado de este parapeto inexpugnable, está el enemigo. En este cerro tuvo lugar el domingo el combate encarnizado en que tan alto ejemplo de heroísmo mostró el comandante B... Interrogo a los milicianos. Todos me confirman el hecho, pero sin hacer ningún alarde. Los muchachos están bien instalados allí. Se han construído unos abrigos bajo las rocas, con un interior "confortable", y sobre las esterillas que sirven de puerta de entrada veo unos cartelitos cuya redacción ortográfica me hace sonreír, por su ingenuidad: "Villa Parahiso", "Villa Inbencivle", "Villa Eden", "Villa Los Leones". (En la puerta de esta última veo un gatito pardo, relamiéndose el hocico.)

Hablamos en voz baja, pues tal es la orden. De pronto, el chasquido de un tiro turba el silencio del atardecer. Todos corremos

hacia la izquierda... ¿Qué ha pasado?...

La explicación se presenta ante nosotros bajo forma de un mulo, con un hombre encima. Es nuestro compañero Cotiello, que, recorriendo el parapeto a caballo, ha dejado ver su cabeza y el enemigo ha disparado. ¡Pero Cotiello está indemne!

—¡Te has librado de buenas!—le dice un miliciano. Precisamente en aquel lado, entre los facciosos, hay un guardia civil, tan feo como buen tirador. Donde pone el ojo, pone la bala. ¡Es un *descuidero*! Sin duda tiene un fusil alemán de esos que llamamos "pacos", un fusil que no yerra golpe.

El tiro del guardia civil ha tenido la virtud de desencadenar un tiroteo general. Todos disparan. Morchón dispara también su cámara y capta una magnífica fotografía del parapeto. Beringola le está dando a la manivela del tomavistas. Yo estudio con rapidez los mejores emplazamientos para la cámara, mientras Martín, un poco paliducho por el aire que corre, está agazapado junto a una chabola y escribe en la pizarra, a mi dictado, las notas que hay que impresionar, numeradas, para el ulterior montaje de la película. El tiroteo dura unos cinco minutos. Una bomba de mano, lanzada por uno de los nuestros, explota estrepitosamente al otro lado. ¿Ha causado víctimas? Lo ignoro. Pero el tiroteo cesa como por encanto.

Cotiello se ha apeado del mulo. Ahora lo monto yo. Empieza el crepúsculo y hay que regresar a buen paso. Nos despedimos muy cordialmente de aquellos valientes milicianos del cerro de "la Muela" y nos ponemos en camino. En Viana de Jadraque nos reinstalamos en nuestros coches y llegamos anochecido a Baides.

Las noticias de Sigüenza son malas. Se da por perdidos a los compañeros de la catedral.

Ya en mi cama, no puedo conciliar el sueño... Una pregunta se aferra con tenacidad martirizante a mi mente: ¿Se ha hecho *todo cuanto se podía hacer para salvar a nuestros hermanos de Sigüenza*? En mi ignorancia de las cosas de operaciones militares, no encuentro la respuesta. Pero una voz interior me grita que ha habido negligencia por nuestra parte. Y si esto es cierto, caiga la sangre de los sacrificados de Sigüenza sobre las cabezas de los responsables.

Dos días más permanecemos entre los compañeros de Baidés, que nos trataron con un cariño ejemplar. Al fin decidimos trasladarnos a otros lugares, tomando rumbo hacia Mandoyana. Inusitado movimiento de fuerzas en este pueblo. Van a relevar a sus compañeros de las avanzadas. Se prepara un ataque. Nos tropezamos con dos compañeros portugueses, que luchan en nuestras filas desde que estalló la sublevación. Son dos hombretones recios, maduros, que chapurrean la lengua española con un pronunciado y melodioso acento. Nos cuentan sus andanzas y sus privaciones pero no en son de queja, no. Ellos no se quejan de nada. Han venido a luchar contra el fascismo, el enemigo común, y no a recorrer España en plan turista.

—Sabemos *muito bem*, camaradas, que si aplastamos al fascio en España lograremos *la libertad do nosso Portugal, e pur eso lutamos* como cosa propia—nos dicen los compañeros víctimas de la dictadura de Portugal.

Su edad oscila entre los cincuenta y dos y los cincuenta y cuatro años. Son aguerridos, temerarios.

Llega un camión de milicias, lleno ya de combatientes, y nuestros portugueses se encaraman en él, después de apretarnos las manos con fuerza. El más viejo, en marcha ya el camión, agita en el aire su fusil y nos grita:

—*¡O verano que viene nos veremos en Lisboa!*

Ya no he vuelto a saber de ellos.

Los compañeros del grupo "Nueva Vida", en Baidés, me han recomendado mucho que no dejáramos de visitar Brihuega. Los compañeros de nuestra Organización Confederada han instaurado allí el Comunismo Libertario, y la vida se desliza con bastante perfección. Los de la U. G. T. se han avenido muy bien con la C. N. T., y no hay antagonismos. Ante semejante informe, no puedo menos que tomar rumbo hacia

BRIHUEGA

¿Quién hubiera podido prever que, pocos meses más tarde, este pueblo encantador iba a conocer la amargura de una invasión italiana y el júbilo de la más espantosa derrota de esas mismas hordas italianas?...

La carretera va subiendo en caprichosos zigzags, y de repente, al final de una pronunciada revuelta, quedamos extasiados ante el panorama que se descubre a nuestros ojos: abajo, en una hondonada, aparece una población magnífica, de aspecto antiguo, pero muy bien conservada. Los tejados de las casas están inundados de sol. ¡Es Brihuega! Tomamos una carretera enroscada, que desciende al pueblo, y en pocos minutos nos hallamos ante la puerta del Sindicato. La bandera rojinegra ondea ante la pequeña y coqueta fachada, por encima de un florido jardincillo. Nos apeamos. Los compañeros nos han visto desde la ventana y vienen presurosos a nuestro encuentro. Les muestro las credenciales y les explico el motivo de nuestra visita. ¡Encantados! El compañero secretario, Santiago Cepero, con exquisita amabilidad, nos enseña todas las dependencias del local. Limpieza absoluta y orden por todas partes. Luego nos ofrece asiento en Secretaría. Hay en ella gran movimiento. Precisamente están organizando una brigada de campesinos para ir a trabajar en una de las fincas incautadas al día siguiente.

Llegan allí campesinos y campesinas de todas las edades. Presentan su cartilla de productor, y con una sonrisa de satisfacción solicitan un vale para este u otro producto. Los compañeros directivos del Sindicato, cada cual en su puesto, se multiplican por atender con la mayor amabilidad a sus hermanos, los trabajadores colectivizados o "comunizados", como dice un viejo herrador, que solicita un vale para clavos.

La voz de un chicuelo alto, vestido con harapos, descuella entre las demás:

—Yo no he venido antes, porque mi padre, que fué siempre esclavo (él dice "amigo") del bandido ese, ex presidente del círculo radical, fascista *rematao*, no me dejaba venir, hablándome pestes de los anarquistas, de la C. N. T. y de los revolucionarios en general. ¡Y ese tío está echando a perder, con su propaganda a gritos, toda la buena labor de captación de vuestro Sindicato!

—Pero tú—le pregunta Cepero, el secretario—, ¿qué decides? Estás en la edad de trabajar y puedes optar por lo que más te convenga.

—Yo, si me admitís, quiero entrar en vuestra comuna.

—¡El muchacho quiere "comunizarse"—apoya el viejo herrador—, y yo creo que no podemos impedirselo!

—Eso mismo. Comu... ¡Eso quiero yo! Mi padre dice que "su amigo" el diputao nos dará trabajo y todo cuanto necesitemos. Mientras tanto, en mi casa no hemos comido hoy, y esta noche no hay cena. Yo le he dicho a mi padre que antes que pasar hambre cogeré el fusil y me iré al frente, a matar fascistas, empezando ya aquí, por su "amigo" el diputado.

Todos reímos la buena ocurrencia del muchacho, que no cuenta más allá de dieciséis años. El viejo herrero le da un puñetazo cariñoso en el hombro, y el muchacho, sin duda para probar su fuerza, se vuelve y le coge por las muñecas, sujetándole.

—¡Gachó, qué fuerzas se gasta el chaval!—exclama, admirado, el viejo herrero—. ¡Buenos brazos para la comuna, Santiago! Conque, ¡a "comunizarle"!

El buen herrero le ha tomado gusto a la frasecita.

Sin más discusión, se le "comuniza"; es decir, se le extiende una cartilla con su nombre, apellidos, edad y profesión, se la sella, y cuando se le requiere para firmar, el zagal contesta que no sabe. ¡Pobre España! ¡He aquí una víctima más de la incultura en que la han hecho vivir durante siglos los que hoy nos asesinan por la espalda, bajo el nombre de fascistas!

—Desde mañana—le dice Santiago—vendrás todas las noches a nuestra escuela de adultos. Allí aprenderás muy pronto a leer y a escribir.

—¡Claro que sí que iré! ¡Menudas ganas tenía yo siempre de aprender las letras! ¡Pero mi padre, que tampoco sabe, me decía que eso de las letras era bueno para los señoritos! ¡Maldita sea! ¡Como si el obrero no fuera un ser humano!

Y un relámpago de indignación brilla en sus ojos. Luego coge la cartilla delicadamente, la vuelve en todas direcciones, sonrío, emocionado, feliz; coge su pañuelo de hierbas, limpio, pio, y cuidadosamente la envuelve y la guarda amorosamente en su pecho.

¡Ya es un hombre más entre los hombres del trabajo que forman la Comuna Libertaria de Brihuega!

—Luego ahora...—dice—ya soy un anarquista, ¿no es eso?

Todos reímos la ingenuidad del muchacho.

—Esta noche cenarás con nosotros—le dice el compañero Santiago.

—¿Sin haber empezado a trabajar?—pregunta el neófito, extrañado.

—Y te llevarás también algunos víveres para tu padre. ¿Tienes hermanos?

—Sí. Una hermanita de quince años y dos hermanitos pequeños, que los pobres ya han aprendido a pasar hambre. ¡Pero yo os prometo que mi padre y mi hermana van a solicitar muy pronto la cartilla, ya lo veréis! ¡El hambre es muy negra, compañeros! Y el tal diputao ya no da más que promesas. ¡Ahora está en Madrid! ¡Mal rayo le parta!

Cuatro muchachas vienen a solicitar algunas cosas para el taller colectivo de costura. Se les hace el vale y se alejan, riendo y retozando.

Una anciana pide un vale para aceite, después de enseñar una artilla de productor. Se le entrega.

A fuer de imparcial, he de confesar que no he visto ninguna cara triste, ni oído un reproche, ni una queja entre estos hombres y mujeres del pueblo que viven, desde el mes de julio, en comunismo libertario. Aquí se ve palpablemente la tragedia a que se vive sujeto en el régimen capitalista: abolida la causa de la miseria es decir, abolido el dinero, la tragedia se convierte en idilio feliz.

He ido a la peluquería colectivizada, en donde se me ha servido muy bien. Sonrisa en los rostros de los diligentes barberos, todos jóvenes. Terminado el servicio, y sin darme cuenta del lugar, he entregado una peseta al compañero barbero, que me la rechaza, diciendo:

—¡Aquí no circula esa porquería, compañero! Los cuartos no los da más que el gran reloj de la plaza. El trabajo se paga aquí con el trabajo. Y como todo aquel que viene a que se le preste servicio, sabemos que es un productor, pues..., ¡ya estamos pagados! Tenemos en Brihuega todo lo necesario para la vida. Lo único que

nos falta es un cine. Y el Comité se ocupa ya de adquirirlo. ¡A ver si vuestras películas podemos proyectarlas pronto en Brihuega!

Prometo interesarme en el montaje de un cine, a cuyo efecto paso el encargo a mi Sindicato de Madrid.

Después de una succulenta cena, servida por simpáticas y diligentes compañeras, establecemos el orden de nuestro trabajo para el siguiente día.

Y los compañeros nos conducen a una espaciosa casa particular, incautada por el Sindicato, en donde hay numerosas y mullidas camas. La tos de Cotiella se ha recrudecido, y para dejar dormir a los demás elige el cuarto más alejado. La noche se desliza en medio de un silencio absoluto. ¡Están los frentes tan lejanos de aquí! Esta circunstancia ha hecho recobrar el apetito al buen Martín, que ya sueña en copiosos ágapes, deglutinados sin el menor asomo de morterazos, cañoneos, ni otras "zarandajas" por el estilo.

—La vida es bella aquí—proclama con fruición. ¿Por qué ese empeño en ir en busca de la maldita metralla?...

Decididamente, mi ayudante es un pacifista "empedernido".

Al día siguiente nos dedicamos al trabajo, con una luz espléndida y un entusiasmo sincero de los camaradas de Brihuega. Tomamos interesantes detalles del taller de costura colectivizado, del movimiento incesante en el Sindicato, vistas pintorescas de la población y alrededores, etc.

Por la tarde nos conducen los compañeros a una granja enorme, colectivizada, en pleno trabajo. Una docena de yuntas, arando, y unos cuantos compañeros campesinos, sembrando, dan la nota de una actividad inusitada. Por la considerable distancia que separa esta finca de la población, un autobús del Sindicato lleva y trae a diario a los compañeros a su trabajo. Impresionamos todo aquello, bajo los más diversos aspectos.

A nuestro regreso, otra finca, más cercana a Brihuega, también incautada por el Sindicato, merece los "honorés" de nuestras cámaras.

El día siguiente lo empleamos igualmente en captar sobre el celuloide diversos aspectos más de las actividades de esta laboriosa y feliz población alcarreña, que ha sabido poner en práctica las

doctrinas libertarias en el sentido económico y práctico de la vida. Por la tarde, en los magníficos jardines de lo que fué palacio de Carlos III, hoy incautado por nuestra Organización, reunimos a los niños de las escuelas racionalistas: ¡más de trescientas criaturas de ambos sexos, con sus maestras! Un delicioso enjambre de niños felices, futuros continuadores de la nueva vida social que ahora, a costa de tanta sangre española, estamos estructurando... El cuadro que se ofrece a nuestras cámaras es encantador...

Un tanto fatigados con el ajetreo del día, cenamos con buen apetito y nos retiramos a descansar. Hemos decidido que el siguiente día será de reposo y visiteo.

*** **

Cuatro días hemos pasado en Brihuega. Cuatro días que guardaremos eternamente en nuestra memoria...

Por la tarde, en el momento de partir, y cuando ya estamos instalados en los coches, los compañeros del Sindicato nos obsequian con unos tarros de succulenta miel—¡miel pura de la Alcarria!—, que nosotros llevamos a Madrid, para que nuestras familias tengan algo con qué hacer frente a la carestía de víveres, que ya empieza a sentirse.

Tomamos rumbo a Madrid, y al abandonar aquellos lugares llevamos en nuestros corazones un grato y emocionante recuerdo de nuestra visita a la Alcarria...

UN EPILOGO A BRIHUEGA

Nosotros abandonamos Brihuega en octubre del 1936. Ahora bien: en los primeros días de marzo del 1937, encontrándome yo en Francia, en una *tournée* de actos de propaganda por el país vecino, a cuyo efecto me había delegado el Comité Nacional de nuestra querida Confederación Nacional del Trabajo de España, leí en la Prensa francesa, el considerable avance de las hordas fascistas de

Mussolini el estado ¡mayor faccioso había establecido su cuartel general en Brihuega. Semejantes noticias encogieron mi ánimo. ¿Qué habrá sido de los compañeros del Sindicato?, me preguntaba yo, angustiado.

Apenas regresado a España, lo primero que hice fué escribir al compañero secretario Santiago Cepero, a Brihuega, pues que ya había sido reconquistada por las fuerzas de nuestra Confederación, al mando del valiente comandante Cipriano Mera.

A continuación transcribo el relato que, de la odisea de Brihuega, me ha hecho por carta nuestro compañero Santiago Cepero:

"Brihuega, 25 mayo 1937.

Estimado compañero Armand Guerra: Recibo tu carta, en la cual me pides con sumo interés te informe sobre la suerte que ha corrido Brihuega.

He de decirte que son tantas las cosas que podría contarte, que quizá tuviese que llenar infinidad de cuartillas para poder detallarte todo lo que pasamos durante los nueve días inolvidables que nuestro pueblo estuvo bajo la bota del imperialismo fascista.

Empezaré por decirte que dos días antes de la toma, teniendo una visión clara de los acontecimientos que se avecinaban, procedimos a la evacuación de todos los niños y compañeras encuadradas en las dos organizaciones hermanas C. N. T. y U. G. T), con el fin de ponerles a salvo de la metralla fascista.

Cuando más ocupados estábamos en tan humanitaria labor, hicieron su aparición las águilas negras de Mussolini, arrojando sobre nuestro pueblo más de treinta bombas, que sembraron la desolación y la muerte, reduciendo a escombros el magnífico lavadero, orgullo del pueblo de Brihuega, quedando entre ellos los cadáveres de nueve inocentes mujeres, tres de ellas embarazadas, y cuatro niños, que, horrorizados por los estampidos de las bombas mortíferas, fueron a morir bajo el regazo de sus madres.

El resto de la población huyó despavorida en todas direcciones a las afueras, al campo. ¡Aquí empezó nuestra odisea! Los aparatos de la muerte repitieron su hazaña, fallándoles esta vez el objetivo. Esto que te cuento ocurría el día 8 de marzo, por la tarde. La artillería italiana atronaba el espacio con sus zumbidos. El peligro era cada vez más inminente. A cada momento llegaban a nuestro Sindicato

compañeros de los pueblos limítrofes, que, más cercanos a la línea de fuego, nos daban noticias de la marcha de las operaciones.



Nuestra labor era en exceso abrumadora. Todos acudían a nosotros, tomándonos por una especie de tabla salvadora. Y gracias a nuestra serenidad y con la ayuda de los compañeros confederados y los de la central hermana, pudimos poner a salvo todos los intereses de nuestra organización.

Son las nueve de la noche del día 8 de marzo. Silban las balas cada vez más cerca. A nosotros nos causaba pena abandonar el pueblo. Cambiamos impresiones con nuestros compañeros del Comité, y acordamos pasar la noche en el Sindicato y aguardar a que amaneciera, con el fin de recoger algunas cosas que aun quedaban allí.

¡Todo fué en vano! Al aparecer en el horizonte los primeros rayos del sol, decidimos salir a la calle pero vimos, con gran sorpresa, que a la puerta principal del edificio del Sindicato había, apostados, cuatro tanques—oruga, colocados allí, sin duda alguna, para *barrernos* a la salida...

Tú ya sabes la posición topográfica de nuestro Sindicato: primeramente un jardín, con su alta verja de hierro, y en el fondo, en la parte superior, las oficinas. La verja y los arbustos y rosales del

jardín—¿recuerdas?—impedían ver el interior de la casa. Este momento de vacilación de los facciosos fué aprovechado por nosotros para salir del edificio por la puerta trasera. Al darse ellos cuenta de esta maniobra trataron de cerrarnos el paso cercando el edificio pero nosotros, conocedores del terreno, les ganamos la partida y logramos salir al campo.

Todo esto que te cuento se desarrolló en contados minutos. Ya fuera del pueblo, mis compañeros del Comité, en unión de unos cuantos compañeros más, cambiamos impresiones sobre el futuro, caso de que saliéramos bien de tan difícil empresa.

Emprendimos la marcha hacia el campo leal pero a los pocos metros de camino nos sorprende una lluvia de balas que venían silbando en todas direcciones. ¡Los facciosos habían tomado las alturas delos cerros que circundan Brihuega. Pero la madre Naturaleza, siempre sabia, se puso a facilitar parte, brindándonos una espesa niebla que nos facilitó la huida.

El día 9 de marzo, al amanecer, fué tomado el pueblo entero por los facciosos. Nosotros nos marchamos a cuatro kilómetros del pueblo, a una finca que tú ya conoces—en donde filmaste, en octubre—con el fin de poner a salvo los intereses que en ella teníamos.

Allí pasamos los nueve días en que el pueblo de Brihuega estuvo en poder de los fascistas. Este tiempo lo aprovechamos para ponernos en contacto con los mandos que aquí operaban. Les facilitamos algunos informes sobre el terreno, puesto que lo conocíamos a la perfección, y con arreglo a nuestras fuerzas cooperamos a la reconquista de Brihuega.

Llegó, por fin, la tan ansiada orden de ataque, que era dirigido por nuestro valiente compañero confederal Cipriano Mera, que tan alta ha colocado nuestra querida bandera rojinegra en las estepas castellanas. Esto fué el 18 de marzo.

A las dos de la tarde empezó el ataque. Nuestra aviación apareció en el horizonte, en señal de desafío. Un centenar de aparatos tomaban parte en la brillante operación. El cielo ofrecía un aspecto impresionante. Hizo su aparición la aviación facciosa pero se retiró precipitadamente ante las acometidas de la nuestra. Nuestra fuerzas iniciaron su avance impetuoso hacia el objetivo señalado. El combate

era extremadamente duro pero la moral de nuestras fuerzas era cada vez más elevada. Así continuó toda la tarde, viendo el enemigo que toda su resistencia era inútil. Pronto se dieron cuenta los facciosos de su catastrófica derrota la desmoralización de los soldados italianos se acrecentaba por momentos. Corrían, abandonando por montones los pertrechos de guerra. De repente, una lluvia torrencial aminoró la dureza del combate, circunstancia que fué aprovechada por el enemigo para huir en masa, vergonzosamente.

Nuestras fuerzas tomaron por asalto el pueblo. Cada casa era una verdadera fortificación pero se las fué desalojando una por una, abandonando en ellas los fascistas copiosos arsenales de material bélico.

El pueblo quedó en pocos momentos en poder de las fuerzas leales y limpio de la escoria fascista. Esto ocurría a las ocho de la noche del día 18 de marzo. Los compañeros del Comité de Brihuega llegamos al pueblo a las diez de la noche. Toda la noche la pasamos recogiendo armamento abandonado. A la mañana siguiente visitamos nuestras casas: éstas habían sido saqueadas. Los muebles, los encontramos por las calles, rotos, pisoteados nuestras casas habían sido utilizadas para hospitales y cuarteles de los italianos. En algunas de ellas encontramos heridos y muertos, prueba evidente que ya no les cabían en sus puestos de socorro. Después, hicimos un recuento de los compañeros que no habían podido salir, y comprobamos que habían fusilado a seis de la C. N. T. Uno de ellos era el padre del secretario del Sindicato Unico.

El material recogido a los fascistas sobrepasa en mucho los cálculos de la nota que dieron los periódicos. Hoy, dos meses y medio después de su derrota, todavía estamos recogiendo material de todas clases. Cadáveres, llevamos enterrados más de quinientos, sin contar con los de los primeros días, en que hubo aquí dos batallones del Gobierno enterrando muertos sin parar.

Al día siguiente de ser tomado el pueblo por nuestras fuerzas, y cuando más tranquilos estábamos trabajando en la reorganización del Sindicato y de los asuntos del pueblo, se presentaron treinta y dos aparatos facciosos, que lanzaron unas doscientas bombas, muchas de ellas de doscientos kilos de peso, que ocasionaron la

muerte de quince personas, en su mayoría mujeres y niños, reduciendo a escombros las mejores casas del pueblo.

Esta es la obra que han realizado en Brihuega los que se llaman defensores de España. Pero lo que no han podido destruir, muy a pesar suyo, es la organización ni el Comité Central. Por el contrario, curtidos en la lucha y al calor de los acontecimientos, han resurgido, más potentes que nunca.

Muchos de los campesinos que antes nos miraban con indiferencia, hoy están incondicionalmente con nosotros, dispuestos a que no vuelvan otra vez los fascistas a pisar el pueblo de Brihuega.

La colectividad aumenta su potencia cada día, gracias al esfuerzo personal de todos los compañeros. Sin la ayuda oficial de nadie, hemos conseguido ampliar la producción en un cincuenta por ciento sobre los años anteriores.

Puedes asegurar, sin temor a equivocarte, ante el mundo entero, que donde exista una alianza como la que existe en Brihuega, por muchos manejos que pongan en práctica los enemigos de los trabajadores no conseguirán desarticular la voluntad inquebrantable de los campesinos que, basándose en las doctrinas de los grandes teóricos, saben que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.

Bueno, compañero Armand: como tengo muchas cosas a qué atender, por ahora hago punto final. Te agradeceré me vuelvas a escribir.

En espera de tus gratas, y con saludos fraternales de todos los compañeros, queda tuyo y de la causa,

Santiago Cepero"

He creído interesante dar publicidad a esta carta—relato del compañero Cepero, porque su contenido, más que todos los relatos más o menos oficiales y los "reportajes" fantasistas de ciertos redactores de Prensa, nos da, en su grandiosa simplicidad una idea exacta de lo que fué la tremenda derrota de los bandidos del fascio en su célebre "avance interrumpido por el *mal tiempo*"—como decían los partes facciosos—en el sector de Guadalajara.

Cuando escribo estas líneas, la Prensa nos trae comentarios del órgano italiano de Mussolini, "Il Popolo d'Italia", en donde éste

amenaza a la España leal, prometiendo que sus muertos de Guadalajara serán vengados.

¡Claro, hombre! ¿A quién se le ocurre hacer frente a la mortífera invasión de las hordas "mussolinescas"? ¡Nosotros debíamos de haber sido buenos chicos, y dejarnos invadir y asesinar sin una protesta, sin reaccionar, para no provocar las iras del albañil socialista renegado, que se ha empeñado en precipitar a Italia en un abismo insondable.

REGRESAMOS A MADRID

Nuestros coches nos llevan de nuevo a Madrid, en donde entregaremos todo el material impresionado y cargaremos con material virgen, para proseguir nuestra misión de guerra.

Las noticias que se nos dan en la capital de la República son inquietantes. El enemigo ha avanzado mucho en estos últimos días. Sus fuerzas principales las constituyen moros, alemanes e italianos. Permanecemos pocos días en Madrid, hasta nuestra salida hacia Cuenca. Tengo el propósito de subir a Reteta y Torres, en la Sierra de Albarracín, para tomar algunos movimientos de nuestras fuerzas en este lado del frente de Teruel.

CUENCA

¡La ciudad encantada! Sin duda debe seguir en el *encantamiento*, por cuanto a nuestra llegada, y a pesar de las observaciones que hacemos en todas partes, no se nota allí ningún cambio. Pero, ¿es

que no se han enterado aquí de que estamos en guerra, una guerra revolucionaria? Los burgueses siguen haciendo su vida normal de parásitos. En fondas y hoteles, repletos de gente, los especuladores hacen su "agosto". Indagamos....

Y la explicación nos la dan los hechos. Las columnas confederales Del Rosal y "Tierra y Libertad", que hasta hace un par de días habían permanecido aquí, han salido para los frentes de Aragón, y los "tiburones" de la retaguardia, que hasta ahora no se habían atrevido a encarecer la vida, han empezado a elevar los precios de una manera escandalosa, libres del miedo y de todo control.

Las organizaciones —¡triste es confesarlo!—no han actuado como se debiera y se han limitado, al parecer, a contemplar los "acontecimientos". ¡La "ciudad encantada" ha producido una especie de "alelamiento" entre los compañeros! Llevamos, en la noche fría, más de dos horas de peregrinación en busca de alojamiento. ¡Todo inútil! El único establecimiento en donde había camas nos ha decepcionado. El gerente, sin fijarse en nuestra indumentaria de campaña, nos ha tomado por familiares de Juan March: nos pide diez pesetas por cabeza. ¡La cabeza es lo que habría que cortarle a este vampiro de retaguardia! Si las organizaciones de Cuenca se hubiesen incautado de hoteles y fondas, se habrían evitado estos abusos.

Los compañeros del Sindicato nos ofrecen, como último recurso—y privándose ellos mismos—, cuatro colchones para dormir en el suelo. Yo declino la oferta, y reunidos en "pleno" los siete compañeros que formamos mi equipo (somos los mismos de la Alcarria), decidimos pasar la noche en los coches...

¡Aciaga noche la pasada en Cuenca! Después de haber vivido por espacio de muchos años en los países más fríos de Europa, confieso con toda sinceridad que en mi vida había pasado tanto frío como esta noche, en Cuenca, acurrucado en el interior del coche. Todavía hoy, al recordarlo, me dan escalofríos. Con los primeros rayos del sol salimos de nuestros coches, con el cuerpo anquilosado. Los compañeros se marchan a recorrer los alrededores de la pintoresca ciudad, pero Cotiello y yo nos quedamos, para decidir nuestra marcha.

Sigue el frío. En esta "ciudad encantada", ni el mismo sol calienta. Cotiello opina que debiéramos incautarnos del sol y obligarle a cumplir con su misión, que es la de dar calor. Yo me limito a lanzar maldiciones en voz alta.

Para colmo de desdichas, una mala noticia: en el frente adonde queríamos ir, no ocurre nada. Los facciosos no dan señales de vida, y los nuestros siguen esperando del Mando la orden de ataque. ¡No se dispara ni un tiro! ¿Qué vamos a hacer allí? Breve consulta con nuestros compañeros, que han regresado de su paseo, "encantados". La desilusión es unánime. Sólo Martín disiente:

—Opino que debemos ir a ese frente—dice—. ¡A mí no me asustan las balas! ¡Pa que veáis que no tengo miedo!

A pesar de nuestro humor perro, soltamos la carcajada, pues mi buen Martín ha oído muy bien que "allá arriba" no se dispara ni un tiro.

De pronto, una idea cruza mi cerebro. La detengo y la expongo.

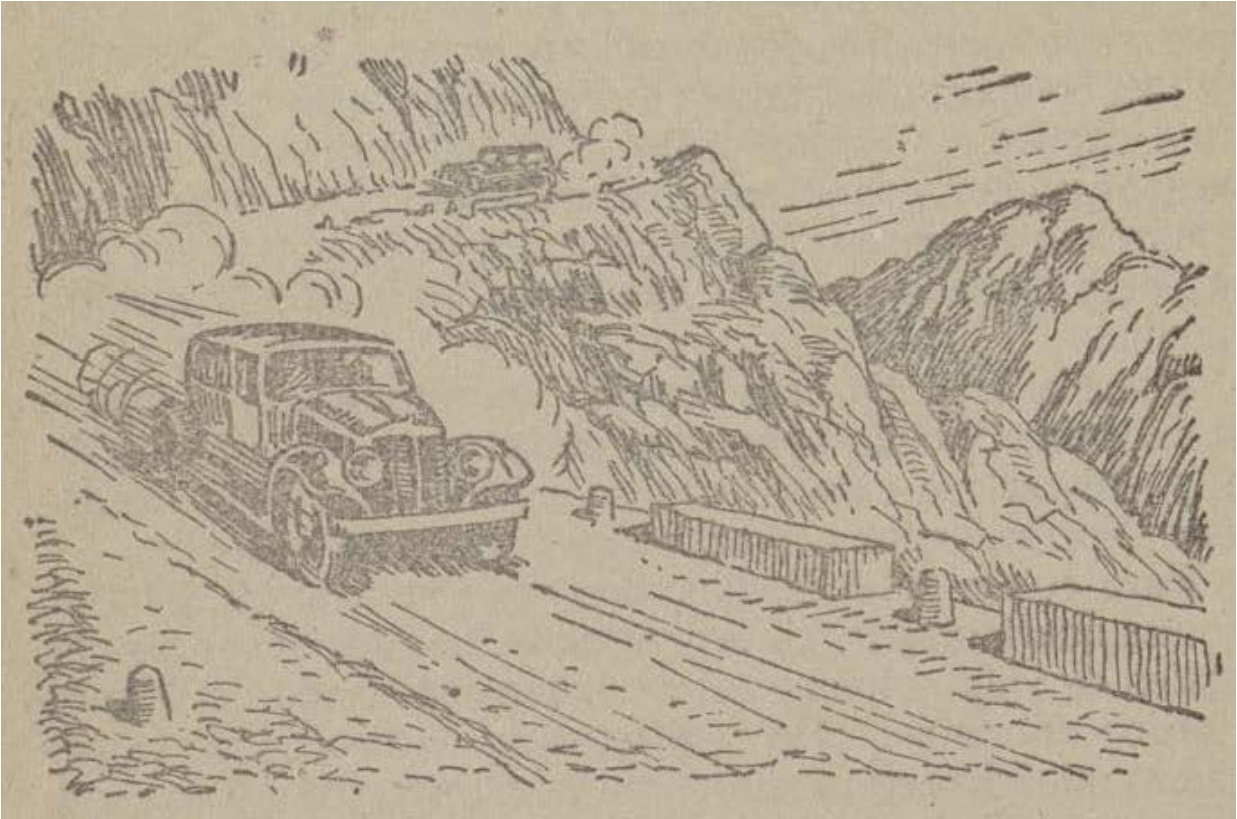
—¡Compañeros! Esta noche cenaremos en Valencia.

Mi idea es acogida con un grito de júbilo.

Y a las doce del día nuestros coches corren a más de cien por hora por la carretera de la Minglanilla rumbo hacia

EL "LEVANTE FELIZ"

A las ocho de la noche entramos, en Valencia. Encerramos nuestros coches y vamos a cenar al Hotel Inglés, en donde se nos destinan hermosas habitaciones individuales.



La cena ha sido opípara, y el cansancio nos va a procurar una noche de verdadero reposo. ¡Oh, Levante feliz!...

La clientela del Hotel Inglés es hoy, en su mayoría, proletaria. Muchos milicianos y algunos graduados. Pocos extranjeros. Cordialidad en el ambiente. Yo reconozco a algunos camareros de antaño es decir, de antes del movimiento, que me trataban con mucha deferencia—una deferencia impuesta por el régimen capitalístico—burgués, claro—; pero que ahora me sonrían amistosamente, y con cierto reparo aun se atreven a tutearme, lo que me enorgullece. Mis compañeros de equipo hacen "honor" al menú, dejando los platos limpios.

Pero antes de las doce de la noche ya estamos en la cama. Hay que madrugar al día siguiente para ir a un pueblo cercano, a treinta kilómetros de la capital, a impresionar cosas...

En la habitación contigua a la mía oigo un murmullo. Dos hombres conversan en francés. Algunas frases llegan a mis oídos. Hablan de Madrid. Y las noticias que comentan estos periodistas—pues son periodistas franceses—, son en extremo alarmantes. ¡Madrid está en gran peligro! Pero, ¿será posible?... ¿Ya?... ¿Cómo han corrido tanto

los rebeldes?... Bueno. No es este el momento de divagar.. Las frases de los "hombres extranjeros invisibles" que acabo de escuchar lo dicen muy claro: ¡Madrid está en peligro! Y como por encanto, el cansancio, el sueño que me dominaban hace un poco, han desaparecido. Cierro los ojos, pero no puedo dormir. Un cúmulo de ideas y proyectos acuden en tropel a mi imaginación. En Madrid tengo mi casa, con mi familia... ¡El egoísmo eterno del hombre! Ahora pienso en los míos, cuando tantos otros habrá, ta! vez en mayor peligro. Pero este egoísmo es tan lógico, tan natural, que no me avergüenzo de sentirlo. En cambio, me avergüenzo de mí mismo, de encontrarme a trescientos cincuenta kilómetros del peligro, a trescientos cincuenta kilómetros de Madrid, en el "Levante feliz", que, ¡ay!, también un día dejará de ser "feliz".

... ..

Está amaneciendo, cuando he despertado con sobresalto. Una buena ducha. El agua fría ha tranquilizado mis nervios. Me avío con rapidez y bajo a desayunar. Los compañeros chóferes han ido en busca de los coches. Beringola y Morchón preparan sus cámaras y demás utensilios. Llega el compañero Cerveró, del Comité Regional de la C. N. T. de Levante, que nos ha de acompañar al pueblo. Poco después, a eso de las nueve de la mañana, estamos dispuestos para el arranque. Nuestros coches están en la plazuela, frente al hotel. Nos acomodamos en ellos. De pronto, el compañero Cerveró nos llama la atención: un coche soberbio, oficial, lleno de polvo, acaba de detenerse en la puerta del hotel. Del coche desciende un hombre alto, fornido, cuyo rostro no podemos descubrir por hallarse oculto por un gorro y unas gafas de aviador y una amplia bufanda alrededor del cuello. Su indumento es igualmente turístico. El hombre penetra en el Hotel Inglés, seguido de dos personas más. ¿Quién es ese ¡hombre?... Yo creo conocerle por su "humanidad". El compañero Cerveró nos saca de dudas. ¡Buen olfato! ¿Cómo está el ministro en Valencia?... Luego, lo que anoche oí de Madrid... No pudiendo contener mi impaciencia, me apeo y penetro en el hotel. Me informo. En efecto es el ministro socialista pero no ha venido él solo: se halla en Valencia el Gobierno en pleno. Hay que ser prudente no diré nada a mis compañeros. Primero, nuestro trabajo de hoy. Luego, esta

noche, veremos lo que decidimos. Aunque, a fuer de sincero, mi decisión está tomada: marcharé a Madrid.

Me reinstalo en el coche y salimos, con dirección a

PEDRALBA

Pedralba es un pueblecillo laborioso de tres milquinientos habitantes, situado en las cercanías de Liria, la antigua Edeta. La principal riqueza de Pedralba es el vino, cuantioso y excelente. Los compañeros del Sindicato nos reciben muy afablemente, y al saber el objeto que nos ha llevado allí, se ponen todos a nuestra disposición. El trabajo empezará a las dos y media de la tarde.

El pueblo de Pedralba ha organizado su vida en un régimen muy parecido al de Brihuega. Sus habitantes se han adaptado con entusiasmo al comunismo libertario, si no integral, por lo menos en sus principios. Casas, víveres y demás, todo pertenece a la comunidad. Allí come el que trabaja, y como todos quieren comer, todos trabajan. Incluso los ancianos e inválidos, que tienen derecho al consumo sin producir, han exigido que se les destine a un trabajo cualquiera, lo que se ha hecho, para darles satisfacción.

En el paseo de "inspección" que damos por el pueblo, cobramos la impresión de que Pedralba vive en medio de la más envidiable felicidad. Lo que era iglesia, es ahora almacén de abastos y mercado de carnes. Tanto la nave como los puestos de expendieron de carne están muy limpios, como nunca lo estuvo la iglesia. A pesar de la escasa luz que penetra en el local, Beringola impresiona el lugar con mucha paciencia. El documento tiene su interés.



—Este es un pueblo—nos dice un compañero de la organización— en donde no se ha perseguido a nadie, aun cuando antes del movimiento de julio se nos persiguió siempre encarnizadamente.

En efecto Bugarra y Pedralba fueron en todos los tiempos los dos pueblos más revolucionarios de la comarca, y en donde la persecución y los atropellos sangrientos se cometieron a menudo por la odiada Guardia civil.

Quiero citar un caso de Pedralba, para destruir la famosa leyenda del exterminio de los curas por los "rojos". El cura de Pedralba había sido detenido e iba á ser juzgado en Valencia, por el Tribunal Popular, institución legal del Gobierno republicano. Enterados los compañeros anarquistas de lo ocurrido, fueron en grupo a Valencia y arrancaron al cura de las manos de la justicia, responsabilizándose por él. El pobre cura estaba aterrado, creyendo llegada su última hora pero cuál no sería su asombro al ver que los anarquistas, los eternos ateos, enemigos irreconciliables de la iglesia, le conducían a Pedralba de nuevo y le dejaban en libertad.

—No temas nada—le dijeron—, y dinos qué hacías tú antes de ser cura.

—Yo soy hijo de campesinos—respondió—, y como mis padres, trabajaba la tierra. Yo estoy dispuesto a trabajar, pues *mi Maestro* lo dijo: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente".

Y los compañeros le incluyeron en una brigada de campesinos.

Hay que hacer notar que el cura, joven aún, era uno de esos curas modestos y amigos de los obreros curas de aldea de los que, desgraciadamente, había muy pocos en España. Vivía humildemente, muy pobremente, y a pesar de su pobreza, había repartido algunas veces su pan con el menesteroso.

Y, como por lo general, el que bien hace bien encuentra, la Revolución ha venido a emancipar a este hombre, haciendo de él un ciudadano útil a la sociedad.

Pero ocurrió que habiéndosele perdido la costumbre del duro trabajo del campo, los compañeros lo tuvieron en consideración, y a los pocos días fué nombrado administrador de una gran bodega colectivizada. Ahí le visitamos y estrechamos su mano con satisfacción. Al vernos entrar, ya sabedor de quiénes éramos, nos saluda desde lejos levantando el puño y con un "¡Salud, compañeros!" muy sonoro.

—¿Qué tal, compañero? ¿Cómo te va en tu nueva vida?— le pregunto.

Soy completamente feliz—me contesta con voz firme—. Nunca he estado tan ocupado como ahora; yo adoro el trabajo. Y nunca he comido tan bien como ahora lo hago. Yo tenía, como muchos, un concepto erróneo del anarquismo y de los anarquistas. Y los acontecimientos han querido que yo deba mi felicidad presente a los anarquistas. Son excelentes compañeros, buenos, trabajadores, honrados, tolerantes. Te diré que, no habiendo podido abdicar de mis creencias, ellos han comprendido esto, y saben que todas las tardes, al terminar mis deberes, me voy, al campo, solo, con mi breviario en el bolsillo, y allí, a solas conmigo mismo, recito mis oraciones, pidiendo a mi Dios en el que vosotros no creéis, y sois libres en ello, que conserve a todos mis compañeros la vida, la salud y... el triunfo de nuestra Revolución redentora. Y puedes estar seguro de ello, compañero, Dios me atenderá, triunfaremos en la lucha y aniquilaremos a esos déspotas que han ensangrentado a España y vendido nuestra patria.

Así me habló el cura de Pedralba. Y yo os confesaré que le escuché emocionado. Al despedirnos, nos apretó la mano y volvió a saludar con el puño en alto.

En la misma posada en donde habíamos sido obsequiados con una suculenta "paella" valenciana, regada con un vinillo pedralbeño que hacía resucitar a un muerto, y que tuvo la virtud de debilitar las piernas de nuestros compañeros chóferes, penetraron a eso de las tres de la tarde un grupo de ancianos y ancianas, con varios chicos.

—¡Ahí viene la "Columna de Hierro"!—nos dice el compañero del Sindicato.

Nos reímos. ¡Vaya una "Columna de Hierro"!

—Se les llama así—nos aclara—, no en tono de burla, sino en tono de cariño y de broma de buena ley. Son los "inválidos" del pueblo, que, no queriendo que se les mantenga sin hacer nada, les hemos destinado a "pelar panochas", trabajo que realizan sentados, sin esfuerzo alguno, y que a nosotros nos es de gran utilidad. ¡Hasta han ¡constituido entre ellos un "equipo de choque"!

Y señalándonos a un viejo, vestido con una blusa y pantalón negros, tocado con un amplio sombrero, negro también, nos explica:

—Ese viejo es el más fuerte del equipo de choque. Era el más rico del pueblo. En su casa tenía, además de una gran cantidad de productos agrícolas, diez mil pesetas en dinero. Nos incautamos del dinero, de los productos y de sus tierras, que ahora han pasado a ser propiedad de la colectividad, y a él se le notificó que viviría sin trabajar, por su edad, a cuenta de la colectividad. Se opuso a vivir en vago, como él decía, y ahí le tienes.

En efecto el viejo limpiaba las mazorcas con gran rapidez. Y se consideraba ahora más feliz que en otros tiempos.

—Antes—nos dice—, todo el pueblo envidiaba mi suerte, mis tierras y mi dinero. Una vez, no sé quiénes fueron, me robaron los cuartos, en mi ausencia. Y aquel año, como la cosecha de mis tierras había sido deplorable, me vi con dificultades para pagar a los jornaleros. Sufrí mucho. Ahora, ya no me preocupo por nada. Tengo todo lo que necesito. Duermo las noches de un tirón, cosa que antes no hacía, cavilando siempre sobre la manera de llevar adelante mis negocios y careciendo a veces, aunque de momento, de las sumas necesarias para pagar a los trabajadores. Ahora, mis tierras rinden más, todos trabajan de sol a sol, y no vienen a pedirme nada. Al contrario: me ofrecen cosas, me obsequian. Y así como antaño mi mayor enemigo era el obrero, hoy es el obrero mi mejor amigo.

He aquí un razonamiento de pequeño propietario que debiera servir de lección a muchos pequeños propietarios que todavía se resisten a aceptar la colectivización de las tierras.

Un detalle pintoresco. Habiendo olvidado el tabaco en el hotel, e Valencia, entro en el estanco de Pedralba y pido tabaco. La estanquera me da el paquete solicitado, y al echar mano de mi portamonedas, ella ríe, amable, y me rechaza el dinero, diciendo:

—La moneda no corre aquí, compañero. Tú has venido a trabajar, ¿no es así?

—Cierto—contesto.

—Pues eso me basta. Fírmame un vale, para las cuentas con el Sindicato, y estás liquidado.

Hago el vale, cojo mi tabaco y me alejo, pues mis compañeros esperan para continuar el trabajo.

Pedralba nos ha ofrecido preciosos motivos para mis películas y estoy satisfecho de mi jornada.

Al caer la tarde, nos despedimos de los compañeros, y más de medio pueblo sale a la carretera a despedirnos.

Llegados a Valencia, los compañeros chóferes cenan con rapidez y se van al cine, con Beringola y Morchón. Quedamos solos Cotiello y yo

A MADRID

Comunico a Cotiello lo que ocurre. ¡El Gobierno en pleno está en Valencia! Se nos dice que los compañeros ministros de nuestra organización se oponían al traslado, pero la mayoría triunfó...

—Hemos prometido al compañero Cerveró —le digo a Cotiello— que el lunes impresionaríamos detalles del Pleno de la Federación de Campesinos. Pero por una vez, voy a dejar mi palabra incumplida. Hoy es sábado. Creo que mañana por la noche debemos estar en Madrid. Madrid está en peligro, yo estoy muy inquieto, y nuestra

permanencia aquí, en estos momentos, semejaría a una huida. ¿Qué opinas?

—Opino como tú. Si los facciosos no han entrado en Madrid, mañana dormiremos en nuestras casas.

Decidimos esperar a los chóferes y a los dos compañeros fotógrafos para comunicarles nuestra resolución.

A la una de la madrugada estamos todos reunidos en mi cuarto del hotel.

Queda decidido que al día siguiente, domingo, saldremos temprano para Madrid.

Nuestros coches devoran la carretera. Pero un pequeño accidente en las cercanías de Tarancón nos hace perder unas horas... En Tarancón me informo sobre la situación de Madrid.

—¡Grave!—nos contesta el miliciano a quien hemos mostrado la documentación—. Si queréis viajar con mayor seguridad, tomad más arriba una carretera transversal a buscar la de Alcalá de Henares.

Doy las gracias y continuarnos por la carretera general. Ha anochecido. Llegamos a Arganda. Y la guardia nos dice:

—Pasad el puente con los faros apagados, y luego tomad la primera carretera a vuestra derecha que os conducirá a Torrejón de Ardoz. ¡Es más seguro!

Yo reflexiono... Si abandonamos la carretera general, para ir a Torrejón, eso significa un retraso de más de media hora. Y son ya las nueve de la noche. A las diez, cierran en Madrid todos los portales. Y yo no llevo mi llave hoy. ¿Qué hacer? "De cobardes, nada hay escrito", me digo.

Y sintiéndonos todos valientes, proseguimos por la carretera general, dejando atrás la "carretera salvadora", como un desprecio.

Poco antes de llegar a Vallecas, el traqueteo lejano de unas ametralladoras nos anuncia el peligro. Y prudentes, apagamos los faros, prosiguiendo el viaje a oscuras. Empieza a lloviznar. La noche está como boca de lobo. Sigue oyéndose, más cercano, el tiroteo. De vez en cuando, una explosión. ¿Cañón? ¿Mortero? No sé... ¡Adelante! Pero, ¿qué significa esto? ¡No hemos cruzado ni un solo coche! ¿Será que...? ¡Qué importa! ¡Adelante!

Arrecia la lluvia. Sigue la obscuridad. Nuestros compañeros chóferes están haciendo un *tour de force*, rodando con los faros

apagados. De vez en cuando, nos detenemos: ¡no es nada! ¡Ibamos a chocar contra un árbol! ¡Maldita obscuridad!

¡Estos kilómetros son de goma!—digo yo en voz baja—. Se estiran de tal modo, que no llegamos nunca.

Pero nadie celebra mi modesto chistecito. ¡Para chistecitos estamos!

¡Al fin! Vallecas. El control de la guardia es riguroso. ¡Tanto mejor! Nos piden informes. Somos los únicos coches que han llegado por la carretera general desde que anocheció. Se los damos. Y nos vuelven a ordenar que apaguemos los faros.

Casi media hora para recorrer los siete kilómetros que hay de Vallecas hasta la estación del metro en Madrid. Nos han parado media docena de guardias. Esto nos satisface: las entradas de Madrid están bien vigiladas. Cotiello se apea y se aleja. Está domiciliado en el Puente de Vallecas. Pero, distraídamente, se ha llevado consigo la documentación del equipo.

Vamos a ponernos de nuevo en marcha, cuando una nueva guardia nos detiene y nos pide la documentación. ¡La hemos hecho buena! Explicamos lo ocurrido. Se nos detiene y somos conducidos al cuartel de Milicias de la F. A. I., del Puente de Vallecas, pues son guardias de la F. A. I. los que nos han detenido. Llegados ante el compañero responsable, éste—¡oh, fortuna!—me reconoce. ¡Estamos salvados!

—¿Cómo tú por aquí, amigo Guerra?—me pregunta.

Los rostros hoscos de los milicianos adquieren ahora una sonrisa de satisfacción, viendo que somos, compañeros conocidos.

Explico lo ocurrido al responsable. Y éste me extiende acto seguido un salvoconducto para que podamos llegar a nuestros domicilios sin "tropiezo".

Nos invita a tomar una taza de café. Yo rehuso. Estoy deseando llegar a mi casa. De pronto, un miliciano penetra en la espaciosa y lóbrega pieza en que nos encontramos, diciendo:

—¡Compañero responsable! Dame una docena de muchachos valientes y un centenar de bombas de mano. Abajo tenemos una camioneta. Los fascistas están en el barrio de Usera. ¡No hay tiempo que perder! ¡De prisa!

Quince aguiluchos de la F. A. I. cogen sus fusiles y se cargan a la espalda unas cajas de bombas. Salen precipitadamente.

—Ya lo habéis oído—nos dice el responsable—. Si alguno de vosotros vive en el paseo de las Delicias, es preferible que se quede aquí. Camas tenemos de sobra. ¡Esos fascistas, en cuanto nos descuidemos, se nos cuelan hasta la Puerta del Sol!

Por fortuna, ninguno de nosotros vive en Usera, ni en el paseo de las Delicias. Nos despedimos de los compañeros milicianos y volvemos a subir en nuestros coches. Pacífico abajo, remontamos luego, a la derecha, la avenida Menéndez Pelayo, en donde tengo mi domicilio. Antes de llegar a él nos detiene otra guardia, y después de examinar nuestro salvoconducto nos murmura la consigna.

—Antes ¡morir..."

—...que ceder"—contesto.

En un cuartel de Asalto de la avenida entro a telefonar a mi casa para que baje mi compañera a abrir la puerta.

Llegado a mi casa, ¡pregunto:

—¿Qué ha ocurrido en Madrid? ¿Han entrado los moros?

—Sí—contesta mi compañera—. ¡Más de setecientos hay en la plaza de Toros!

Yo sonrío, incrédulo.

—¡Prisioneros!—agrega ella, con satisfacción.

Voy a ver a mi nena, de tres años, que duerme tranquilamente. ¡Pobre criatura! ¡Cuántos sinsabores la esperan! ¡Pobres niños de Madrid y del resto de la España leal! Los asesinos fascistas, cual nuevos Herodes, se han propuesto exterminaros...

... ..

La noche ha sido accidentada. Los pajarracos negros han dejado caer las bombas de trilita por docenas. El tiroteo y los cañonazos se oyen cada vez más cerca. Me levanto temprano y me presento en mi Sindicato. Los compañeros encuentran magnífico nuestro gesto de regreso a Madrid. Entregamos el material impresionado y nos vamos a recorrer los alrededores del casco de la capital. La confusión es espantosa. El enemigo está en todas partes pero nuestros arrojados combatientes van cortándoles la entrada, resistiendo la metralla con una estoicidad insospechada.

La consigna, hoy más que nunca, es la misma: "¡No pasarán!"

Y, en efecto; a la fecha en que escribo estas líneas, *no han pasado*.

Ha habido momentos de verdadero peligro, ¿a qué negarlo? Pero la iniciativa de los milicianos, marchando valientemente de cara al enemigo, infundieron el pánico a los ejércitos facciosos, que, sospechando una catástrofe, se detuvieron en su avance a las puertas de la capital de España. Esa es la verdad.



Y vamos a decirlo de una vez para siempre: la primera derrota que sufrieron los invasores a las puertas de Madrid, se la infligieron los combatientes del Pueblo, los "indisciplinados" y heroicos libertarios con sus camaradas de otros sectores, afines en la acción combativa. No teníamos ejército aún. Se luchaba a tontas y sin cohesión. Posteriormente ha sido creado el Ejército. Cierto. Y no es mi propósito hacer comparaciones entre los dos métodos de lucha, pues reconozco que, ante un ejército potente, integrado por mandos guerreros extranjeros, una disciplina férrea y un material de guerra abundante y de primerísima calidad, no podíamos continuar actuando en guerrillas. Había que formar ese ejército para enfrentarnos con ventaja.

Pero hay un hecho real, palpable, y es el valor, la inteligencia y la audacia desplegados en aquellos momentos por nuestros heroicos guerrilleros, los trabajadores organizados. A ellos y sólo a ellos se debe la salvación de Madrid en aquellos momentos trágicos, en que el Gobierno había abandonado la capital, en que la junta de Defensa nombrada en el último momento no podía comenzar a actuar, por la premura del tiempo y las circunstancias difíciles. Numerosas brigadas de otros frentes, compuestas por muchachos aguerridos, vinieron al socorro de Madrid, entre ellas la del valiente comandante "Campesino" con sus dinamiteros y otras cuya relación haría este capítulo interminable. Y es entonces, cuando se le dio el primer "empujón" al fascio invasor, que empezaron a organizarse las fuerzas en un sentido militar.

Es entonces, a los pocos días de iniciada la resistencia heroica de nuestros luchadores a las puertas de Madrid, cuando llegó a la capital española el libertador de los pueblos de Aragón, el gran Durruti, con un núcleo de milicianos de choque de su columna invencible. La llegada de este guerrillero formidable despertó en el pueblo madrileño una confianza ciega, una explosión de entusiasmo y de fe en la victoria. Buenaventura Durruti representaba en aquellos momentos de angustia algo más que el nombre de un caudillo: representaba el símbolo de la Victoria en corto plazo. Con algunos compañeros de su Estado Mayor, fué a hospedarse en el Hotel Gran Vía, mientras se le buscaba un local adecuado para su instalación definitiva. Nuestro Sindicato Unico de Espectáculos Públicos, que poseía dos espaciosos palacios en la calle de Miguel Angel, uno de ellos destinado a la Sección de Actores, y el otro, al lado, para Sanatorio y casa de Reposo para nuestros compañeros heridos o enfermos, decidió desalojar un palacio, trasladando el secretariado y dependencias de la Sección de Actores al local vecino y ofrecerle el palacio al compañero Durruti, quien aceptó, muy contento. Y allí vino a instalarse con los suyos. Y allí le conocí personalmente, despertando en mí una simpatía ilimitada. Nos hicimos pronto muy buenos amigos. Sus compañeros milicianos se batían en los frentes cercanos como leones, estimulados por la presencia continua, en primera línea, de su querido compañero comandante.

Durruti conocía el esfuerzo titánico que el Pueblo madrileño, en el primer momento, había hecho, deteniendo a las hordas facciosas a las puertas del Madrid heroico sabía que, sin mando, sin organización, los grupos anarquistas, comunistas, socialistas y republicanos, por iniciativa propia, hermanados en la lucha, habían trazado en el Gran Libro Proletario la página más gloriosa de esta guerra cruenta. Y decidió continuar la resistencia, atacando, para arrojar de allí a los forajidos asesinos del fascio. Y otra vez empezó la defensa tenaz, el ataque continuo, aunando los esfuerzos de unos y de otros, sembrando la desmoralización en las filas enemigas.

No quiero pasar en silencio la valiosa actuación de los compañeros de las brigadas internacionales, que se lanzaron al ataque como leones, en arrolladora tromba. Y esto fué lo que contuvo al enemigo. Y esta contención fué para ellos "el principio del fin", la derrota más sarcástica que han sufrido los rebeldes en esta guerra, pues que las puertas de Madrid; su sueño dorado! les quedaron cerradas herméticamente. ¡Honor a los guerrilleros del Pueblo, a los "indisciplinados" de la victoria! Su heroico sacrificio no habrá sido estéril...

Mi recorrido por los barrios extremos de la capital ha sido aleccionador. En todos los extremos, parapetos y trincheras defendidas por nuestros hermanos, los heroicos milicianos: en el barrio de Usera, en las cercanías del Puente de Toledo, en la Moncloa, en los edificios de la Ciudad Universitaria, en todas partes, en fin, por donde el enemigo había introducido sus soldados en forma de "cuñas" (táctica alemana). Pero sin duda era muy frágil la madera de esas cuñas, por cuanto los cadáveres facciosos se contaban por centenares. Y su arrolladora ofensiva había sido detenida "en seco",

Regreso al Sindicato, ya anochecido, y doy cuenta de mi excursión. Los cañonazos retumban en nuestros oídos. El traqueteo de las ametralladoras y los estampidos de las bombas de mano de nuestros dinamiteros se oyen con claridad. ¡Ah, esa "música de plomo", esa cacofonía de infierno!

Los días subsiguientes tuve que permanecer en inactividad forzosa, a consecuencia de una pequeña avería en nuestra cámara

tomavistas...

De vez en cuando venían los aviones rebeldes y nos ametrallaban sin piedad, en el mismo centro de la población. Pero esos ataques eran para nosotros como a modo de informes: el enemigo había sufrido un serio quebranto. Y así era, en efecto: cada vez que sufrían una derrota en uno de sus frentes, venían sus aviones a vengar "la paliza" descargando metralla sobre la población civil de Madrid. Las víctimas, en su mayor número, eran mujeres y niños. Los hombres válidos estaban en los frentes. Ese método criminal han continuado usándolo los invasores durante meses y meses. El temor por las vidas de los míos me ha decidido a evacuarles: los he mandado a Valencia. Con ello me he quitado una preocupación. Ahora, ya estoy solo. ¡Ya no temo nada! ¡Adelante!

Me siento muy animoso. ¡Otra vez el egoísmo individual! Pero, lo confieso: sabiendo a los míos fuera de peligro y de las privaciones, me siento más fuerte, más "emprendedor". Ayer tarde, cuando se aposentaban en el autobús del Comité Regional de la C. N. T. que iba a conducirles a Tembleque, en donde tomarían el tren para Valencia, llegaron sobre Madrid los pajarracos negros. Eran diecisiete, con una docena de "cazas" protectores. Pero se elevaron los nuestros, se entabló un combate en los aires combate de una vistosidad emocionante, que terminó con la vergonzosa huida de la aviación rebelde, perseguida por nuestra heroica aviación... Hay que advertir que ellos eran veintinueve, contra unos catorce de los nuestros. ¡Y es que la razón centuplica la fuerza!

¡¡HORRIBLE!!...

Esta mañana he presenciado el espectáculo más macabro que la imaginación de un monstruo pueda concebir. Me dirigía yo en mi coche al Sindicato, cuando oigo el zumbido de un motor. ¡Avión enemigo! iban tres solamente. ¡Qué raro!, pensaba yo. Pepe, el

compañero chófer, detiene el coche y se dispone a abandonar su asiento. Yo salto afuera también, y ambos mirarnos al cielo. Los aviones facciosos vuelan por encima del paseo de la Castellana, en donde nos encontramos, pero a considerable distancia delante de nosotros, a la altura de los nuevos Ministerios, sobre poco más o menos. De repente veo un bulto que se desprende de uno de los aparatos, instintivamente, Pepe y yo nos guarecemos detrás de un corpulento árbol... ¡Pero no se oye explosión alguna! ¡Y los aviones se alejan ya!

—La bomba no ha estallado—digo yo, tranquilizado.

Acto seguido subimos de nuevo en el coche y nos dirigimos al lugar donde suponemos ha caído la "bomba". A nuestra llegada, vemos un corro de gentes que, con gestos de horror, vuelven la cabeza.

Nos acercamos. El cuadro que se ofrece a nuestros ojos es macabro en grado máximo. En el suelo, un cajón hecho añicos, y esparcidos a su alrededor, los miembros de una figura humana. ¡Es un cadáver descuartizado! ¡El cadáver de un aviador leal que había caído prisionero en manos de los rebeldes! ¡¡Inaudito!! Luego, no era una bomba lo que habían arrojado los aviones negros era el macabro cajón, con una nota, que decía: "Cuantos aviadores rojos caigan en nuestro poder, os serán devueltos por el mismo conducto y en el mismo estado que el adjunto."

No sé, no puedo, no quiero, no me atrevo a hacer el comentario. El hecho monstruoso se comenta por sí solo.

Nos alejamos del lugar con el corazón oprimido y los dientes apretados por la rabia.

En la Junta de Defensa de Madrid hay un compañero de las Juventudes Libertarias, Andrés Villar, al frente de la Consejería de Propaganda. A él me dirijo para decidir el rumbo de mis futuras operaciones cinematográficas.

El consejero ácrata es un muchacho joven, inteligente, dinámico, emprendedor. Unos minutos de conversación nos bastan para compenetrarnos. Convencido de ¡la importancia de mi misión gráfica, me concede todas las facilidades. ¡Entendidos! En cuanto nuestra

cámara tomavistas se halle en condiciones, empezaremos el trabajo en los frentes madrileños.

Anochecido, encontrándome yo en mi casa preparando unos planos de trabajo, viene a visitarme una compañera. Pero cuando se dispone a regresar a su casa, el miedo la acobarda; Madrid está como boca de lobo! y me ruega que la acompañe. Cojo mi pistola y mi lámpara de bolsillo y salimos. El tránsito por las calles es, en efecto, bastante aventurado. Descendemos la calle de Alcalá hasta la Cibeles. Allí se propone tomar el tranvía. Esperamos un momento su llegada, cuando de pronto se oyen los zumbidos de los motores aéreos, y casi al mismo tiempo unas luces de bengala que descienden lentamente, con paracaídas. ¡Cuidado! ¡¡Todos al suelo!! Apenas el tiempo de echarnos boca abajo, en la acera, ¡cuando una primera explosión, espantosa, seguida de otras varias, hace retremblar el suelo. El bombardeo prosigue, en nuestro derredor es decir, a pocos metros de nosotros. Cuando cesan las explosiones, vuelven a desprenderse luces de bengala que iluminan el espacio y la acera en donde estamos tendidos unas veinte personas, al parecer ilesas todas. A medida que las luces descienden, el ruido de los motores se acerca más, muy cerca: los trimotores vuelan bajo... De pronto, el tableteo de sus ametralladoras rasga el espacio. ¡¡Asesinos!! ¡¡Nos están ametrallando en el suelo!! ¡¡Cobardes!!... Chasquidos de balas que rebotan en el duro suelo, ayes lastimeros que parten de los indefensos transeúntes que yacen en el suelo, junto a mí... Las balas silban siniestramente en mis oídos. Las ametralladora siguen funcionando. De repente, nuestros cañones antiaéreos dejan oír su estampido, y los asesinos aéreos cesan de tirar, se elevan y desaparecen en la noche oscura. Todavía permanecemos en el suelo unos minutos, que me han parecido siglos...

—¡Camaradas!—grita un miliciano—. ¡¡Arriba!! ¡¡Pasó el peligro!!

Y nos levantamos todos. Todos, *menos dos*. Dos mujeres jóvenes, acribilladas por las balas de las ametralladoras de los aviones. Tal ha sido el balance de los piratas del aire: dos mujeres asesinadas. Pero los árboles cercanos a la acera se hallan agujereados en su parte baja. Y es que los bandidos han confundido las sombras proyectadas

por los árboles, creyendo que eran personas. ¡A este detalle banal debo yo tal vez la vida!

Tres horas más tarde, a las once de la noche, han vuelto los asesinos. Yo acababa de acostarme y leía precisamente un libro alemán interesantísimo contra la guerra, hablando de las atrocidades de la guerra europea del 14. Oigo los estampidos de las bombas de aviación, que hacen retumbar mi casa, recuerdo la macabra escena del cadáver del aviador leal despedazado y arrojado desde lo alto, pienso en la agresión de que hemos sido víctimas tres horas antes,... Y concluyo: "Este libro es realista y terrible. La guerra del 14 fué, como lo son las guerras, muy inhumana pero, en crueldad y monstruosidades inéditas, aquélla fué un juego comparada con ésta."

TRAGICA JORNADA

Realmente, nuestro "debut" en los frentes de Madrid ha constituido una trágica jornada, que difícilmente olvidaré. Personalmente, no debo quejarme, pues no parece sino que estoy inmunizado contra las balas y la metralla. Pero... voy a relatar los hechos con toda exactitud.

Es el 17 o el 18 de noviembre de 1936. La mañana es bastante fría, a pesar de un sol esplendoroso. Nuestros dos coches, guiados por nuestros compañeros chóferes Pepe y Manolo, se hallan ocupados por Beringola, con su tomavistas Morchón, con sus cámaras fotográficas Cotiello y yo. Salimos en dirección a la línea de fuego en el frente más inmediato: la Moncloa, sector Parque del Oeste. Al final de la calle de Fernando el Católico, cuyas bocacalles están guarnecidas con sendos parapetos y milicianos armados nos apeamos de los coches, que dejamos allí, y nos encaminamos al cuartel de Milicias que hay enfrente, en un recodo de la entrada al Parque...

Crepitan los fusiles, tabletean con intermitencias las ametralladoras facciosas, silban las balas en nuestro derredor, y de repente un estampido enorme: los rebeldes nos acaban de "obsequiar" con un obús "respetable", cuya espoleta ha venido a caer a mis pies. La recojo aun está caliente y me la guardo en el bolsillo de mi abrigo de cuero, pensando que, después de todo, vale más tener el "chisme" de hierro en el bolsillo que en el vientre.

El Parque presenta un aspecto desolador. Los bancos y la verde arboleda que con su sombra los protegía, y en los que yo me había sentado cuatro meses antes, han desaparecido, arrasados por la metralla enemiga. Ante nosotros, un laberinto inmenso de alambradas y una serie de trincheras profundas en todas direcciones, por donde asoman la cabeza algunos milicianos. ¡Es la guerra! ¡Maldita mil veces sea la guerra destructora que mata hombres y cosas!...

Presento el documento que el compañero consejero Andrés Villar me ha extendido a los jefes del cuartel de concentración del lugar y solicito un "enlace" para que nos acompañe a través de aquel dédalo de callejones subterráneos. Con una exquisita amabilidad, el camarada jefe llama a un compañero responsable y le ruega nos acompañe. Nuestro guía nos dice:

—Será conveniente que vengáis sólo los precisos. El cruce de esas dos avenidas es peligrosísimo. Los moros están allá, en el fondo, encaramados en los árboles, y tiran con buena puntería.

Nos consultamos. Y decidimos ir el operador, el fotógrafo y yo. Cotiello y los chóferes nos esperarán en el cuartel.



Cuando nos disponemos a cruzar la primera avenida, el guía me mira y dice:

—¡Mucho ojo! En cuanto te vean con el abrigo de cuero van a creer que eres algún miembro del Estado Mayor y te van a tirar.

Vacilo un momento. ¿Me quito el cuero? Pero hace frío, ¡caray! ¡Bah! ¡No creo tendrán tan buena puntería los moros! Y decidido digo:

—Seguidme. Yo paso delante.

Y echo a correr, cruzando la avenida. Oigo silbidos de balas y estampidos secos de fusil. ¡Pero ya estoy al otro lado, guarecido detrás de un corpulento árbol! Me echo a reír y grito a mis compañeros:

—¡No vaciléis! ¡Pasad uno a uno y corriendo! ¡Los moros llegan tarde con su buena puntería!

El guía y mis dos compañeros pasan agachados y de prisa. Esta vez dispara una ametralladora, que tampoco ha hecho blanco, afortunadamente.

Ya estamos reunidos tras el voluminoso árbol. ¡Pero nos queda una segunda avenida que atravesar!

Un estallido, atronador, cercano, nos hace volver la cabeza. ¿Qué ocurre? ¡No ha sido nada! ¡Una galantería de nuestros combatientes! Como han visto que vamos a cruzar la avenida, acaban de enviar al enemigo un mortero para hacerle enmudecer unos segundos, Y, en efecto el cruce, rápido, de la segunda avenida, lo hemos hecho sin dificultad. Acto seguido entramos precipitadamente en la trinchera más inmediata. ¡Ya era tiempo! El enemigo, rabioso por el mortero que acaba de recibir en sus líneas, nos contesta con otro mortero formidable, cuya explosión cercana levanta una nube de tierra que casi nos sepulta. Pasado el pánico, nos levantamos, nos miramos uno a otro y nos echamos a reír. ¡Estamos materialmente cubiertos de tierra rojiza. ¡Pero indemnes! Yo recojo unos trozos de metralla caídos en el borde superior de la trinchera, como "recuerdo" de esta jornada emocionante.

Acto seguido nos alejamos trinchera adelante, en dirección a las líneas enemigas. Beringola, con su cámara tomavistas de mano, se coloca detrás de un árbol e impresiona unos metros, mientras Morchón, temerario, recorre varios puntos hasta encontrar el emplazamiento deseado para impresionar sus placas. Le veo a lo lejos, en cuclillas, con su cámara en las manos, a tiempo que se oye el tableteo de la ametralladora enemiga. Yo no sé si los tiros iban a él; lo que sí sé es que el buen Beringola se ha caído en la trinchera, lastimándose un poco. Sin duda algún movimiento instintivo de retroceso, debido a que las balas han chocado contra el árbol tras el cual se encontraba. Corro a su lado.

¡No ha sido nada!—me dice, sonriendo—. Pero el ruido de las balas al tropezar con el árbol me ha puesto algo nervioso.

A poco llega Morchón, indignado.

—¡Esos bárbaros no nos van a dejar trabajar tranquilos!—grita, indignado.

Explicando el chasquido de las balas, nos advierten los milicianos que son balas "dum—dum", esas balas prohibidas en las guerras, por su explosión al penetrar en el cuerpo.

Queremos tomar algo desde otro emplazamiento "de cuidado". Y los milicianos, para ayudarnos en nuestra misión, se colocan en cierto lugar de un cruce de trincheras, y poniendo sus gorros y unos trapos a la punta de unos palos, los asoman por encima de la

trinchera. La estratagema obtiene el resultado apetecido. El enemigo ha apuntado y dispara allí, mientras nosotros trabajamos un momento con el mínimo de riesgo. Hemos llegado frente a la Casa de la Paja, detrás de la cual están las fuerzas rebeldes. Yo he avanzado un poco. De pronto, oigo un nuevo tiroteo y vuelvo la vista buscando a mis compañeros. Estos caminan ya a lo lejos, regresando a las trincheras primitivas. Me tiendo en el suelo, entre los rastrojos y enciendo un cigarrillo. De pronto, oigo una voz autoritaria:

—*Gerade links zielen!* ordena la voz alemana. (¡Apunten directo a izquierda!)

Conozco muy bien la frase, por haberla oído en unas maniobras de tiro, en Potsdam, a las que fui invitado cuando vivía en Berlín, por unos amigos "antimilitaristas" del Sindicato de Productores cinematográficos de Prusia.

A los pocos segundos, varias descargas cerradas. En un momento de calma y sorteando obstáculos, me dirijo hacia las trincheras protectoras. Llegado junto a mis compañeros, le explico a nuestro guía lo que he oído, que prueba evidentemente que entre los rebeldes hay tropas alemanas.

—Sin duda algún batallón del tercio marroquí, en donde hay muchos alemanes—me aclara.

Hemos terminado nuestra misión, por el momento, y nos encaminamos hacia el cuartel de concentración.

El cruce de las dos avenidas lo hacemos esta vez con más serenidad. Las balas enemigas silban por encima de nuestras cabezas... Un minuto después, estamos ya al otro lado, junto a nuestros compañeros chóferes y Cotiello, que rabia por no haber podido venir. Maquinalmente pienso en nuestro compañero Martín, que se ha quedado en el laboratorio, en Madrid, trabajando. De haber venido él, hubiéramos tenido la diversión de sus chistes malos, suponiendo que el tiroteo y la metralla "gorda" no le hubieran quitado la "inspiración"...

Estamos en la puerta del cuartel, despidiéndonos de nuestro guía, cuando el zumbido de los trimotores origina un revuelo en el umbral del edificio. Todo el mundo corre a guarecerse en el sótano, que,

dicho sea de paso, no tiene ninguna consistencia y cuya techumbre es una débil claraboya en su fondo.

—¡Son los trimotores negros!—grita una voz.

Y todos bajamos al sótano. Caen las bombas. La casa tiembla hasta en sus cimientos. Los cristales saltan en mil pedazos, con estrépito. Han arrojado seis bombas. Y se alejan. Pero uno de ellos ha volado muy bajo, en observación. Por la claraboya rota lo he visto.

Al salir de allí inquiero.

—¡Han bombardeado la Cárcel Modelo!—me dicen—. ¡Hay muchas víctimas!

¿La Cárcel Modelo? ¡Pero si los detenidos en la Cárcel Modelo son todos fascistas! Han perdido la razón. ¡Ahora ametrallan a los suyos!

Pero el momento no es para reflexionar. Me acerco a unos responsables del cuartel y les digo:

¡Los trimotores van a volver y a bombardear este edificio! Lo van buscando. En vuestro lugar, yo lo haría evacuar rápidamente de lo contrario vais a perecer todos aquí, hechos "papilla".

Vuelven á oírse, a lo lejos, los trimotores enemigos.

Previsor, grito a los míos:

—¡A escape! ¡A los coches!

Y nos encaminamos, a todo correr, en busca de nuestros coches. Antes de llegar a ellos, una primera explosión hace retumba el suelo, y nos detenemos, pegándonos a la pared. Maquinalmente, cuento las explosiones: esta vez han sido ocho bombas, que han estallado en la otra calle, paralela a la nuestra. El recuerdo del bombardeo nocturno de Madrid, seguido del ametrallamiento en vuelo bajo, acude ahora a mi memoria. Instintivamente, vuelvo la vista, buscando cadáveres junto a mí, como entonces... Y veo a unos camilleros que, desafiando el peligro, conducen un cuerpo en una camilla. No pregunto nada. Ha cesado este segundo bombardeo y hay que ir a nuestros coches, para salir de aquel infierno de hierro y escombros.

Otra vez volvemos a emprender veloz carrera hacia lía esquina de la calle de Fernando el Católico... Me detengo un momento en la esquina de la última bocacalle y veo a los dos chóferes, cada cual en su coche, llamándonos. Veo también al bravo Beringola preparando

su cámara tomavistas. En efecto se oyen de nuevo los trimotores, muy cerca ya.

—¡¡Todos al suelo!!—grito.

Pepe y Manolo saltan abajo de los coches y se tienden. Marchan hace lo propio. Pero veo a Beringola, de pie, buscando con la cámara a los aviones en los aires... Yo me he tendido en el suelo, junto a la pared, e instintivamente he cubierto mi cabeza con el ancho cuello de cuero de mi abrigo. ¡Precaución estúpida!

Y, como antes, cuento mentalmente las explosiones, mientras el suelo tiembla con tal fuerza, que mi cuerpo rebota sobre las baldosas. La quinta bomba ha estallado en la misma calle, a pocos metros de nosotros. Y he sentido sobre mi cuerpo un peso grande, como de cosas contundentes que hubieran descargado sobre mi espalda. Cierro los ojos, y para dominar mis nervios, pienso que la metralla puede segar mi vida sin hacerme padecer, y que no es más que cuestión de una milésima de segundo tal vez. ¿Y que? que cuestión de una milésima de segundo tal vez ¿Y querréis creerlo? No he sentido miedo no he temblado. Si alguna virtud poseo, es mi sangre fría en los momentos de peligro. Tal vez deba a ello el encontrarme indemne después de los trances peligrosos en que me he visto.

He contado las bombas: ¡doce! Oigo el zumbido de los motores se alejan. Oigo también una voz amiga que me llama, la voz de Manolo, el chófer:

—¡Guerra! ¡Levántate! ¿O es que estás herido?...

Hago un esfuerzo para levantarme pero el peso que tengo encima de mí me lo impide. Al fin me incorporo, y un ruido de piedras, y de vidrios rotos tintinea junto a mí. Ya estoy de pie. Ahora me doy cuenta: la metralla ha «demolido el balcón debajo del cual me hallaba tendido y se me han venido encima unos cuantos kilos de chatarra y escombros varios. Vuelvo la vista hacia los coches y veo a mis compañeros que conducen a Beringola. Me acerco a él. La chaqueta de cuero que llevaba está manchada de sangre. Le conducimos a la portería de una casa vecina, le levanto las ropas y veo un hilillo de sangre que mana de su paletilla derecha. ¡Pobre Beringola! ¡Ha sido herido, víctima de su deber!

Pero Beringola es valiente. Me sonrío y dice:

—Alégrate, compañero director. ¡En el celuloide tenemos a los trimotores descargando bombas! Vaya película, ¿eh?

El estocismo de Beringola, su orgullo de operador que, aun a costa de su sangre, ha logrado "una «buena toma" para mi film, me impone respeto y admiración.

—¡Llévadle en el coche al Sanatorio del nuestro Sindicato!— ordeno a los compañeros.

Un coche parte, llevando a Beringola y a Morchón. El otro coche, conducido por Pepe, lo presto para conducir heridos a los puestos de socorro.

Son numerosos los heridos. Al quedarme solo en la calle infernal, vuelvo la vista atrás y veo—¡visión apocalíptica que no olvidaré jamás!—a un miliciano llevando en sus brazos a un herido pero no un herido normal, no: el herido, que ya ha cesado de serlo, ascendiendo a la "categoría" de cadáver, es un hombre *sin cabeza*... ¡La metralla le ha arrancado la cabeza! Y por su cuello horrible destila una cantidad enorme de sangre. El miliciano y su compañero decapitado están teñidos de rojo, como el suelo, como la atmósfera... ¡Todo es rojo esta mañana, en esa trágica esquina de la calle de Fernando el Católico! Mis nervios comienzan a desobedecerme... Me informo. El desgraciado formaba parte de un grupo de cuatro compañeros que hemos visto poco antes, yendo hacia las trincheras de primera línea, llevando sobre sus hombros una cajas de bombas de mano. La metralla de una de las bombas de aviación ha hecho estallar las cajas de bombas de mano, y sus portadores han volado en pedazos. ¡Es la guerra!



Mis piernas flaquean. Maquinalmente me encamino hacia las alambradas, sin darme cuenta que las balas silban constantemente en torno mío, hasta que la voz de una compañera capitana, que se desliza, agachada, junto a mí, me grita:

—¡Cuidado, compañero! ¡Están tirando aquí!

Me coge ella misma por el brazo y me conduce a lugar seguro, a una esquina de la calle. En aquellos momentos no soy un valiente. Soy un inconsciente: me siento como atontado ¡mi cerebro no puede pensar... Veo aún, como en una alucinación, al compañero decapitado, tinto en rojo, y empiezo a reflexionar si no soy yo el culpable de la desgracia de mi compañero Beringola, por haberle traído aquí, a este infierno de fuego y de metralla, en donde a cada paso nos saluda "la diosa de la Nada", la Muerte horrible que nos está arrebatando lo mejor de nuestra juventud trabajadora... Mi cabeza arde... Un coche de abastos pasa cerca de mí, y el compañero chófer me grita, deteniendo el auto:

—¿Estás herido, compañero?

Contesto con un signo negativo. Pero el compañero me invita a subir.

Abro la portezuela y entro en el vehículo. Me siento. A mis pies hay un cordero—¡también sin cabeza!—que los muchachos llevan a cualquier cocina de hospital...

La vista de este corderillo me desata la lengua en una reflexión irreverente en voz alta:

—Oye, compañero—pregunto al chófer—. ¿Es hoy la fiesta de los descabezados en Madrid?

El chófer me mira con los ojos muy abiertos, sonrío con precaución y no me contesta. Pero su mirada ha sido para mí una respuesta: "¡Pobrecillo! ¡Ha perdido la razón!" Cierto. Me ha tomado por loco.

Me conduce hasta mi Sindicato, sito en Miguel Angel, y se despide de mí con afabilidad, diciéndome:

—¡Que te mejores!

Subo precipitadamente las escaleras que conducen a los aposentos de enfermos de nuestro Sindicato. Entro en el cuarto de mi compañero herido.

Beringola yace en el lecho, la cara vuelta hacia mí, pero sonrío. Acaban de hacerle la primera cura. Tiene una esquirla de metralla en la paletilla derecha. No es grave, según ha dicho el médico pero por ahora está incapacitado para levantarse.

—Lo que más me preocupa—dice el herido—es la suspensión del trabajo en estos momentos de lucha activa.

A mí también me preocupa la suspensión. Pero la salud es antes que nada. Y tranquilizo al animoso Beringola, diciéndole que esperaremos el tiempo necesario.

Todo el equipo estamos en torno a la cama en que reposa Beringola. Entra un compañero trayendo una noticia. Durante el bombardeo aéreo de esta mañana, los fascistas emboscados en Madrid, los "pacos", como vulgarmente se les llama, han disparado sus pistolas en diversos puntos de la capital, causando víctimas. En la calle García de Paredes, transversal a la de Miguel Angel, hoy cale de Buenaventura Durruti, e inmediata a nuestro Sindicato, se encuentran los talleres cinematográficos en cuyos laboratorios está mi ayudante, Martín, montando nuestras películas, y de una casa de enfrente, y aprovechando el pánico del bombardeo tres individuos

han lanzado una potente bomba de mano contra la puerta de los talleres, hiriendo en los pies al responsable. Los tres individuos han sido detenidos se habían escondido en un armario. Son tres españoles, con documentación—falsa— inglesa.

Este hecho en sí, no pasaría de ser un episodio más de la jornada. Pero hay un detalle que, por su ironía, provoca nuestra carcajada unánime.

En efecto nuestro "cauteloso" compañero Martín, que no ha venido al frente con nosotros, se ha librado por mera casualidad de la explosión de la traidora bomba de mano, pues se encontraba en el taller, trabajando.

—¡Esa bomba venía por ti, Martín!—dice, bromeando, el pequeño Pepe, nuestro compañero chófer, el andaluz "salao".

Y Martín, pálido aún recordando lo ocurrido, sonrío con suficiencia y adopta una postura "napoleónica".

—¡Pues han perdido el tiempo!—dice—. ¡Yo soy de los que me "carcajeo" de los *abusos de los obuses!*

¡Paf! Una alpargata vuela por la estancia, buscando la cabeza del "Muñoz Seca de vía estrecha".

Ha llegado la hora del almuerzo. Nos despedimos del compañero Beringola, y los que quedamos "útiles" del equipo nos citamos para después de comer en el café Capitol, sito en la Gran Vía.

A las tres y media de la tarde nos encontramos todos: Morchón, Martín, Manolo, Pepe y yo—Cotiéllo se ha quedado en el Sanatorio, tosiendo a sus anchas—, sentados ante una mesa del Capitol, degustando el rico café "expres". A las cuatro menos cuarto vemos, a través de los cristales de las ventanas, los transeúntes mirando hacia arriba y corriendo, alocados, en todas direcciones. Dos minutos después oímos los motores de la aviación enemiga, y casi simultáneamente una primera explosión, formidable, que nos obliga a guarecernos en el sótano del edificio, ya repleto de gente. Siguen varias explosiones más, muy cercanas de allí... A las cuatro de la tarde, ha renacido la calma... Se habla de veinte muertos y unos cincuenta heridos, mujeres y niños, como siempre, en su mayoría.

Manolo piensa en su coche grande. (El pequeño lo hemos dejado en el Sindicato). Y sale precipitadamente a guarecerlo. ¡Algo tarde es! Afortunadamente, nuestro "valiente", coche no ha sufrido

desperfectos. Lo conduce y lo deja delante de la entrada del Cine Callao, en la plaza del mismo nombre, junto al café Capitol.

No bien regresa a nuestro lado el muchacho, y cuando ya nos disponemos a salir a la calle, un tremendo estampido nos sorprende. Miramos al cielo. ¡Ni sombra de avión! ¿Entonces?... Estalla un segundo artefacto, casi en el mismo sitio, a setenta metros de nosotros, en la fachada de los almacenes "Sepu", en la Gran Vía. ¡¡Canallas!! No satisfechos con los bombardeos aéreos, ahora nos cañonean. Pero, ¿qué objetivo buscan aquí, en esta pacífica arteria madrileña? ¿Objetivo? Sí. Lo tienen. Es el objetivo de los cobardes, de los impotentes: ¡matar a indefensas mujeres y ancianos, a inocentes criaturas! ¡Y lo han logrado!

Henos de nuevo en el sótano. Cada estallido de obús hace retumbar los cimientos del edificio. Pero ahora estamos bien, resguardados. Y hasta el innenarrable Martín ha empezado a "obsequiarnos" con sus chistes malos. Como "primer plato" nos sirve un "refrito": el de los abusos de los obuses. Nosotros le largamos un "meneo" pero el público del sótano se lo celebra. Esto le enarcede. Se oye ahora el estampido lejano del cañón, pero no la explosión del proyectil. Lo que aprovecha Martín para "colocarnos" éste:

—¡Este obús debe ser juez, porque *ha fallado*.

—¡Y tú eres la peste bubónica, porque nos has echado!—le gritamos casi a coro. Y nos encaminamos hacia la salida.

Montamos en el auto y partimos a toda velocidad, a hacer unas diligencias.

El ruido del cañón enemigo sigue oyéndose, pero los obuses estallan todos a la misma distancia. ¡Pobres almacenes "Sepu"!

Ultimo chiste, macabro éste, de Martín:

¡Caray con los obuses! ¡La han *toma*o con el "Sepu"! Ahora, para acercarse por allí, habrá que preguntar: "¿ Sep..., sepu—ede pasar?..."

Para que mis lectores se den cuenta de nuestra benevolencia, yo declaro, bajo mi palabra de honor, que, a pesar de tamaños "atentados", Martín vive todavía, y... ¡que viva muchos años!

Ya ha anochecido cuando llego a mi casa. Como ahora estoy solo, un compañero vecino me invita a pasar a su casa. Al ver la palidez

de mi semblante y mi estado de nerviosismo, inquiere lo que me ha sucedido...

Y—¡no os riáis, lectores!, estoy narrando hechos y debo decir la verdad—recordando en un momento la trágica jornada de infierno que he vivido hoy, rompo en llanto. No me avergüenzo de ello, no. Que los hombres también lloran, y en ciertas ocasiones es mucho más hombre el que llora que el que ríe... No he podido dominar la reacción, y lloro como un niño. Todos los presentes en aquella estancia, comprenden y respetan mi dolor.

Cuando me he serenado, hago un relato sucinto de lo que he visto y sufrido en este día y un escalofrío de terror recorre a mis oyentes. ¡Cuántas víctimas! ¡Cuánto daño! Y todo, ¿por qué?... ¿Para qué?...

Ya en mi cuarto, me meto en la cama y el sueño me rinde...

DURRUTI

A las siete de la mañana estoy de pie. Un frugal desayuno y ¡a la calle! Pepe me espera en el coche, a la puerta. Tengo que ir a visitar a nuestro entrañable compañero Durruti y, hablarle para una toma de vistas de su columna que he decidido llevar a cabo.

Nuestro inolvidable y heroico Buenaventura Durruti me recibe con la amabilidad tan peculiar en él. Le expongo mis deseos.

—¡Magnífico, compañero!—me dice—. A tu disposición en todo, menos en figurar yo mismo en la película. Soy enemigo acérrimo de las exhibiciones personales, porque creo que eso encierra una vanidad que yo no tengo. Puedes disponer de mis compañeros. Los milicianos se prestarán a todo cuanto juzgues útil, pues tu labor, lo reconozco, es altamente interesante. Pero déjame a mí *entre bastidores*.

No queriendo herir su susceptibilidad, me muestro conforme. Dentro de unos días, vendré a comunicarle mis proyectos y a ponerlos en ejecución.

¡Pobre Buenaventura Durruti! ¡Viniste a salvar a Madrid, y en Madrid has encontrado la muerte! ¡Pero Madrid y el Pueblo español no te olvidan, no te olvidarán nunca! Ya en la calle en que habías establecido tu cuartel general: el nombre de Miguel Angel se ha borrado para colocar el tuyo: calle de Buenaventura Durruti.

Cuatro días después de la entrevista que acabo de relatar, el heroico luchador Buenaventura Durruti caía muerto por una bala traidora. España entera—y muchos compañeros del extranjero—lloran su muerte con amargas y sinceras lágrimas. ¡Y es que Durruti era un titán, la figura simbólica del anarquista todo corazón, todo amor para el pueblo trabajador y todo odio para los traidores que se levantaron en armas y de los qué él fué el azote incansable que les hizo retroceder desde Cataluña hasta Zaragoza.

¡Buenaventura Durruti ha muerto! ¡¡Viva Buenaventura Durruti!!

Todavía tengo grabado en la memoria el momento en que supe la muerte del héroe. Estaba yo en la Consejería de Propaganda de la Junta de Defensa de Madrid, hablando con el consejero, compañero Andrés Villar, respecto a mis planes de rodaje de la película con la Columna Durruti, cuando sonó el teléfono.

Villar coge el auricular y se anuncia. De pronto le veo palidecer. Balbucea en el teléfono, tembloroso:

—¿Cómo?... Pero..., ¿muerto? ¿Esta mañana?...

Y se vuelve a mí, y me dice con voz ronca:

—¡Durruti ha sido asesinado! Una bala... no se sabe cómo...

Renuncio a describir aquí el dolor que nos sobrecogió a ambos. Y decidimos no comentar ni dar la noticia a nadie, hasta que se hiciera pública. ¡Aquel golpe era el más terrible sufrido desde que estalló la sublevación!

El entierro de Durruti, la conducción de su cadáver a Barcelona, fué la más formidable manifestación de duelo que se ha registrado. Muchos hombres, simples campesinos y obreros manuales, lloraban sin recato. Fué como la explosión del dolor de todo un pueblo...

UNA NOCHE EN LA TRINCHERA

Han pasado cinco días, y Beringola sigue en la cama, con la prohibición del médico de reanudar su trabajo.

A las diez de la noche, y cuando apenas hace unos minutos que acabo de acostarme, vienen los trimotores rebeldes a bombardear el centro de Madrid.

¡Oh, el retumbar de las explosiones! ¡Las tengo incrustadas en mis oídos! No pudiendo conciliar el sueño, y temiendo el regreso de los pajarracos de la Muerte, me visto rápidamente, cojo mi lámpara de bolsillo y salgo a la calle. En el umbral me tropiezo con un camarada vecino, que me pregunta:

—¿Adónde vas a estas horas, compañero?

—Voy al frente, a dormir tranquilo. En la capital, los malditos aviones no nos van a dejar en paz—contesto.

Y mientras me alejo a buen paso, oigo la voz de mi vecino que habla con el sereno, y le dice:

—¿Has oído? ¡Huye del peligro y se va al frente! ¡Es un paradójico!



Yo no sé lo que soy; pero sí sé que no quiero, de ningún modo, morir en la retaguardia. No es heroicidad, ni mucho menos es un capricho como otro cualquiera. Las calles de la urbe están desiertas y totalmente oscuras. Me encamino hacia el trágico Parque del Oeste, que, ¡ay!, de sobras conozco ya. Más de una hora dura mi viaje pedestre hasta las trincheras. Me he provisto de la consigna de

hoy. He hecho bien. Una patrulla me detiene y me espeta la frase interrogativa de la consigna, a la cual yo contesto.

Enseño mi documentación y me dejan libre el paso. Llego, al fin, a la primera guardia de trincheras, se repite la consigna, muestro mi "¡Abrete, sésamo!", y un compañero miliciano de la guardia me acompaña a través de aquel laberinto de alambres y estacas hasta penetrar, deslizándome, en una trinchera. Saludo a los compañeros y me doy a conocer. En efecto: ya no soy un extraño para ellos. Entre ellos se ha comentado mucho la aventura del equipo de cinematográficas de la pasada semana, el día de los bomberos de la Cárcel Modelo y del cuartel de Milicias. Me acogen muy fraternalmente. Me preguntan si he cenado, pues conocen la escasez de víveres en la capital. Contesto afirmativamente. Pero un miliciano que se halla ocupado en destapar un voluminoso paquete me hace seña para que me acerque. Y sacando una respetable tajada de jamón, me la ofrece. Acepto. Otro miliciano me obsequia con medio pan. Aceptado. Y damos comienzo a la tarea mucho más agradable que tirar y recibir balazos: la masticación de viandas...

—¿Has venido en observación, compañero?—me preguntan.

Y cuando les explico la verdad de mi venida al frente, se echan a reír y me dan cariñosas palmadas en la espalda.

Uno de ellos me relata el cuento de Gedeón, que huyendo un día de la lluvia se metió en el mar, de donde le sacaron medio ahogado. Todos ríen la ocurrencia comparativa. El ambiente es de franca camaradería.

A los pocos momentos, enmudecemos todos, para escuchar el zumbido de los trimotores que vuelven sobre Madrid, descargando sus bombas sobre la indefensa población civil. Las explosiones se oyen muy lejos.

Y dice un compañero barbudo, que había reído mucho hasta ahora:

—¡Pues no es tan estrafalaria la idea de este compañero, viniendo a pasar la noche aquí!

—¿Por qué no vienen a bombardear en el frente y dejan tranquilo al pueblo de Madrid?—exclama otro.

Ha cesado el lejano bombardeo.

Un silencio de muerte se extiende por este lugar desolado en donde unos miles de hombres se acechan unos a otros para destruirse... Los insectos, han desertado del :campo: no se oye el más leve rumoreo.

De pronto, una manada de cuervos en vuelo rompe el silencio con su aleteo.

—Esos vienen del Puente de los Franceses—dice un miliciano—. ¡Menudo "banquete" se habrán dado allí con carne mora! Ayer les hicimos más de doscientos muertos, que no han retirado aún. Esa gentuza abandona los cadáveres de los suyos, y si alguna vez nuestros camilleros se disponen a retirarlos, les ametrallan con saña.

Una orden llega a la trinchera. Tres milicianos deben ir, siguiendo el camino de trincheras, a cierto punto de la primera línea de fuego, a llevar un comunicado. Pido autorización para acompañarles, que me es concedida.

Y silenciosos partimos por estas "lujosas" avenidas de tierra, tropezando a menudo con algún durmiente, que se despierta con un gruñido.

Llegados a un recodo de trinchera, mis compañeros milicianos me hacen signo de agacharme. Ellos hacen lo propio. Y arrastrándonos proseguimos la marcha. Es que el enemigo está a unos cinco metros del recodo, y con la tranquilidad de la noche se perciben los pasos...

Al fin nos internamos en un espacio más ancho, como una plazoleta, en donde veo un mortero y una ametralladora. Los portadores de la comunicación se acercan a sus compañeros y les hablan en voz baja, dándoles un papel. Yo me he quedado atrás, a una distancia prudencial. Veo que empiezan, a desmontar los artefactos mortíferos.

—Nos "mudamos" de casa—dice uno de ellos, dirigiéndose a mí—. Aquí corren malos vientos.

Como surgidos de la nada, aparecen otros milicianos, soñolientos, cubiertos de tierra. Estaban durmiendo en "sus habitaciones", unos agujeros profundos, a guisa de fosas, practicados en la parte baja de esta trinchera.

Acto seguido regresamos a nuestro punto de partida. Al introducirnos en una trinchera, mejor acondicionada que las otras, en donde hay varios milicianos durmiendo, rae oigo llamar por mi

nombre. Miro. Es un compañero de las Juventudes Libertarias, perteneciente al ramo de la construcción.

Me conoció en el local de Sindicatos de la C. N. T., en la calle de la Luna. Me invita a quedarme un rato con ellos. Tienen mantas y hasta unos sacos de paja. Acepto. Me tiendo, y cubierto con una buena manta de lana me dispongo a dormir.

A los pocos minutos, un cuerpo extraño ilumina el espacio. Es un cohete luminoso de los rebeldes, lanzado desde sus trincheras. Inmediatamente se oye una descarga cerrada. Sin duda han tirado sobre los "inquilinos" que se mudan de casa". Sigue una ráfaga de disparos sueltos. Luego, el tableteo de ametralladoras que empiezan a funcionar. Tres explosiones más fuertes retumban en el espacio.

—¡Ya se ha "liao", ya!—exclama un durmiente. ¡Eso han sido tres piñas de los nuestros.

—Pero, ¿es que no vamos a poder dormir tranquilos?— gruñe un miliciano con voz ronca, que se halla junto a mí—. ¿Para qué gastar así las bombas de mano?

Pronto cesa el tiroteo y vuelve a imponerse el silencio nocturno.

Como mi vecino de "cama" se ha despertado, entablo conversación con él. Es un veterano combatiente. En la Gran Guerra, del 1914 al 1918, estuvo peleando en Francia, como voluntario. Aprendió muchas cosas. No recibió recompensa alguna pero sí dos balazos en la ingle, que le causaron "ciertas molestias", como él dice. Y entrando de pronto en el dominio filosófico, explica:

—Yo estaba en París cuando se declaró la guerra, trabajando en un restaurante de los de precio fijo. La comida era una verdadera bazofia pero la servían muy bien y a precios económicos. La cliente la era numerosa. A los pocos días de haber estallado la guerra, vino un cliente a echarnos un discurso "revolucionario" hablándonos de la barbarie alemana a la que había que exterminar y de las libertades de Francia, que había que defender a todo precio... ¡Era el día en que un avión "boche" dejó caer una bomba en la rué des Marais, a las cinco de la tarde, matando a una portera y dos niñas!

—Lo recuerdo—le digo—. Estaba yo entonces en París.

El narrador se congratula de la observación y continúa, con voz desgarrada por un catarro pertinaz:

—Yo creía entonces en las libertades democráticas y todas esas zarandajas burguesas, y me alisté como voluntario. ¡He matado a muchos alemanes! Francia ha ganado la guerra. Pero el Pueblo francés vive hoy más miserable que nunca. Yo no sé lo que han hecho con los Tratados pero es lo cierto que la militarista Alemania es hoy tan potente como antes y más agresiva que antes. Se quiso matar el militarismo alemán, y ese militarismo no ha hecho más que cambiar de nombre y de países. Hoy se llama fascismo.

Carraspea, tose, saca la pitillera y me ofrece un cigarrillo. Fumamos.

— ¡Cuántas veces me he arrepentido de los cuatro años de sufrimientos!—continúa mi interlocutor—. De aquellas libertades de que me hablaban en un principio, no he visto ni la muestra. La Gran Guerra no fué, ni más ni menos, que un magnífico negocio para los fabricantes de armas y municiones del mundo y para los especuladores de la retaguardia, favorecidos todos ellos por los canallas politicastos, que también hacían su negocio. El combatiente, el Pueblo, no tuvo más que pérdidas. El que no perdió la vida, perdió ¡la vista, o uno o dos miembros de su cuerpo, que le han dejado inválido para siempre. ¡Desde entonces, aprendí muy bien lo que significa la palabra 'democracia'!

Tose de nuevo y se calla. El compañero conocido mío ronca sonoramente. Es ya la hora de descansar. Me acomodo y me duermo.

*** **

¿Cuántas horas he dormido? ¿Cinco, seis?... No lo sé. Lo cierto es que he descansado bien. Un cañonazo enorme me ha despertado bruscamente. Mi vecino, el combatiente veterano, se levanta malhumorado y coge su fusil.

—¡Es el toque de diana!—me aclara—. Todos los días, a estas horas, empieza el "follón". ¡Vamos a darles el "desayuno" a Los moros!

Y se despide de mí, con un fuerte apretón 'de manos. Se aleja y yo vuelvo hacia atrás, tropezando a cada momento con combatientes que acuden al ataque matutino, fusil en mano y los ojos hinchados de sueño. Pasa un grupo de dinamiteros con bombas de mano en la

cintura y en las manos. ¡Todos llevan anudado al cuello el pañuelo rojinegro de la F. A. I.! ¡¡Salud y suerte, valientes luchadores!!

PARTIMOS DE NUEVO

Ha transcurrido cerca de un mes en espera del restablecimiento de nuestro compañero Beringola. Esta inactividad es insoportable. La situación en los frentes de Madrid ha mejorado ligeramente pero los 'aviones y los cañones de largo alcance de los facciosos siguen destruyendo Madrid y causando centenares de víctimas inocentes... El estado de mi compañero operador ha mejorado pero, según me dice el médico, la convalecencia será larga.

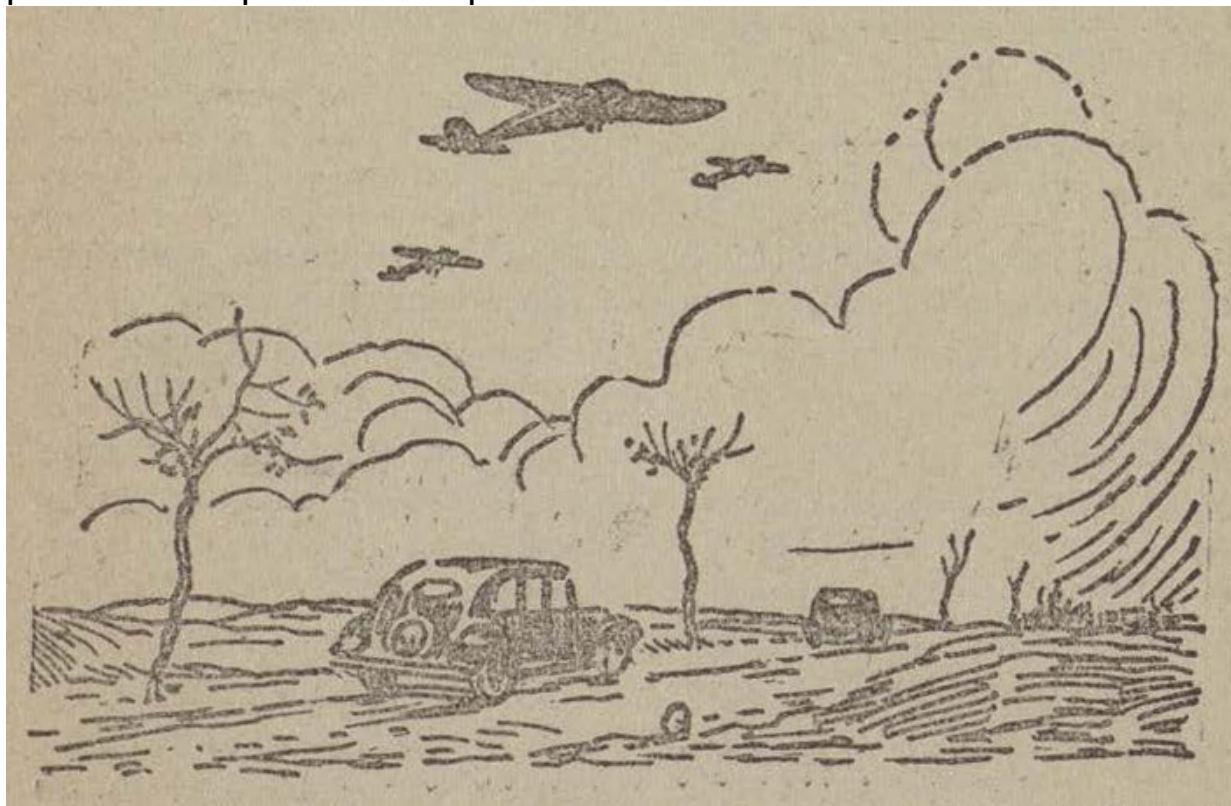
Mi resolución está tomada. Nuestro compañero Morchón, excelente fotógrafo, "debutará" ahora como operador cinematográfico Y vamos a partir de nuevo. Esta cruenta guerra y los acontecimientos múltiples que se descuellan, no permiten el ocio. Considero que la inactividad es un crimen en estos momentos.

Los compañeros del Comité Regional del Centro me han aconsejado vayamos a la Mancha, para tomar lo que de interesante haya, particularmente en Membrilla.

Y provistos de cámaras fotográficas y de un tomavistas de mano, "Kinamo", partimos de nuevo en nuestros coches. Miembros de la expedición: nuestros dos compañeros inseparables, los chóferes Pepe y Manolo Cotiello, con su escandalosa tos, que le martiriza bastante Morchón, con su envidiable apetito, y yo, con mi úlcera duodenal y mi bote de bicarbonato. ¡Todo listo! ¡En marcha!... Salimos por la mañana, y a unos sesenta kilómetros de Madrid, pasado Aranjuez, vemos tres aviones negros en vuelo de observación. Pero se alejan... ¡Buen viaje y no volváis por aquí!

Al llegar a la entrada del pueblecillo llamado La Guardia, no puedo menos que hacer detener los coches, y tomamos un par de

panorámicas, con detalle, de este lugar encantador. Es uno de los pueblos más pintorescos que he visto.



Hemos dejado atrás Ocaña, muy pintoresco también, pero de funestos recuerdos, por su penal, en donde tantos infelices han pasado lo mejor de su vida.

En una plaza de Tembleque, vemos un detalle que nos hace reír. En un balcón leemos un rótulo con el nombre de un Notario. Y en un ángulo, muy cerquita, una bandera revolucionaria con las iniciales del Socorro Rojo Internacional (S. R. I.). La idea de que en los tiempos presentes pueda existir aún un notario, es algo anacrónico. En un modesto bar de la plazuela, lleno de moscas y de música gangosa y chillona, tomamos una "especie" de café que quiere ser exprés, pero que no llega ni a "mercancías". Poco después, nuestros coches corren por la carretera manchega...

MEMBRILLA

Manzanares. Mucha animación en las calles y... mucho frío. Ha empezado diciembre, y con él el frío legendario de la estepa manchega.

Tres kilómetros más y estamos en Membrilla.

Pueblo grande, pero descuidado por el caciquismo cochino que había dominado siempre allí. Las calles son barrizales. Penetran nuestros coches bajo un espacioso cobertizo de la casa de la Colectividad. Membrilla, como Pedralba, como Brihuega, como otros muchos pueblos de nuestra España, vive en colectivismo. Nuestra organización ha hecho un magnífico trabajo. Nos recibe el compañero Arias, alma de la directiva, y de lo primero que se preocupa es de nuestra merienda. Traemos hambre, ¿a qué negarlo? Y en la cocina del Sindicato nos sirven las compañeras una exquisita merienda, para esperar sin bostezos la hora de la cena. Nos destinan nuestras habitaciones, y acto seguido procedemos al cambio de impresiones sobre el funcionamiento de la Colectividad.

El compañero Arias, con una amabilidad que le agradezco, nos informa detalladamente de todo. La circulación del dinero se ha suprimido. Todo se hace por medio del carnet sindical o de productor y la cartilla de consumidor. Para la distribución del pan, Membrilla se ha dividido en cuatro distritos y la Central. Con lo que se evita a los vecinos un buen trecho de camino. Cuando los, puestos distribuidores de pan de los distritos han agotado las existencias, entonces se recurre a la Central, que está en el mismo local del Sindicato.

Hemos empezado a trabajar el día siguiente de nuestra llegada. Pero como el sol se pone temprano, a las cinco de la tarde estamos ya de regreso. Voy a una de las barberías del pueblo, colectivizadas. Hay poca actividad.

—A pesar de ser el servicio "gratuito", pues que la moneda ha sido abolida—me explica el barbero, mientras me afeita—, los clientes vienen raramente, fuera de los sábados y los miércoles. Y esto se comprende. Antes, en régimen burgués, se afeitaban una vez por semana, y algunos de ellos cada quince días, por razones de economía. Hoy les viene muy cuesta arriba afeitarse más a menudo. Sólo hay dos obreros de la construcción que vienen a afeitarse todos los días. ¡Y nosotros les servimos con gusto, pues vemos

despertarse la afición a la higiene en ellos! Algunos se abstienen de venir a menudo porque temen se les critique el "abuso". ¡Ya ves tú! ¡Como si nosotros no estuviéramos aquí para servir a la colectividad!...

Acaba su trabajo conmigo, le doy las gracias y me encamino al Sindicato.

Entro en el departamento del pan, y para descansar al compañero que lo sirve me siento yo a la mesa. El sistema es facilísimo: el "cliente" presenta una cartilla con todos los días del mes en una columna, y al lado otra columna para inscribir el número de panes. Otras columnitas, paralelas, son para el chocolate, el aceite, arroz, etc. A medida que vienen las mujeres, ellas mismas cogen sus panes, yo me limito a inscribir la cantidad y a poner el sello. Nunca se da el caso de que alguien se lleve más pan del que necesita. ¿Para qué? Sabe muy bien que no le ha de faltar. Tampoco en los demás artículos alimenticios.

—En el "antiguo régimen"—me explica el compañero—, estos pobres campesinos apenas podían comer el pan necesario, pues sus jornales misérrimos no alcanzaban para la nutrición. Hoy comen con exceso es decir, comían, pues actualmente ya no tienen ambición, sabiendo que no ha de faltarles. El año pasado, sólo en Membrilla se contaban quinientos obreros en paro forzoso. Esto significaba, con sus mujeres y familia, alrededor de dos mil personas que, o comían poco y mal, o tenían que emigrar a otros contornos. Actualmente, todos los campesinos trabajan—trabajan sus propias tierras, pues todo está colectivizado en Membrilla—, ¡y más brazos que hubiera! Y en el pueblo faltan obreros de todos los ramos. ¡Nunca se trabajó tanto en Membrilla!

—¡Milagros de la Revolución!—digo yo, riendo.

—Otra cosa curiosa—interviene el compañero Arias—. Tú habrás oído hablar de las costumbres de esta comarca: los muchachos solteros estaban obligados, al pedir relaciones a una muchacha, a entregar a ésta cierta cantidad de dinero, que variaba según los posibles de cada uno.

—En efecto. He leído no hace mucho un reportaje sobre La Solana, en donde se explicaba eso.

—Pues en Membrilla era igual. Y cada vez que el novio iba a verla a la reja tenía que traerle un "regalito" en metálico: un duro, dos pesetas..., lo que pudiera.

—Dos duros me traía el mío cada semana, cuando venía a verme —interviene una muchacha de pelo azabache, ojos azules y bien formada, que nos ha estado escuchando—. Y cuando me pidió, me entregó quinientas pesetas.

—¿Cuánto tiempo habéis sido novios?—le pregunto, curioso.

—Dos años y pico nada más. Nos peleamos... por culpa suya, lo que me permitió, según la costumbre, quedarme con todo el dinero.

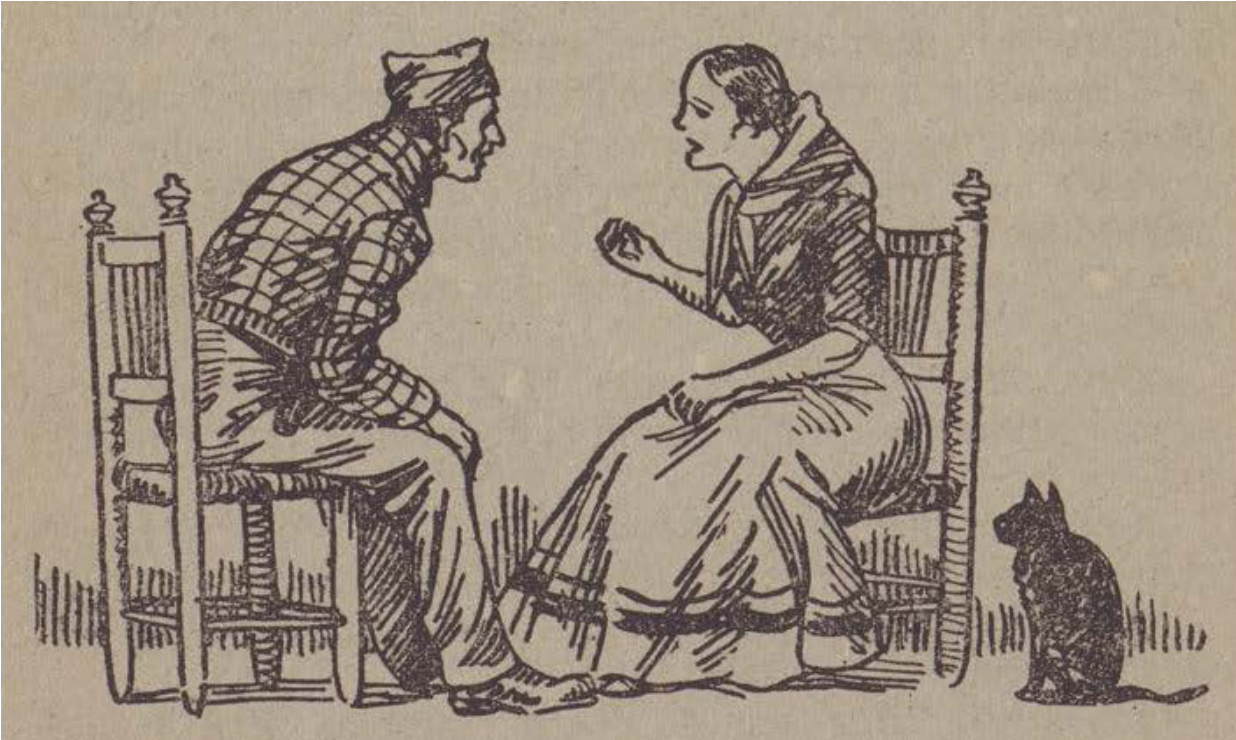
—Cerca de dos mil pesetas—afirmo yo—, que tú habrás guardado cuidadosamente, ¿no es así?

Arias ha sido llamado por el Comité yo me quedo conversando con la "capitalista".

—En efecto. Eran más de dos mil pesetas. Pero cuando estalló el movimiento me fueron requisadas y tuve que darlas para comprar otros productos necesarios a la colectividad. ¡No me arrepiento! Hoy tengo en mi casa todo lo que necesitamos, y como el dinero no tiene ningún valor, pues no me preocupo.

La muchacha dispone de tiempo, pues veo que coge una silla y se sienta a mi lado, para contarme cosas de Membrilla.

—Cuando estalló el movimiento, quedaron suprimidos la iglesia y los archivos. Antes, todo el mundo se casaba por el Juzgado y por la iglesia. ¡Y no quieras saber la de dinero que costaba todo eso! Hoy se casa la gente con mucha más facilidad y sin desembolso alguno. Y hay muchas más bodas que antes. Pasado mañana se casan tres parejas. Yo lo sé, porque son conocidas mías. La ceremonia consiste en una comida con los allegados e íntimos, y el Sindicato nos regala es decir, regala a los novios una azumbre de vino y otro tanto de limonada, para mezclarlo, y... ¡nada más! Al día siguiente, la cartilla de consumidor contiene uno o dos panes más, y algo más de viandas, para los que han ingresado en la familia. Y cuando vienen "herederos", pues, nada: un poco más de leche, las ropitas y demás, que también regala el Sindicato. ¡La vida se ha simplicado de tal modo, que ahora da gusto vivirla!



—Pero, ¿habrá sido muy duro para adaptar a las muchachas a esta nueva vida?

—¡Quiá! ¡Si lo estábamos deseando! ¡Ahora, el casamiento está al alcance de todo el mundo!—dice, riendo y sonrojándose a la vez—. Y los padres, los viejos en particular, no han hecho tampoco grandes aspavientos.

La entrada de varias mujeres en busca de pan, corta nuestra conversación.

El día siguiente lo empleamos trabajando en los campos colectivizados. Tomamos mucho detalles interesantes. Un detalle curioso: no he visto, entre los campesinos de Membrilla, ninguna cara triste. ¡Buen síntoma! ¡Otro "milagro" de la Revolución!

El domingo lo dedicamos a una excursión a la Sierra, bastante distante de Membrilla. Llamen "sierra" a unas colinas enanas de rocas rojizas, lo que, en fin de cuentas, cambia notablemente el paisaje, matando la monotonía de aquella triste estepa manchega que me recuerda las solitarias estepas rusas.

La colectividad de Membrilla tiene en esta "sierra" copiosos ganados, muy bien cuidados por los pastores colectivizados.

Luce el sol. Pero el viento frío corta las carnes. Nuestra estancia allí es acogida con júbilo pero, apenas terminado nuestro trabajo de

impresión, tiramos unas cuantas placas y nos metemos de nuevo en los coches. Pepe opina:

—Este frío manchego me hiela el sentido.

—¡No exageres!—arguye Manolo—. ¿Cómo va a helarte una cosa que nunca has tenido, sevillano?

Dos días más en el pueblo feliz de Membrilla, impresionando interesantes detalles de esta nueva vida, y, despidiéndonos agradecidísimos del compañero Arias y demás compañeros del Comité, subimos en los coches y partimos en distintas direcciones: Cotiello, con el chófer Manolo, se va a Madrid, a entregar el material rodado y proveerse de material virgen. Nos citamos en Valencia, para dentro de tres días, pues tengo la intención de marchar al frente de Teruel. Morchón y yo, con el chófer Pepe, nos encaminamos hacia Ruidera, "la perla de la Mancha", cuyas lagunas son una verdadera maravilla. Como todavía disponemos de un par de rollos de negativo, tomaremos lo más saliente.

Llegamos a Ruidera ya entrada la noche. El frío ha recrudecido...

RUIDERA

Ruidera no es un pueblo. Es una aldea. Pero una aldea que muchos pueblos envidiarían, por su situación topográfica, sus bellezas naturales y la feliz existencia que viven sus habitantes. En el caserón que es hoy ayuntamiento y sindicato a la vez, somos recibidos por el secretario, el compañero Soler, de la sindical hermana U. G. T., que se muestra encantado de nuestra visita. Y nos lo prueba desviviéndose por sernos útil. Después de una opípara cena, servida en la cocina, al lado de una hermosa lumbre de chimenea, cuyo calor nos hace pronto entrar en reacción, nos muestra nuestras habitaciones en una casa vecina, limpias y bien cuidadas, con cómodas camas bien abrigadas.

¿Quién pretende que entre la U. G. T. y la C. N. T. hay divergencias? ¡Algún loco! La fraternal amistad y el entusiasmo con que este compañero *ugetista* nos trata, debiera servir de ejemplo a los sembradores de discordia entre las dos sindicales hermanas. Aquí no hay más que antifascistas, revolucionarios de corazón. El color de las banderas sindicales no juega ahora ningún papel.

Al día siguiente, provistos de nuestras cámaras, nos ponemos en marcha, por una carretera en serpentina, bordeando las azules y profundas lagunas, en cuyo espejo se mira y juguetea el sol invernal. ¡Lagunas de Ruidera! ¡Perla manchega cuya visión de ensueño llevo aún en mis pupilas! ¡Quiera la suerte que no siembren allí el luto los aviones destructores!...

Hemos enriquecido nuestras cámaras con magníficos panoramas y regresamos, con la satisfacción más íntima, a hacer honor a la comida, que la simpática compañera de Soler nos ha preparado. El alcalde de Ruidera, que acaba de regresar de un viajecito, nos saluda y se nos ofrece incondicionalmente.

—¡Sean bienvenidos los hombres de la gloriosa Confederación Nacional del Trabajo a nuestra humilde aldea!—nos dice, estrechándonos la mano, emocionado.

El día siguiente lo dedicamos a tomar "detalles" en la aldea. Muy interesante las aldeanas haciendo "tomiza", principal "industria" de Ruidera, que consiste en trenzar cuerda de esparto, trabajo que realizan con una rapidez in— concebible. También la niña mayor del compañero Soler se muestra como una "tomicera" de primera línea. La "tomiza" es labor de mujeres.

Hemos pasado tres días en Ruidera, tres días inolvidables, lejos de la metralla mortífera y de los ayes de las víctimas de la guerra. Tres días de paz y de reposo, ya que el trabajo mismo ha sido un reposo para nuestro espíritu. Y decidimos encaminarnos a Argamasilla de Alba, poco distante de allí. El compañero Soler, que desea ir a su casa, en Villarrobledo, nos acompaña. Se acomoda en el coche y, afablemente despedidos por el alcalde y los habitantes de la aldea, nos ponemos en marcha después de comer. Son las dos de la tarde. Luce el sol en las alturas, pero el frío arrecia. Al pasar por las cercanías de Argamasilla vemos que nuestros aparatos de

aviación han abandonado aquel campo de aterrizaje, y seguimos hasta El Tomelloso, en donde se encuentran (o se encontraban en aquellos días, pues han cambiado de lugar la guerra lo exige así) y hemos creído oportuno tomar una escuadrilla de aviones leales en pleno vuelo.

EL TOMELLOSO

Todavía hoy, después de más de medio año, recuerdo con cierta "aprensión" el nombre de esta población manchega... Entramos en El Tomelloso a las tres y minutos de la tarde. Y nos encaminamos al campo de aviación, en busca del capitán responsable, pues deseo exhibirle mi documentación y solicitar de él permiso para rodar unos metros de aviones en pleno vuelo. Los milicianos que guardan la entrada del campo se nos acercan, y mientras Morchón coloca en el estuche su cámara cinematográfica, que llevaba suelta, pues estaba arreglando el disparador, yo exhibo mis documentos y pregunto por el capitán de aviación responsable.

(Doy todos estos detalles para que el lector pueda bien darse cuenta de lo que voy a relatar.)

El miliciano me devuelve mi documentación, diciéndome:

—Podéis pasar al campo, si queréis. Pero el capitán, jefe del campo de aviación, no está aquí. Se encuentra en el Hotel Bristol. Sin embargo, allí llegan los aviadores, que os darán más detalles.

En efecto, avanzan hacia nosotros cuatro aviadores en grupo, y tras ellos, otros dos: uno, pequeño de estatura el otro muy alto.

Yo saludo al grupo de los cuatro. Y uno de ellos me pregunta qué es lo que deseamos. Por toda respuesta, le entrego mi documento. Mientras tanto, han llegado a nuestro lado los otros dos que venían detrás. Yo aclaro:

—Como veis, estamos debidamente documentados y acreditados, con credencial firmada por el general Miaja, en Madrid. Mi intención

es presentarme al capitán responsable del campo y solicitar autorización para impresionar aviones en vuelo, si es que hacéis maniobras o vuelos de ensayo.

Mi interlocutor me dice que podemos ir con ellos al Hotel Bristol, a ver al capitán. Montamos en mi coche, y ellos nos preceden en otro. Llegados al hotel subimos al comedor pero el capitán ha salido. Un nuevo personaje, que ha estado alejado de nosotros en el comedor del hotel, cuchicheando con el pequeño que en el campo llegó el último, me pide la documentación, que examina cuidadosamente. En cambio, las credenciales oficiales de mi Organización, así como mi carnet sindical de la Confederación, los rechaza. Este detalle me induce a pensar en que aquellos hombres intentan algo contra nosotros, máxime viendo la cara hosca del pequeño y el cuchicheo ininteligible que se trae. Este nos invita a ir con ellos al Ayuntamiento, en busca del capitán. De nuevo en la calle, yo me voy con ellos, andando, hasta la cercana plaza en donde está el Ayuntamiento, mientras Pepe y Morchón suben al coche y nos siguen, perseguidos, a su vez, por el otro coche. Penetramos en el Ayuntamiento, mientras en la plaza quedan Morchón y Pepe, circundados por los otros, sin duda para que no escapen...

En el espacioso despacho del alcalde se encuentran éste y el camarada Muñoz, delegado de guerra. Algo apartados, junto al balcón, los aviadores cuchichean de nuevo, muy animadamente. A mis oídos llegan estas palabras:

—Estoy seguro de lo que he visto. El fotógrafo tomaba vistas de nuestro campo, mientras éste (y me señalaba con la cabeza) entretenía al miliciano de guardia. No me cabe duda que son espías —dice el pequeño.

Mi respuesta no se hace esperar.

— ¡Mide mejor tus palabras, camarada! Ni mi fotógrafo ha tomado vistas, ni nosotros somos espías. Pertenece a la gloriosa Confederación Nacional del Trabajo, que está dando su sangre en los frentes de lucha.

El aviador no contesta. Acaba de penetrar en la estancia el tan deseado capitán, y tras él, mis dos compañeros acompañados por los aviadores y por dos policías de la localidad. Ellos toman asiento, algo alejados de la mesa del alcalde, ante la cual estoy de pie,

prestando declaración. El capitán examina mi gorro de campaña con las iniciales C. N. T., y en un tono brusco me pide la documentación y credenciales, ordenando acto seguido al alcalde que nos desarme. Este me ruega le entregue mi pistola. Lo propio ocurre con mis dos compañeros, que siguen sin comprender lo que ocurre. Mi documentación, credenciales distintas y carnet sindical ha sido minuciosamente examinada por el capitán y por el alcalde. También la de mis compañeros. ¡Ah! Tengo que añadir que el excelente compañero Soler, de Ruidera, ha quedado igualmente detenido, a pesar de ser conocido en la Alcaldía. Tal ha sido la orden del famoso capitán. Este me interroga:

—¿Con qué objeto han tomado ustedes fotografías del campo?

—En primer lugar, capitán, no hemos tomado del campo ni película, ni fotografías. El miliciano de guardia que se acercó a nosotros puede testimoniar. En segundo lugar, estoy cansado de repetir a todos que mi ida al campo tenía por objeto presentar a usted mis credenciales y solicitar autorización de usted, no para tomar el campo, que no me interesa, sino para tomar algún aparato en vuelo. Quiero hacerle observar, capitán, que mis películas y fotografías son examinadas por el Estado Mayor y por la Junta de Defensa de Madrid.

—En mi campo mando yo. Y la toma de fotografías o película en él se paga con la muerte; sépalo usted.

—Medida muy acertada, muy justa, que aplaudo sin reservas. Al traidor, al espía, se le fusila. De acuerdo. Pero yo tengo una prueba irrefutable de que no hemos cometido delito alguno. Ahí, encima de la mesa, tiene usted las dos cámaras: la cinematográfica y la fotográfica. Entréguelas usted a una persona de su confianza, que las lleve a casa de un fotógrafo y que lo revelen todo. Entonces se convencerá usted de su error y saldremos todos ganando.

—Yo no necesito sus consejos. Este hombre—y señala al aviador de corta estatura—le acusa a usted muy formalmente y eso me basta. Además, a los espías, o a los sospechosos, primero les pego cuatro tiros y después les interrogo.

—Os aseguro, queridos lectores, que nadie de los presentes ha reído el macabro chiste del capitán. Este se aleja con el alcalde, al que habla al oído indicándonos a nosotros, y se marcha. El alcalde

vuelve al salón y me dice que quedamos allí detenidos hasta que llegue una orden del capitán.

Explico a Morchón y a Pepe lo que ocurre. El compañero chófer está consternado y ve el porvenir de lo más negro.

En este momento penetra allí el miliciano que estaba de guardia en el campo y que se acercó a nosotros para pedirme la documentación. Se entera de lo que ha ocurrido y dice al alcalde que él está dispuesto a testimoniar en nuestro favor, afirmando la verdad esto es: que no hemos tomado vistas.

Debo hacer constar que el capitán no ha dado orden de hacer revelar lo que hay en nuestras cámaras, diligencia que aclaraba por sí sola el asunto.

Muñoz, el delegado de guerra, ordena al miliciano vaya a ver al capitán al Hotel Bristol y le explique lo ocurrido. Sale el miliciano.

El alcalde nos mira de un modo extraño y mueve la cabeza imperceptiblemente. ¿Le habrá dado el capitán alguna orden bárbara? Penetra en la sala un muchacho alto llevando las insignias de la F. A. I. y se dirige a mí, interrogándome sobre lo ocurrido. La noticia de nuestra detención ha corrido por El Tomelloso como un reguero de pólvora. Este compañero se indigna e interpela al alcalde:

—¿Cómo te has atrevido a quitar la documentación y desarmar a estos compañeros? ¿Pretendes colocarte frente a nuestra Organización? ¿No te imaginas lo que una cosa así puede costarte?

—Yo lo siento mucho, compañero pero no puedo hacer nada. Aquí manda el capitán.

Y nuestro compañero, señalando a Muñoz, replica:

—Aquí manda el delegado de guerra mandas tú, Muñoz. El capitán mandará en su campo de aviación. Pero como estos compañeros no han cometido allí ningún delito, tú eres quien debe disponer su libertad y devolverles ahora sus documentos y sus armas.

Intervengo yo para apaciguar el asunto, que va subiendo de tono, pues ya el compañero anuncia la intervención de las Juventudes Libertarias de El Tomelloso en masa si no se zanja el asunto. Y logro calmar los ánimos.

Afortunadamente, nuestro acompañante de Ruidera no ha sido encartado, y en la misma tarde es puesto en libertad, marchando a su casa de Villarrobledo.

Miro por el balcón y veo en la plaza al pequeño aviador conversando con el otro y mirando hacia el Ayuntamiento. ¡Me he quedado con ganas de decirle alguna cosilla!

Pasan las horas, largas, monótonas... En la sala hace un frío siberiano.

Ha anochecido. El alcalde nos dice que podemos ir a cenar a una buena fonda en la que se han encargado los cubiertos para nosotros, por cuenta del Frente Popular pero tendremos que ir con dos policías de guardia, pues estamos detenidos. Y hacia las ocho nos encaminamos, a tientas (Tomelloso está a oscuras) a una fonda de primer orden, acompañados por los dos camaradas policías.

Cenamos bastante bien. Pero el legendario buen apetito de Morchón ha brillado esta noche por su ausencia. Tampoco Pepe ha comido mucho.

Regresamos al Ayuntamiento, en donde hay una reunión del Frente Popular. El presidente, un excelente amigo de Izquierda Republicana, buen pintor y culto escritor, se ha enterado de nuestro asunto, y está indignado con el proceder del capitán. Nos habla con exquisita amabilidad. Es un simpatizante de nuestra Organización. Y para activar la solución del problema, me pregunta si tengo alguna persona en Madrid que abone por nosotros, confirmando nuestra identidad, ya que el capitán abriga, al parecer, proyectos trágicos contra nosotros. Y añade:

—El capitán ha dicho al alcalde que vuestra documentación pudiera ser falsa o robada.

—El mismo derecho tengo yo a pensar que la suya pudiera ser falsa y su uniforme robado—replico yo.

Quirós sonrío y me calma. Llama luego al alcalde y le dice:

—¿Habéis encargado tres camas en el hotel para estos compañeros?

El alcalde titubea...

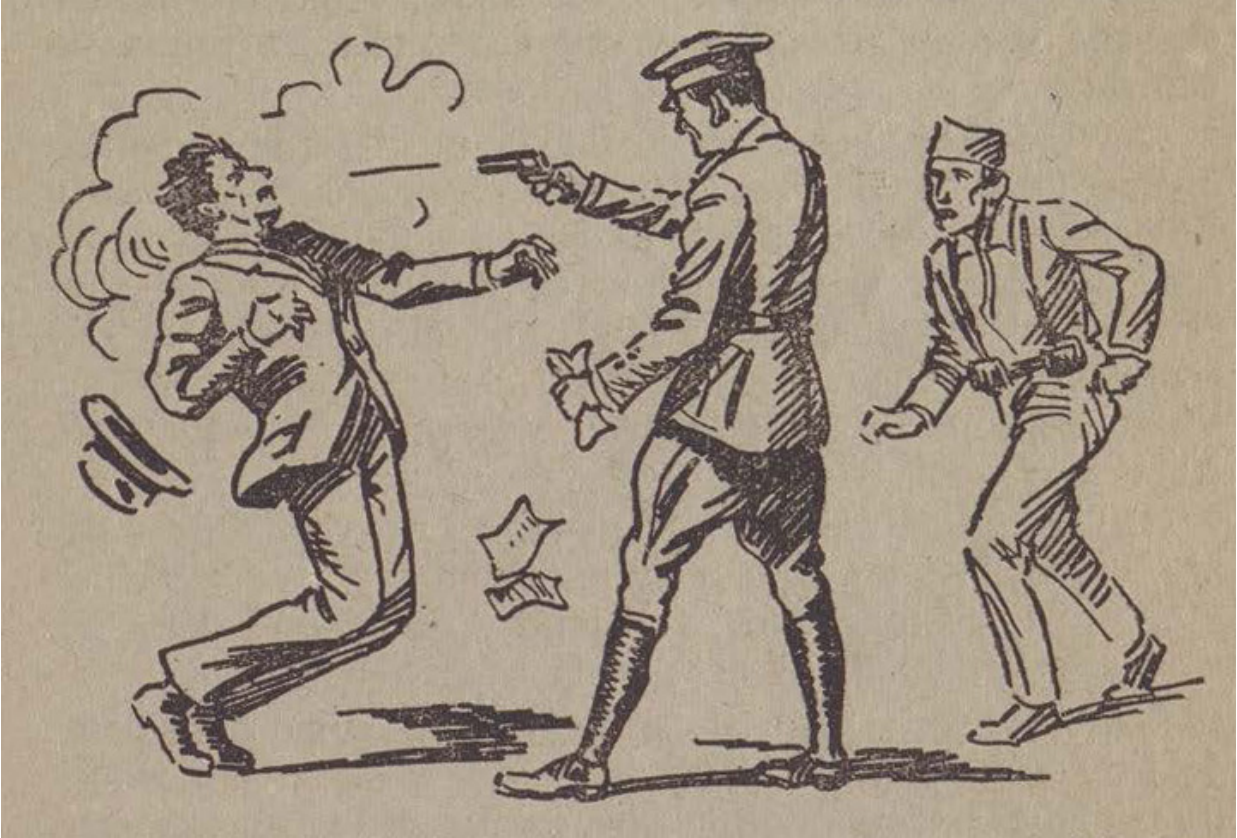
—Es el caso que el capitán ha dicho... que se les encerrara esta noche en los calabozos de aquí... Yo...

—¡De ningún modo! ¡Eso sería monstruoso! Yo mismo voy a mandarle unas líneas al capitán.

Y el simpático Quirós empieza a escribir una carta al capitán. Yo pregunto al alcalde si el miliciano de guardia en el campo habló al fin

con el capitán.

—Sí; pero no ha servido de gran cosa. El capitán le ha escuchado pero es un hombre que cuando tiene una idea fija... Y es que, recientemente, ocurrió un suceso en Argamasilla de Alba que provocó la desconfianza general entre los aviadores. Oíd:



"Este campo de aviación estaba hace quince días en Argamasilla, a las órdenes de otro capitán. Un conocido suyo, procedente de Madrid, vino a verle y se hizo conducir al campo. Aprovechando un descuido del capitán, que se había alejado un poco, el visitante sacó un cuaderno y un lápiz, y con gran disimulo empezó a trazar un croquis del campo y de los aparatos que en él había. El capitán atisbó el gesto del espía y corrió hacia él, no dándole tiempo a guardarse los apuntes. Se los arrebató con rabia, los examinó y le dijo, mirándole fijamente: "¿Conque espía, maldito canalla?" Sacó su pistola y le disparó dos tiros en la cabeza, dejándole tendido. Al registrarle los bolsillos, se le encontraron cartas que le comprometían y probaban su espionaje.

—Y el capitán, recordando lo ocurrido a su colega, ve ahora espías por todas partes—concluye el alcalde.

La explicación será muy plausible para justificar la conducta del capitán A., si se quiere pero yo no la admito en nuestro caso. Esto me recuerda la absurda teoría de cierto juez que decía, muy en serio, que cuando iba por la calle todas las personas con quienes se cruzaba eran delincuentes seguros, o muy *probables*, y que era a ellos, a probar lo contrario.

Invitado por Quirós, yo escribo en una hoja de papel los nombres y señas de personalidades conocidas de Madrid y Valencia, a las que se puede telefonar dando mi nombre. Y cito, entre otras: al compañero Salgado, de la organización Confederal, responsable del Departamento de Servicios Especiales del Ministerio de la Guerra al compañero Andrés Villar, consejero de Propaganda y Prensa de la Junta de Defensa, y otros.

Quirós adjunta mi nota a sus líneas y las mete bajo sobre, llamando a un ordenanza para que vaya a entregar el escrito, en propias manos, al capitán A. al Hotel Bristol. Se marcha el ordenanza. Y me dice Quirós:

—En este escrito digo al capitán que yo, como presidente del Frente Popular de El Tomelloso, estimo que es una monstruosidad el haceros dormir encerrados en los repugnantes y fríos calabozos, y que juzgo, si él no ve inconveniente en ello, que debéis ir a descansar en una cama del hotel.

La espera fué bastante larga. El excelente Quirós, de quien guardo un fraternal recuerdo, se nos mostró abiertamente en nuestro favor y dispuesto a tomar una resolución enérgica, si la respuesta era negativa.

Llegó al fin el ordenanza con la respuesta, de puño y letra del capitán.

Decía así, textualmente:

"Yo no veo inconveniente en que vayan a dormir al hotel, con una guardia de vista, los camaradas detenidos. En cuanto a las señas para pedir informes, son exactas."

Como se ve, el texto de la respuesta era algo "nebuloso" pero lo esencial para nosotros era poder dormir en una buena cama. Nos despedimos del amigo Quirós, y acompañados por los dos policías, nos fuimos al hotel.

Dormimos bastante bien—yo, por lo menos—, esperando impacientes el nuevo día para ver si Madrid ordenaba nuestra liberación, como no podía menos de suceder.

—He tenido una pesadilla espantosa esta noche—nos explica el compañero Pepe, mientras desayunamos en el comedor del hotel—. He soñado que los aviadores venían aquí y nos arrancaban de la cama, llevándonos al campo. Allí nos esperaban unos individuos con sendas pistolas ametralladoras... De pronto, aparece un cura, vestido de negro, llevando en la mano un aeroplano pequeño en lugar de la cruz. Pero este cura era el capitán de aviación, que reía a carcajadas y nos insultaba, diciendo, ¡burlón: "Yo os daré C. N. T., F. A. I. y U. G. T. yo os daré la hoz, y el martillo, y la estrellita de cinco puntas yo os daré la republiquita de izquierdas y todas esas historias proletarias. ¡Disparad ya, imbéciles!" Y los tíos de las pistolas ametralladoras empiezan a disparar. Y vosotros dos caéis al suelo, con la cabeza llena de agujeros mientras, yo voy sintiendo las balas penetrar en mi carne al mismo tiempo que oigo una carcajada espantosa del cura—capitán, que me mira con rabia y ordena a los ejecutores que disparen mejor Hasta que me siento caer, todo bañado en sangre. ¡Y entonces me he despertado! Y, en efecto, estaba chorreando sudor. Yo creo que tengo fiebre.

Miro a nuestro simpático compañero y veo que, en efecto, tiene los ojos febriles. Su estado de salud empieza a preocuparme. Para calmarle, le digo que dentro de un par de horas estaremos en libertad, pues lo ordenarán de Madrid al sabernos aquí detenidos, y saldremos arreando hacia Valencia.

Llegamos al Ayuntamiento poco antes de las diez de la mañana. A eso de las once se decide el alcalde a llamar al Ministerio de la Guerra, preguntando por Salgado, en Servicios Especiales. El compañero Salgado no está. Pero la mecanógrafa del Departamento se encarga de dar el recado a Salgado para que éste llame a El Tomelloso en cuanto llegue.

Media hora después suena el teléfono. Es Madrid quien llama. Acude el alcalde y coge el auricular. Breves palabras. Cuelga el teléfono y sale de la estancia sin dirigirnos la palabra. ¿Este camarada alcalde empieza ya a indigestarseme! Mis dos compañeros están, como yo mismo, impacientes por saber lo que

hay respecto a nuestro asunto. Hago llamar al alcalde y me dicen que ha salido.

Transcurre media hora. Al fin, veo al alcalde cruzar el pasillo. Me acerco a él y le interrogo, viendo que nada nos dice.

—De Madrid han dicho...—me dice titubeando—, ha ordenado el camarada Salgado que, bajo su responsabilidad, se os ponga en libertad inmediatamente. Pero yo tengo la orden del capitán de no libertaros sin una orden suya. Y es por eso que he ido al Hotel Brisól a hablarle.

—Bien. ¿Y qué te ha dicho *tu capitán*? ¡Porque te advierto, camarada alcalde, que se me están hinchando ya las narices!

—El capitán no está aquí. Salió esta mañana para Quintanar de la Orden y no se sabe cuándo va a regresar.

—Pues hay que alcanzarle por teléfono, amigo. Llámeme.

—No se puede. La aviación facciosa bombardeó ayer Cinco Casas y la línea telefónica está interrumpida. Ahora han salido de aquí a repararla. Veremos si hay medio de comunicar esta tarde.

—Pero, óyeme: ¿Ese capitán tiene más autoridad que el propio general Miaja, que ha firmado mi credencial? ¿Es que la orden del compañero Salgado, jefe de Servicios Especiales, y este asunto es de su resorte, no vale para nada? ¿O es que Nerón ha resucitado, encarnándose en la piel de ese capitán?

—Yo no sé... Aquí es quien manda más que nadie.

—¡Veo, camarada Alcalde, que en El Tomelloso no habéis inventado la pólvora los del Frente Popular, y que habrá que hacer una "limpia"!

—¡No te desesperes!me dice. Desde ahora os deajo en libertad. Pero no puedo devolveros la documentación ni las armas. Podéis pasear libremente por el pueblo, sin llevar a vuestro lado a los policías.

Comunico la noticia a mis compañeros, que la acogen con satisfacción, aunque Pepe no está tranquilo. Su único deseo es salir de El Tomelloso cuanto antes.

Vamos a almorzar al hotel, por cuenta siempre, ¡claro está!, del Frente Popular de El Tomelloso. Después de almorzar nos vamos a tomar café, como hombres "libres" que somos. A eso de las cinco de la tarde Morchón se acerca al Ayuntamiento en busca de noticias. Su

ausencia se prolonga. Entonces nos acercamos Pepe y yo a ver lo que ocurre. Entramos en el cuerpo de guardia de Policía y vemos al compañero Morchón sentado encima de una mesita, al lado del taciturno alcalde.

—¿Qué hay de nuevo?—inquirimos.

Morchón nos mira con gesto dramático, y señalando al alcalde, cuya mirada se ha clavado en el suelo, nos dice:

—Dice que le han ordenado de Madrid ahora mismo que no se nos ponga en libertad, y que continuamos detenidos.

El alcalde se digna asentir con la cabeza. Pregunto por Quirós, el presidente del Frente Popular, y me dice que está ausente.

En aquel instante he sentido unos deseos locos de dar un puñetazo en la mesa y decirle al silencioso alcalde: "¡Mientes, hipócrita! De Madrid no pueden haber dado semejante mejante contraorden, después de la orden de libertad de esta mañana. ¡Mientes! Esta nueva orden te la ha dado ese famoso capitán, cuya conducta empieza a inspirarme ya serias sospechas, y tú te doblegas ante tan monstruosa injusticia sin atreverte, ni tú, ni el delegado de guerra Muñoz, a imponer vuestra autoridad. ¡Eres un bellaco!"

Todo esto y algo más se me ocurre en aquel momento pero parece que Pepe ha leído en mis ojos mis intenciones y me da un apretón en el brazo, atrayéndome hacia el exterior. Yo confieso aquí, con toda sinceridad, que en aquel instante me he sentido más animoso, más valiente que nunca, y que nada me hubiese importado, de haber tenido mi pistola al alcance de la mano, disparar el cargador entero en la cabeza de aquel alcalde servil e incapaz de administrar justicia por sí mismo. La muerte no me importaba ya entonces lo que me importaba era mi sistema nervioso, era mi dignidad, era mi decoro, mi amor propio, al ver la mofa que se estaba haciendo de nosotros y de mi querida Organización, cuyo prestigio coloco y colocaré siempre por encima de todo.

Pepe consiguió calmarme un tanto haciéndome ver el peligro en que colocaba yo a mis dos compañeros con un gesto violento.

(Si el camarada alcalde de El Tomelloso lee estas páginas, no podrá acusarme de insinceridad. Lo publico en impreso porque es verdad. Y estoy pronto a sostenerlo en donde se quiera y cuando se quiera.)

Pepe me dice que podríamos ir al bar un rato, hasta la hora de cenar.

—Supongo, camarada alcalde—le digo a "la primera autoridad" de El Tomelloso—, que no tendrás inconveniente en que vayamos un rato al bar de la plaza, a tomar un café y jugar una partida de dominó. Aquí hace demasiado frío.

—No veo inconveniente—dice—. Pero, muy a pesar mío, tengo que haceros acompañar por los policías. Esos tres irán con vosotros.

—¿Tres nada más?replico con sorna. La cosa debe andar mal, puesto que ya refuerzas la vigilancia. Hasta ahora fueron dos.

Y hago un signo a los tres policías, que estaban en el pasillo, junto a la puerta. Salimos todos del Ayuntamiento. La noche ha cerrado ya. Está muy oscuro... Penetramos en un pequeño bar, situado a la izquierda del Ayuntamiento, según se sale de éste. En los recodos de la plaza veo unas sombras que se arrastran cautelosamente. Una de las sombras se destaca y se encamina hacia mí, deteniéndome en la puerta del bar, mientras los policías y mis dos compañeros penetran en el establecimiento.

Una pálida claridad que emana del mostrador del bar me permite reconocer a mi interlocutor: un muchacho de las Juventudes Libertarias. Lo reconozco gracias a su insignia y a su pañuelo rojinegro. Lleva una pistola en la mano.



—Queremos, compañero Guerra, que nos digas en qué estado se halla vuestro asunto. Hay aquí en la plaza unos cincuenta compañeros, armados, de las Juventudes Libertarias, y estamos dispuestos a no dejarnos pisotear por esas gentes.

Por toda respuesta explico al compañero que esperamos solucionar el asunto por las buenas, esta misma noche pero no le digo nada de la contraorden habida. Lo que quiero es evitar a todo trance un conflicto sangriento, que sería deplorable para todos en los momentos actuales.

Acto seguido penetro en el bar. Tomamos café y jugamos unas partidas de dominó en las que toma parte uno de los policías, buen muchacho, por cierto.

Dos horas han transcurrido en nuestro juego. De pronto, saco mi reloj y veo con sorpresa que son más de las ocho. Nos levantamos y nos encaminamos al Ayuntamiento para preguntar si hay algo de nuevo e irnos a cenar... con nuestros policías nuestra "escolta" particular, como yo les llamo.

¡AL FIN, LIBRES!

Imaginaos nuestra sorpresa cuando, al salir del bar y apenas llegados al Ayuntamiento, vemos al camarada comisario de policía— un muchacho alto, afable y simpático—agitando los brazos, muy sofocado, y llamándonos. ¿Qué ocurre?... ¿Se habrá muerto el capitán? ¿Habrán fusilado al alcalde? ¿Se ha terminado la guerra con el aplastamiento total del fascio? Pero, no no es nada de eso. Pronto salimos de dudas.

—¿En dónde os habéis metido compañeros? Hace media hora que os buscamos por el pueblo—nos dice apresuradamente el camarada comisario de policía.

Y sacando del cajón de su mesa nuestros documentos y nuestras armas, nos lo entrega precipitadamente, agregando:

—¡Ved si lo tenéis todo! Examinad vuestros documentos y tomad vuestras pistolas. ¡Estáis libres! ¡Ya podéis marcharos!

—Pero, ¿qué ha ocurrido?—pregunto yo, sorprendido.

—No sé... Parece que han llamado de Madrid ordenando que se os pusiera en libertad inmediatamente. Y el alcalde me ha dicho que os buscase y os entregase vuestra documentación y armamento.

¿Tenéis alguna queja de mí, personalmente?

—De ti, ninguna, compañero—le digo, estrechándole la mano—. Te has portado con nosotros muy correctamente, como tus agentes. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo del alcalde y del comisario delegado de guerra!

Pero a continuación se me ocurre una cosa. Le digo:

—¿Y tú crees que nos podemos marchar así, en plena obscuridad, sin conocer la carretera y sin haber cenado?

—¡Claro que no!—dice el comisario—. Podéis ir a cenar y dormir en el hotel, por nuestra cuenta, y ya marcharéis mañana o cuando queráis...

Pepe hubiera preferido saltar al volante y abandonar este pueblo en donde hemos visto la ignominiosa muerte demasiado cerca, por la cerrilidad de un hombre, de un responsable irresponsable. Pero el apetito le hace entrar en razón, y, sin la compañía esta vez de los

camaradas policías, nos encaminamos al hotel, en donde cenamos opíparamente, comentando alegremente nuestra odisea. ¡Y hasta nos permitimos hacer chistes malos, tan malos como los de Martín, cuya presencia, a decir verdad, añoro.

Al excelente Pepe, a quien le falta la mitad de la dentadura, le digo:

—Por mucho que aborrezcas este pueblo, llevarás siempre su nombre en la boca, querido Pepe.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. Porque estás *tóo mellosos*, pueblo de la Mancha, aunque no quieras.

Morchón, que iba ya a tirarme algo, replica:

—No se dice "mellosos" ; se dice "mellado".

—Lo sé. Pero eso era antes de nuestra Revolución. Ahora se pueden inventar palabras los "señores", de la Academia de la Lengua, en su mayor parte, están con los traidores, amargándoles la vida.

Yo creo que ha sido la cena más alegre de mi vida, junto con mis dos queridos compañeros de expedición y excelentes amigos.

Hemos dormido hasta las ocho de la mañana, de un tirón. Cuando nos disponemos a abandonar el hotel para ir a desayunar a una churrería cercana, llega un hombre preguntando por mí. Es un enviado del amigo Quirós que, enterado de nuestra liberación, desea estrecharnos la mano y despedirnos. Le citamos en el Ayuntamiento dentro de media hora.

Y, en efecto, allí nos encontramos. El buen amigo nos abraza, emocionado y satisfecho, pidiéndonos un poco de benevolencia para con sus compañeros de Frente Popular, ya que no para el causante del daño. Se lo prometemos. En realidad, reconozco que en cuanto al trato no tengo la menor queja. En la fonda y en el hotel se nos ha atendido con el mayor esmero.



Para no marcharnos de El Tomelloso sin haber impresionado nada, tomamos unos metros de película y unas placas, documentales, con la cooperación de Quirós, que nos invita luego a visitar las célebres bodegas subterráneas de El Tomelloso, cosa verdaderamente curiosa, y nos enseña unos cuadros suyos, de gran mérito.

A las diez de la mañana, y acompañados por nuestro buen amigo, abandonamos El Tomelloso, cómodamente instalados en nuestro coche. Para buscar la carretera hay que pasar forzosamente por delante del campo de aviación. Después de mostrar mi documentación a la guardia del campo, el buen Pepe pisa con fuerza el acelerador, como huyendo de aquel lugar "maldito", poniendo el coche a 95 por hora.

Quirós se ha apeado al principio de la carretera, para regresar al pueblo paseando. La despedida ha sido cordialísima, y nuestra amistad ha quedado latente y fructífera, pues ulteriormente me ha visitado en Valencia para asuntos de guerra, en los que le he ayudado con mil amores.

Al salir de la circunscripción del pueblo, recuerdo a mis compañeros la frase inicial del "Quijote": "En un lugar de la Mancha,

de cuyo nombre no quiero acordarme..."

HACIA ALBACETE

La contextura de mis películas—pues son tres reportajes los que pienso montar con el material rodado—exige algo de mar. Y pensando en el Mediterráneo azul, el "Mare Nostrum", que cantó en sus páginas mi paisano y maestro inolvidable, Vicente Blasco Ibáñez (amigo que fué también de Quirós, que ha escrito un libro sobre sus obras), nos encaminamos a Valencia, en donde el compañero Cotiello nos estará esperando, impacientándose y... tosiendo.

Como el camino nos conduce por Albacete, no puedo resistir a la tentación de detenerme unas horas para saludar al excelente compañero Juanito Díez responsable y organizador de la columna confederal "España libre", que está haciendo maniobras y preparándose para partir a la línea de fuego. Juanito Díez es el dinamismo personificado. Jefe de su columna, o responsable, como se le llama, este anarquista es, entre los milicianos a sus órdenes, un miliciano más, un compañero de sus compañeros. Como Durruti. Como Cipriano Mera. Como tantos otros jefes o responsables de las columnas confederales, en las que el buen sentido y la autodisciplina han reemplazado, con ventaja, a la arcaica disciplina militar o cuartelera.

Juanito nos habla de sus proyectos y de sus trabajos. Su constante obsesión es obtener los elementos indispensables para sus milicianos y salir al frente. Albacete tiene aspecto de gran capital. Las calles y paseos están repletos de gentío. El bombardeo criminal por la aviación facciosa, hace pocos días, no ha conseguido más que elevar más aún, si cabe, la moral del pueblo.

Yo, que he vivido veintiséis años fuera de España, hoy me siento orgulloso de ser español. No por "patriotería barata", no me siento orgulloso porque veo el ejemplo de heroísmo y de capacidad que

España, la España leal y trabajadora, con todos sus defectos—que a veces me parecen virtudes—, está dando a todas las naciones extranjeras. En primer lugar, y como trabajador, soy esencialmente internacional. ¡Abajo las fronteras! Pero, en el momento, lo repito, soy español, muy español, rebelde irreconciliable, enemigo acérrimo de la casta capitalista—también ella "internacional"—, pero "a su manera", no como nosotros en estos momentos históricos, todo luchador español es, quiéralo o no, internacional, porque estamos luchando contra el régimen de privilegios que en los demás países subsisten aún, esclavizando a nuestros hermanos de clase, los trabajadores del mundo. Es en España en donde se juega hoy el porvenir, la libertad o la esclavitud de la clase trabajadora de las demás naciones. Tres naciones extranjeras nos hacen la guerra: Alemania, Italia y Portugal, además de los traidores militares españoles... No importa. Tenemos tanta razón, está tan de nuestra parte la justicia, y es tal nuestro coraje y nuestra férrea voluntad de vencer, que no nos ocupamos en calcular el número y la calidad de los enemigos que nos acometen. Cuantos más sean ellos, mayor será nuestra gloria al aplastarles. Sigán los aviones alemanes e italianos destruyendo poblaciones y matando a la población civil indefensa continúen los barcos de guerra alemanes e italianos hundiendo nuestros inofensivos barcos mercantes y cañoneando cobardemente ciudades abiertas no importa. Sobre las ruinas de España sabremos levantar otra España nueva, una España modelo en donde los privilegios habrán sido abolidos y los zánganos suprimidos, haciendo de nuestra España una patria nueva y libre, para todos los trabajadores, nuestros hermanos de clase de todos los países.

Sobre las dos de la tarde del tercer día abandonamos Albacete con dirección a Valencia. Desde la carretera, y poco antes de llegar a Chinchilla, vemos unos trimotores negros huyendo, en vuelo alto. Su "hazaña" ha terminado. ¡Cobardes!... Han arrojado su carga de metralla sobre la pacífica población de Chinchilla, destruyendo unas casas e incendiando una fábrica de harinas. Tal es el "balance" de su fechoría.

Una reflexión de Pepe:

—¡Parece que nos van siguiendo! Allá donde vamos nosotros, lugares que no habían sido "tocados" por ellos, acuden a bombardear... Llevamos "la negra".

Corremos a ciento y pico...

Y al empezar la noche entramos en Valencia.

Cotiello nos esperaba, impaciente. Ignoraba nuestra odisea de... "ese lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme". Se lo relatamos, con todos sus pormenores. El se indigna y tose, tose con fruición, diciéndonos que los aires de Valencia le prueban mucho. ¡No lo hemos notado!

LEVANTE, ALGO MENOS FELIZ

En efecto, poco tiempo ha bastado para que el "Levante feliz" empiece a cesar de ser feliz...

Ya las "colas" ante los establecimientos son numerosas. Empieza a escasear la carne, el café, el azúcar... Y es que, "a la sombra del Gobierno", ha caído sobre la ciudad una nube de gentes de todas clases, en espera de los consabidos "enchufes". ¡Que les aproveche! Los recovecos y las covachuelas de los Ministerios no son lugares adecuados para el hombre libre, ansioso de lucha, de aire y de actividad... Dos días después salimos con dirección a la magnífica playa valenciana del Saler, en donde rodamos unos metros de película para cerrar mis reportajes.

Acto seguido salen para Madrid, Manolo, Pepe y Morchón, llevando el material rodado al laboratorio y con el encargo de traer nuevo material para mi proyectada excursión a los frentes de Teruel —excursión que, ¡ay!, no pude ya llevar a cabo, ¡y no por culpa mía!—. La incomprensión de algunos hizo que se decidiera en Madrid la desmovilización de mi equipo, y mis compañeros de trabajo, de penas y fatigas, tuvieron que resignarse a ser incorporados a otros servicios.


Pero en el fondo de nosotros mismos continuamos unidos, más unidos que nunca en la labor reconstructiva y en la lucha antifascista. No os acobardéis, compañeros de equipo, que otros tiempos mejores vendrán en que, recordando las aventuras pasadas en común, gozaremos de nuevo realizando un trabajo artístico para dar a conocer al mundo la capacidad reconstructiva de los cinematografistas de España.

En cuanto a mí, estoy al servicio de nuestro Comité Nacional para la propaganda oral y escrita. Y si es cierto que añoro el ambiente de cámara y celuloide, que tantísimos años he respirado, no es menos cierto que también la propaganda de nuestra lucha y de nuestro ideal tiene sus atractivos. Hay, por ultimo, una razón muy poderosa para el cambio en mis actividades: nuestra gloriosa Confederación Nacional del Trabajo necesita, hoy más que nunca, del esfuerzo y de las aportaciones de todos sus afiliados, y yo, simple soldado al servicio de nuestra Causa, me debo, ante todo y por encima de todo, a nuestra Organización, que sabrá abrir de par en par las puertas de la Libertad, de la justicia y del Bienestar de todos los oprimidos.

FIN

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

 Biblioteca Nacional de España

A través de la metralla, Armand Guerra

En la Biblioteca Digital Hispánica:

<http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000252807>

ACERCA DE ESTA EDICIÓN DIGITAL

Esta edición digital en formato ePub forma parte de un proyecto puesto en marcha por la Biblioteca Nacional de España encaminado a enriquecer la oferta de servicios de la [Biblioteca Digital Hispánica](#).

En el proceso de digitalización de documentos, los impresos son en primer lugar digitalizados en forma de imagen. Posteriormente, el texto es extraído de manera automatizada gracias a la tecnología de reconocimiento óptico de caracteres (OCR). No obstante, en impresos antiguos este proceso de reconocimiento textual no se realiza.

La transcripción de este texto se ha obtenido manualmente gracias a un proyecto colaborativo en la plataforma [Comunidad BNE](#).

El texto así obtenido ha sido aquí revisado, corregido y convertido á ePub (libro electrónico ó «publicación electrónica»), formato abierto y estándar de libros digitales. Se intenta respetar en la mayor medida posible el texto original (por ejemplo en cuanto a ortografía), pero pueden realizarse modificaciones con vistas a una mejor legibilidad y adaptación al nuevo formato.

Si encuentra errores ó anomalías, estaremos muy agradecidos si nos lo hacen saber á través del correo bibliotecadigital@bne.es.

Las obras aquí convertidas á ePub se encuentran en dominio público, y la utilización de estos textos es libre y gratuita.

ENLACES RELACIONADOS:

- Toda la colección de obras en [formato Epub](#) de la Biblioteca Digital Hispánica.
- Todas las obras digitalizadas de [Armand Guerra](#) por la Biblioteca Nacional de España.
- [Armand Guerra](#) en el portal de datos de la Biblioteca Nacional de España, datos.bne